La Biblioteca Argentina
Serie Clásicos

Sara Gallardo
**Eisejuaz**

© 2000 AGEA, S.A.
© 2000 Herederos de Sara Gallardo
Primera edición: Editorial Sudamericana, octubre 1971

**Diseño cubierta e interiores**
Cases i Associats, S.A.

**Impreso en Barcelona**
ISBN: 84-95594-67-6
Dep. Legal: 2.925-2001

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Sara Gallardo

# Eisejuaz

# PRÓLOGO

Casi desconocida por el gran público por el lugar marginal que ocupa en el canon literario actual (se editó sólo una vez, en 1971), la novela *Eisejuaz* confirma el decir de su autora, Sara Gallardo: «Escribir es un oficio absurdo y heroico» (1977). Si las más de las escritoras escapan al canon de la literatura argentina, este hecho no se debe específicamente ni a los escritores ni a ellas mismas, sino al circuito difuso que dibujó la historia de las instituciones bajo el dominio de una cultura masculina que, sistemáticamente, hubo de privilegiar el hacer del varón. Y no cualquier hacer ni cualquier varón, porque también el del escritor es un oficio absurdo y heroico, por lo menos en la Argentina. Sin embargo, las operaciones de exclusión se han ejercido y ensañado históricamente con las mujeres, cerrándoles el acceso político y público y estrechando el círculo del «reconocimiento social» sobre el espacio cerrado del hogar sin cuarto propio. Entonces, son cuestiones referidas al poder y a la construcción social de ambos géneros las que hicieron que esa diferenciación cultural fuera objeto de desigualdad; situación que alcanza, también, en el campo de la literatura, a los textos cuya autora sea una mujer; no es dable asignar esa situación de desigualdad a lo que se dio en llamar «escritura femenina». La novela *Eisejuaz* viene a contradecir la concepción dicotómica que opone la «escritura femenina» a la «escritura masculina» como si hubiese, en la escritura misma, ciertos rasgos de diferenciación sexual. Es la construcción sociocultural de los géneros la que viene a diferenciar la subjetividad femenina de la masculina, a través de unos rasgos —social e históricamente variables— que no son inherentes a la escritura sino anteriores y posteriores a dicha práctica, y que pueden o no ser asignados al sujeto ficcional que ha sido creado en un texto. Ya lo había hecho notar Virgina Woolf: la escritura literaria escapa a toda atribución sexual y ostenta su neutralidad; (el Orlando sería el modelo de la transexualidad de la escritura o de la hibridez sexual desde la que el sujeto que está escribiendo puede hacer hablar a mujeres y hombres; el lenguaje, aunque siempre social, en la medida en que participa del mundo de la ficción, escapa a la determinación del género respecto de su autoría). La escritura excede los campos definidos de lo que puede ser una escritura femenina o mas-

culina. Más bien la lengua hace al otro y lo hace personaje, sea masculino o femenino.

Así lo hace la escritora en *Eisejuaz*, desde el momento en que crea una subjetividad masculina que es, a su vez, un sujeto trágico. Un indio que oye voces que vienen de otro lado (de las nubes, del viento, del avión, del río, de su corazón, etc.). Un sujeto múltiple que se refiere a sí mismo como «yo», «Eisejuaz», «Éste También», que se nombra a sí mismo como un yo y como otredad. Es un creyente, con vocación de místico, que no entiende lo que oye pero obedece a esas voces que le indican su destino: las voces-otras o su propia voz múltiple y tercerizada. Obedece entonces a esas voces sacralizadas y oraculares que se oponen a lo que él mismo desea ser, y vive en esa tensión entre lo que ordenan las voces y lo que su mínima sociedad espera de él. Un destino que repugna a los suyos y a él mismo, y al que acepta, leal a su creencia, aunque entrañe una aparente traición a las tradiciones de su pueblo. Semejante a la tensión de Abraham frente a la voz divina que le ordena matar al primogénito, Eisejuaz se debate entre su destino humano, para el que le fue dada la fuerza, y su destino místico, más allá de que no lo entienda.

Conciencia mística (o psicótica) de un indio mataco cuya figura se torna indisociable del lenguaje que lo construye, la novela está centrada en la construcción de esa voz y, en ese sentido, se entreteje en sincronía con la tradición de Juan Rulfo, de João Guimarães Rosa, de Augusto Roa Bastos, de Clarice Lispector; una poética que consigue recuperar en el habla (que protagonizan indígenas o campesinos) una experiencia intensa e interna de un sujeto inocente, cuyo mundo es el de la subjetividad del personaje que construye su lenguaje y, a su vez, el del lenguaje del mismo que hace su subjetividad. Una novela que se apropia y pervierte las innovaciones formales de la novela europea y norteamericana, de Joyce y Faulkner, y se recrea en la oralidad indígena y bilingüe, ficción plena de acentos prehispánicos.

Luego, el sentido no se cierra en la novela: así como Henry James en *Otra vuelta de tuerca* creó una subjetividad femenina de la que resulta indecidible decir si ve fantasmas porque los hay o porque los crea desde su conciencia psicótica y, con ello, James construye la bisagra de la ambigüedad de los lectores que se baten entre dos tradiciones literarias (de los siglos XVIII al XX) y lleva —sin inocencia— al límite de lo indecidible la conciencia fantasmagórica del lector (de cualquier clase de fantasmas que hablemos, siempre los seguimos llamando *fantasmas*); es decir, pone una trampa en la que cae tanto el lector-creyente *postgótico* como el «avisado» y descreído lector *postfreudiano*, con lo que iguala a ambos desde una escritura en la que caen entrampados dos siglos de lectores —«inocentes» y «avisados»— a los que no les queda otra alternativa que incrustarle algún sentido a lo que les es contado; y entonces, James, en un doble movimiento, supera o cierra o denuncia la impostura de dos siglos. Así, Sara Gallardo crea una subjetividad masculina de la que decidir si es mística o psicótica (oye las voces del Señor y de sus mensajeros o terceriza sus múltiples voces subjetivas) implica más al lector (a su ideología, supuestos y marcas culturales) que al personaje mismo y a la autora. Ambos personajes son, por decir así, inocentes y, ambos, trágicos y creyentes; ambos contradicen con la unicidad de su creencia el espacio que abren a la duda del lector o al espejo de la «comprensión» del lector creyente. En ambos casos, la unicidad de la creencia de los personajes se construye y se paga con el alto precio de la escisión: escindidos ellos mismos en el «yo» y el «ellos»: las figuras fantasmales que *ve* la institutriz de James; las voces sacras o sacralizadas que *oye(n)* Lisandro Vega (Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, el del camino largo; yo, Agua Que Corre, inmortal). Y ése no es el único precio que pagan los inocentes de toda inocencia: la institutriz paga con la muerte del niño al que cuida y ama (sea que lo mate, sea que se lo arrebate un fantasma); Eisejuaz paga con la pérdida del destino que había soñado para sí, que había sido augurado por su madre y esperado por la mínima sociedad de su tribu. Eisejuaz se debate entre la pérdida de su destino —la traición a su pueblo que conlleva el acto de servidumbre que dirige al más vil y andrajoso de todos los «señores»—, y la salvación de su pueblo que deviene del acto incomprensible para el que su Señor le compra las manos. «Te digo: [dice al Señor] Es difícil cumplir en este mundo de sombras».

El íntimo grupo de escritores allegados a Sara Gallardo reconocieron siempre —entonces y ahora— la excelencia de esta novela y muchos de ellos se lo hicieron saber, más allá de que ella no terminara de creerles. El 1º de diciembre de 1971, desde El Paraíso, Manuel Mujica Láinez le escribe:

> Querida Sara: Esta mañana terminé la lectura de tu novela «Eisejuaz», que me mandó, con otras, la Editorial Sudamericana, y de inmediato sentí la necesidad urgente de enviarte unas líneas de felicitación muy entusiasta y muy sincera. ¡Qué libro extraño y bello has logrado!

No imagino cómo se te ocurrió, ni cómo te atreviste a emprenderlo. ¡Qué audacia! Todo se ajusta en él a la perfección: la psicología del conmovedor —tan humano y santo— indio mataco; la atmósfera en la cual se desarrolla su vida; los personajes que lo rodean encabezados por el infernal Paqui; el idioma con el cual Eisejuaz narra su historia terrible y absurda, una lengua que implica una verdadera creación, que manejas admirablemente de un extremo al otro del libro, y que me temo sea contagiosa. Ojalá la gente comprenda lo valioso de tu texto. Ojalá —como me sucedió a mí— atraviese, deje atrás, la sorpresa, la desazón de las primeras páginas y, una vez adaptada a las exigencias de un relato que hubiese perdido notablemente si no hubiera sido redactado así, se interne en la singularidad alucinante del mundo que te adeudamos. No sé —lo ignoro casi todo de la literatura latinoamericana— si en otro país de nuestro continente han intentado nada, por ese mismo y peligroso camino. Aquí, tengo la certidumbre de que no existe nada en el tipo de tu libro, el cual será seguramente imitado [...]. Nos llenaremos, por causa tuya, de confesiones indias. Aunque, ¡quién sabe! No es tan fácil. [...]

En fin, me despido saturado, gracias a ti, de imágenes nuevas y quedo en compañía de un héroe mitad ángel y mitad monstruo que, en el medio de la mediocridad intelectual que nos rodea, se alza con la robustez de un testimonio.

Te abrazo. Manucho

[Carta inédita, facilitada por Paula Pico.]

Sara Gallardo nace en Buenos Aires en 1931. Recorre los espacios de la literatura desde la biblioteca familiar y como corresponsal de revistas o columnista de diarios, sea en compañía de su primer esposo, Pico Estrada, o de su segundo esposo, H. A. Murena. Desde muy joven se inicia en el nomadismo: una mujer errática que se desplaza de Buenos Aires a Europa (1949), América Latina (1960), Medio Oriente (1965), norte de la Argentina (1968), Cataluña y Provenza (1971). Para ese entonces ya ha publicado sus novelas *Enero* (1958), *Pantalones azules* (1963, Tercer Premio Municipal en el 64), *Los galgos, los galgos* (1968, Primer Premio Municipal 69 y Premio Ciudad de Necochea de la VI Fiesta Nacional de las Letras, de cuyo jurado participan Leopoldo Marechal, Aldo Pellegrini y Juan Carlos Ghiano). *Eisejuaz* es de 1971. Cuando muere Murena se aísla con sus hijos en Cruz Grande y en un lugar de El Paraíso (la casa que le ofrece



Manuel Mujica Láinez en La Cumbre, Córdoba). Allí encuentra, hojeando *Eisejuaz*, la frase que había olvidado: «Un animal solitario termina devorándose a sí mismo». Si la escritura es también una clave de la experiencia secreta de su autor, entonces ella sabe oírla, sabe que es la puerta de un viaje y vuelve a partir: se instala —siempre con sus hijos— en Barcelona (1977), Suiza (1980) y Roma (1982) sin poder sujetar en un solo espacio su «cuerpo de mil vidas». Publica el libro de cuentos *El país del humo* (1977) y la novela *La rosa en el viento* (1979). Errática, nómade, cosmopolita, vive de lo que le llega en suerte o de los caminos que le abren sus amigos y amigas escritores: casi siempre se gana la vida escribiendo para diarios y revistas (entre otros, *La Nación*). De esos trabajos elige los que publica en las *Páginas de Sara Gallardo* (1987). Y escribe. La escritura se lleva puesta a cualquier lugar del mundo y ella anda de una parte a otra sin asiento fijo; ser escritora es para ella una fatalidad, una misión, un destino inevitable. Muere en forma imprevista en brazos de los suyos cuando los visita en Buenos Aires, en 1988.

ELENA VINELLI

# EL ENCUENTRO

Dije a aquel Paqui:

—Procurá no morirte. A la tarde te ayudaré. Había llovido mucho por esos días y los camiones no podían entrar en el pueblo. Renegaban los camioneros a causa de la lluvia; renegaban, por tanta agua.

Yo no conocía a Paqui. Lo creí muerto, en el barro.

Pero me dijo:

—Algún día podés encontrarte como estoy yo. Iba a mi casa, al otro lado del aserradero de don Pedro López Segura, donde fui motorista cuando tuve los sueños. Manejaba la caldera en aquel tiempo de los sueños, ya pasado. Iba a mi casa y pensé: «¿No será el que estoy esperando?».

Por eso volví atrás:

—Procurá no morirte. A la tarde te ayudaré.

Un camionero dijo entonces:

—Yerba mala nunca muere.

Él ni nada. Como muerto. Y semejante mugre. Llegué a mi casa y dije al Señor: «Si es éste, hacémelo saber». Tres, diez veces, veinte pedí: «Si éste es, que yo lo sepa». Y nada no pasó. Ni paró la lluvia. Puse a cocinar el pescado, y nada. Tenía un trabajo urgente, hice mi trabajo. Fui a buscar a aquel Paqui.

Los camioneros estaban en el almacén de Gómez esperando que parara la lluvia. «Ahí va Vega.» Otro: «¿Buscás un tesoro?». Nada no hablé. Llevaba una hamaca para envolverlo, porque no podía caminar.

—¿Estás vivo? Vine a ayudarte.

No contestó.

—¿Estás vivo? Vine, como te dije.

No contestó. Entonces pensé que me había equivocado, que no era el mandado por el Señor. «Mejor para mí —pensé—. Mejor.» Iba a alegrarme. Pero vi que había abierto un ojo y que lo cerró. Entonces lo envolví en la hamaca y lo cargué en mi espalda.

Había mucho barro. Me caí. Aquel hombre se quejó. También me caí otra vez. También se quejó. Quedé lleno de barro entonces, con semejan-

te mugre. Cuando pasamos por el almacén de Gómez los camioneros dijeron: «Ahí va Vega. Encontró su tesoro». Y a Paqui: «Vas en carroza, carroña».

Di una vuelta grande para no cruzar por el aserradero, llegué a mi casa, dejé a ese Paqui en un rincón, calenté la sopa de pescado, hablé al Señor. No supe con qué palabras, solamente le dije: «Aquí estoy, aquí estoy».

Llovió mucho esas noches, llovió esos días, ya no había ropa seca, nada no había.

El Paqui era un estropeado, un paralizado, un enfermo. Yo no sabía su nombre. Le saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Me saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Pero el agua entraba por la puerta.

Dijo:

—Algún día podés encontrarte como estoy yo.

Dije:

—Ya estuve sucio, ahora estoy desnudo. ¿Qué más querés?

Dijo:

—Todos ustedes son sucios y desnudos. Te podés quedar duro, y hacerte encima las suciedades; tener hambre y morder el bocado en la tierra. Y tener a las mujeres con el pensamiento. Es lo que te digo. Así podés quedar. Así quiero verte.

«Aquí estoy, aquí estoy.» Di la sopa de pescado a aquel hombre y se quedó dormido en el rincón. Dormido, en aquel rincón.

Dije al Señor: «No dejes que me arrepienta».

Al otro día entraron los camiones en el aserradero. Traían cedro, quebracho, lapacho, palosanto, algarrobo, pacará, mora, palo amarillo, palo blanco, incienso. Cargaron las tablas y se fueron para Salta.

Había sol ese día, y Mauricia Suárez bajó con las otras a la canilla del agua. Yo estaba con mi botijo buscando agua. Y me habló:

—Las cosas van mal. ¿Cuándo vas a volver?

—No voy a volver, Mauricia, ya sabés. Decile a tu marido que se ocupe.

—Mi marido no sirve. ¿Cuándo vas a volver?

—Ya sabés que no puedo volver. Ya no voy a volver a ese campamento. Ya no vuelvo a esa misión.

—Se vamos a morir todos si no volvés.

Yo me tapé las orejas y me fui con el agua. Las mujeres se rieron. Por el camino dije al Señor: «¿Hasta cuándo tanta mala sangre? ¿Hasta cuándo?» Lo decía por los paisanos, tanta miseria, y por mí, tanto dolor.



Paqui siempre dormido en su rincón. Y tuve un pensamiento: «¿No he visto a este hombre en alguna parte?».

Yo soy Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, el del camino largo. Cuando he viajado en ómnibus a la ciudad de Orán he mirado y he dicho: «Aquí descansamos, aquí paramos». Allí mi padre, ese hombre bueno, allí mi madre, esa mujer animosa con el hijo de encargue, allí tantos kilómetros saliendo del Pilcomayo a pies hicimos por la palabra del misionero. Allí mis dos hermanos. Allí yo, Eisejuaz, Éste También, el más fuerte de todos. Veo y digo: «Aquí se descansamos, aquí paramos». Los lugares no tenían nombre en aquel tiempo.

He visto esos lugares desde el ómnibus una vez, cuando fui a la ciudad de Orán a pedir el primer consejo, en aquel tiempo en que tuve los sueños. Pero llegó un día en que no fui a ninguna parte: ni a Orán, ni a Tartagal, ni a Salta, ni tampoco trabajé más en el aserradero. Hice la casa de paja colorada pasando las vías del tren, y esperé el momento que el Señor me anunció. Esperé al que me iban a mandar.

Paqui, en su rincón:

—¿Para qué me trajiste aquí, che, decime?

El fuego no había secado las ropas; le pasé un diario bajo del cuerpo y otro por encima. «¿No he visto a este hombre en alguna parte?»

—¿Qué podés mover? Las manos, las patas, decí: qué.

Se puso a gritar:

—No voy a vivir aquí, no voy a vivir aquí. Aquí no.

Le di la sopa y moví las ropas en el sol. Gritó:

—Salvaje. No sabés quién soy.

Colgué las ropas en el viento y me fui al pueblo.

En la puerta del hotel, doña Eulalia. Ingrato, me dijo. Yo la saludé.

—Ayer cumpliste años. ¿Te acordaste?

Yo no me había acordado.

—Quince cumplías el día que te tomé en el hotel. Treinta y cinco has cumplido ayer. El tiempo pasa.

—No se cumplimos años los que nacemos en el monte, señora.

Dijo:

—No hay que ser agreste, hijo, hay que agradecer.

Supe en esa hora que sí era Paqui aquel que me mandaba el Señor, aquel que había esperado, y que podía tratarlo como mío. Dije:

—En ese tiempo empezaba el segundo tramo de mi camino, señora. Hoy empezó el último.

Doña Eulalia me llamó incorregible.

—Siempre estás alto como la puerta, ancho como un caballo, pobre Lisandro. El tiempo pasa. Ya me ves viejita y pesada. Pero San José castísimo no abandona a sus corderos.

Yo le dije hasta luego señora. Doña Eulalia: si trabajaba de nuevo en el aserradero, si era motorista otra vez, si hacía otro trabajo. «No, ya no.» «Es feo ser haragán, Lisandro. Has sido buen trabajador.» Pero yo seguí mi camino, y cuando estuve solo dije al Señor: «Era el que me mandabas; aquel que me anunciaste. Bueno. Cumpliré. Bueno».

Caminé hacia el río por dentro del monte para no encontrar gente ni camiones, y levanté los brazos. Y saludé al río porque es hermano del Pilcomayo, y la tristeza me echó al suelo. Dije al Señor: «¿De dónde lo sacaste así, tan malo?» Por Paqui lo decía. «¿Cómo lo pensaste así? ¿No pudo ser de otro modo? ¿Por qué pensaste tu promesa de esta forma?»

Lloré: «¿No podía ser de otro modo?»

Me golpeé la frente y grité:

—¿No podía ser de otro modo?

El Señor brilló sobre el río pero no me habló, movió el monte pero no me habló.

—Aquí está Eisejuaz, Éste También, tu servidor, ¿y no le hablás? Ya empezó el último tramo de su camino, ¿y no le hablás? Pero Eisejuaz, Éste También, fue comprado por tu mano. Y en el hotel, lavando las copas, oyó tu palabra.

Así lloré. El Señor movió el monte, y me sonrió.

Y me volví al pueblo sin secarme las lágrimas.

Los camiones pasaban para Salta llevando tablas. «¿Dónde dejaste la bicicleta, Vega?» Y levanté el brazo para decir adiós. «Empezó el tramo final», quería decir. Caminaba, y el barro me puso blancas las zapatillas.

Tanta mosca y tanto olor del Paqui saliendo por la puerta de mi casa. Y no era la puerta de mi casa, era la casa de los dos. Sin hablar quité los



diarios sucios, le eché agua, lo sequé con pasto, con papeles, le di el cabo del pescado, el final, lo que quedaba del pescado. Y ya no quedó pescado. Gritó de nuevo:

—Aquí no voy a vivir, aquí no. Ni sabés quién soy.

Comí afuera de la casa una papa que tenía, pensando. Afuera de la casa, pensando: «Hay que trabajar ahora, Eisejuaz, hay que alimentar, hay que cuidar».

Me levanté:

—¿Cuál es tu nombre?

Cerró los ojos.

—¿Cuál es tu nombre?

Se puso a gritar:

—¡No voy a vivir aquí! ¡Aquí no; aquí no voy a vivir; aquí no!

Busqué la hamaca, se la eché encima sucia como estaba, lo cargué en la espalda.

Lo dejé cerca del zanjón.

—¡Eh, ayudá, loco, ayuden, no me dejen morir!

Lo dejé allí, aunque llegaba la noche.

Vino Mauricia, y yo en la casa.

—Mauricia, ¿qué hacés aquí?

—Ya sabés, vos. Ya sabés qué hago aquí.

Como su hermana, para turbar el corazón. Linda, para turbar el corazón.

—Andate, che, tu marido te va a matar.

—¿Dijiste alguna vez: tu marido te va a matar? El reverendo quiere que vayas. Él me manda.

—No te manda, che, andate. No tengo dos palabras.

Se echó al suelo como hacía antes, igual que antes. Yo salí afuera de la casa. Le dije:

—Andate.

Ella me quiso arañar la cara. Le dije:

—Ya empezó el último tramo de mi camino. Ese que esperaba ya llegó.

Ella:

—Un día te pesará lo que me has hecho.

Tenía la cara de su hermana, y yo quedé con el corazón turbado, porque su hermana fue mi mujer y fue mi compañera y tuvo más conoci-

miento de todas las cosas. Pero eso también terminó. Y Mauricia, esa muchacha linda, siempre nos envidió.

Cuando vino la noche bajé al zanjón. Me senté a escuchar qué hablaba solo aquel Paqui en aquel sitio, y hasta la medianoche lo escuché sin entender lo que decía. Fue mejor; sólo maldades salían de su boca. Y después me vio, porque la luna había subido. Y gritó:

—¡Otra vez!

Nada no hablé.

—¡Tengo hambre! ¡Tengo frío!

Nada no dije. Lo miré y no hablé.

—Mátenme, entonces. Matame vos, que ni sabés quién soy.

—¿Cómo es tu nombre?

—Paqui es.

—¿Y qué es lo que vos querés?

—Morirme, eso quiero.

—Te mato ahora.

—¿Para qué? —Asustado—. No te sirvo de comida.

—No se comemos gente pero sabemos matar.

—No soy gente.

—Ya sé.

—Soy una carroña.

—Ya sé. ¿Y qué es lo que querés?

—¿Qué es lo que querés vos, así pegado a mí? He hablado a Paqui en esa noche.

Dice Eisejuaz:

Yo le entregué mis manos al Señor, porque me habló una vez. Me habló otras veces, antes, pero usando sus mensajeros. Me habló con sus mensajeros en el Pilcomayo, cuando fui chico y anduve con las mujeres juntando los bichos del monte. Me habló con sus mensajeros en la misión, y el misionero me puso siete días en penitencia. Pero lavando las copas en el hotel me habló Él mismo. Tenía dieciséis años; recién casado estaba con mi mujer. El agua salía por el desagüe con su remolino. Y el Señor de pronto, en ese remolino. «Lisandro, Eisejuaz, tus manos son mías, dámelas.» Yo dejé las copas. «Señor, ¿qué puedo hacer?» «Antes del último tramo te las pediré.» «Ya te las doy, Señor. Son tuyas. Te las doy ya.» El Señor se fue. Quedó el remolino con la espuma del jabón brillando. Gómez, el que tiene boliche, era mozo allí. Vio las



copas sin secar, las secó y las llevó sin hablar. Siempre me tuvo miedo. Porque yo, Éste También, Eisejuaz, sin ayuda arrastré la segunda viga desde el camión hasta el comedor. La viga segunda de quebracho, grande como cuatro hombres, yo solo, cuando hicieron la ampliación. La viga primera se puso hace treinta años, cinco peones de doña Eulalia la movieron. Por eso Gómez no dijo nada. Por la fuerza que tengo, y si alguno dice que fueron varios hombres los que movieron la viga, miente. Gómez nada habló. Yo salí del hotel. Pasé tres días sin hablar, sin mirar, sin comer. Mi mujer:

—¿Qué hay en tu cara que no conozco?

Fue al hotel. «Mi hombre está enfermo. No habla, no mira, no come.» «Llevalo al médico.» Yo no fui. No hablé. Era el cuarto día.

Doña Eulalia en nuestra casa. «¿Cómo quieren civilizarse? Nadie los va a comer en el hospital. Siempre lo mismo. Si no van, no pagaré estos días de falta.» Nada no hablé. Mi mujer era buena, tenía conocimiento de las cosas, y lloró. Tampoco esa noche hablé, ni comí.

El quinto día le dije:

—¿Hay agua? Traé agua.

Trajo el agua. Era poca.

—Aquí el agua es poca. Aquí no hay agua. Ya lo sabés.

Sólo había un botijito de agua. Me levanté. Eché el agua sobre mi cabeza y sobre mis manos. Y no hubo más.

—Prepará comida.

—Sólo hay una galleta y dos batatas.

—Es bastante.

Comimos la galleta y las batatas. Dije a mi mujer:

—El Señor me habló cuando lavaba las copas.

—Y ahora —dijo mi mujer—. ¿Qué vamos a hacer?

«¿Qué vamos a hacer?», es lo que dijo.

Con sus mensajeros, dos veces me había hablado el Señor. Andaba en el monte juntando bichos con las mujeres. Langostas, hormigas, lagartijas. Mi madre me dijo: «Sos grande, pronto cazarás con los hombres sin tener la edad. Algún días serás jefe». Una mujer, madre de varones, la oyó y se puso a gritar, la golpeó, se cazaron del pelo. Mi madre era fuerte y le rompió cuatro dientes. Vino el jefe, porque no nos habíamos alejado todavía, vino y gritó fuerte, pero no lo escucharon. Así que alzó el bastón y rompió un brazo de la mujer que había pegado a mi madre: una parte del

hueso salía por abajo y la otra apuntaba por arriba. Todas las mujeres empezaron a llorar y a gritar, y dos que eran viejas buscaron cómo arreglar el brazo roto. «¡Quiere verte muerto! —gritó la mujer—. ¡Quiere que el hijo sea jefe!» Quedó como muerta. Cric, cric, hacía el brazo. Los pedazos de sus dientes rotos en la tierra. El jefe me miró. Nada dijo. Las mujeres lloraban. Él levantó el bastón para pegar a mi madre, y mi madre no escapó, no saltó, no huyó. Pero él no golpeó. Sólo dijo: «¿Recién cambiaste los dientes y ya querés ser jefe?». Nada dije. Y gritó a las que lloraban: «¡Silencio!» Una vieja, que era su madre, levantó mucho la voz: «¿Quebrás los huesos de una mujer y no debemos llorar?» Él alzó de nuevo el bastón. «¡A tu madre, sí, golpeala, rompéle los huesos —gritó la madre vieja— y no a aquella que busca tu muerte!» Él dijo: «Su cachorro apenas ha cambiado los dientes. Su pichón no está emplumado todavía».

Entonces un mensajero del Señor pasó para hablarme. Era una lagartija. Pero con su color igual que el sol. Yo la seguí, la corrí. Llegué a un claro. En ese claro no la encontré. La busqué y no la encontré.

Entonces, cuando vino la hora de comer, toda la gente estaba enojada. Los hombres habían vuelto sin caza, la mujer del brazo roto gritaba: «Uuu Uuu», y a mi madre, aunque no fue quien rompió el brazo, la amenazaron: «Te mataremos». Mi padre quiso golpear a mi madre también, y ella no se movió, no huyó. Había mucho humo, humo sobre la mujer enferma, y humo de los fuegos porque la leña estaba verde. Y la gente seguía enojada, y sólo se comía lo que juntamos con las mujeres: langostas, lagartijas, las echábamos en las brasas, se retorcían, las comíamos. Y yo recordé al mensajero del Señor que pasó esa tarde para hablarme. Era noche ya. En el monte anochece muy temprano. Corrí para buscarlo. Estaba en el tronco de un cevil, brillando. Nada dije, ni me moví tampoco. Esa lagartija tampoco. «Te va a comprar el Señor —me dijo—, le vas a dar las manos.» Nada dije. «El Señor es único, solo, nunca nació, no muere nunca.» Yo la oía. Brillaba. Dijo: «Ahora hablá». Yo le dije: «Sí. Bueno».

Pero todos habían salido con mucho ruido a buscarme, con luces, por miedo al jaguar. Caminé y corrí, y llegué a donde estaban y se enojaron. Mi padre: qué hacía. Mi madre, también. Nada dije.

A la mañana me llevaron a mirar las huellas. Fuimos hasta el cevil, y vi las huellas de mis pies. Y las huellas del jaguar daban cuatro vueltas alrededor de mis huellas y después las seguían cuando caminé y cuando corrí.

Yo no lo había visto. Él no me había tocado.

Desde ese día no me preguntaron nada.



Yo soy Eisejuaz, Éste También, el del camino largo, el comprado por el Señor. Paqui está aquí. Ya sale el sol. Ya sale el tren. La campana del tren, la campana del franciscano. El último tramo del camino de Eisejuaz empezó. El auto del reverendo sale para Salta porque es la fiesta de los gringos noruegos; los hijos se ponen corbata de moño para la fiesta y son como cría de gallina. «Hoy es tu cumpleaños, Lisandro —decían— y pasado mañana la fiesta del noruego.» Pero Eisejuaz no puede volver con los noruegos. Ya terminó el segundo y el tercer tramo de su camino.

Suena el tractor del misionero gringo inglés y va al aserradero. Suenan los camiones, temprano, por la bruta calor. Paqui ha hablado:

—Tengo hambre y frío; qué es lo que querés conmigo, indio de porquería, matame de una vez.

Puedo tratarlo como mío, es aquél que me mandó el Señor. Por eso lo echo al agua del zanjón. A mediodía se bañan las mujeres del campamento y los vestidos se les hinchan. Mi mujer se bañaba. Se alegraba. Jugaba en el agua con las mujeres y con los hijos de las mujeres. La Mauricia se baña. Mi mujer ya murió, pero las otras se bañan. Paqui abre la boca abajo del agua. Ya se va a morir.

Eisejuaz, el que llevó solo la viga del hotel, regaló sus manos al Señor. El Señor se las dio a Paqui, el paralizado, el baldado, el enfermo, semejante mugre. A Paqui, la carroña. «Bueno, Señor. No dejes que me arrepienta.» Lo he metido en la hamaca, he ido a casa de Eisejuaz. A la casa que no es de Eisejuaz solo. Para secarlo, para vestirlo, para alimentarlo.

LOS TRABAJOS

Dije a Cándido Pérez:

—¿No sabés de un trabajo?

Barre la plaza, mete la mano en las fuentes, saca las hojas.

—Busco un trabajo, ahora.

—No se comemos: no se trabaja bien. Así dice el doctor. No se comemos, che, no hay fuerza.

—Yo busco un trabajo, ahora.

—En el aserradero, ¿no podés volver?

—Ya hay maquinista, ahora. No hay lugar para mí.

—En el aserradero, tu patrón te quería.

—No hay lugar para mí.

—No se comemos, che. ¿Por qué no te casás con mi hija?

—No me puedo casar, ya sabés, por cosas del Señor. Tu hija es buena, fuerte, es linda. No me puedo casar, che.

—No te podés casar. Te casás con un blanco, un enfermo, un malo, un maldito. La gente está enojada. Vas a trabajar para él. Y nosotros no se comemos, no trabajamos, estamos enfermos.

Le dije al Señor: «No dejes que la sangre me entre en el corazón. Y no dejes que me arrepienta».

Le dije a Cándido Pérez:

—Voy a pescar, entonces.

—Ya no dejan pescar al pobre. ¿No sabés? El río tiene dueños.

—Voy a pescar entonces, che. Adiós.

Sé pescar en el Bermejo, hermano del Pilcomayo, río traidor. Ha llevado gentes, animales, ha llevado pescadores de Salta, nadadores, se llevó un tren. Yo sé dónde pescar. Sé pescar con la fija y con la red y con la mano y con el hilo. De noche mejor que de día.

Allí me espera el dorado grande. Lo saqué. Lo esperé cinco horas, viendo subir el sol y después bajar, y lo saqué. Lo llevo en la carretilla para vender.

—Che —dice el dentista, el hombre gordo—, a cuánto el dorado.

—Doscientos pesos, señor.

—Qué doscientos; vení, te doy cien.

—No, señor.

Ahí, los de la ferroviaria:

—¿Cuánto el dorado?

—Doscientos.

—Lindo bicho. Tomá.

—Gracias, señor.

El dentista comía demasiado. Fue y comió. Mezcló las bebidas y las comidas. Llegó a su casa y se murió. Su mujer fue a dormir, lo encontró muerto, gritó. La mujer era de los turcos, de los ricos. Gritó: «¿Quién me lo devolverá ahora?».

Lo llevaron a enterrar en la bruta calor. El hermano de la señora se murió en el camino, con el traje negro, en la bruta calor.

Doña Eulalia me manda decir: «Necesito que hagas un trabajo en el hotel».

En el hotel está un tordo de Santa Cruz de la Bolivia, más silbador que todo pájaro de aquí, que es amigo del diablo. Y no descansa.

—Lisandro, ¿por qué llegás tarde, hijo?

Antes que saliera el sol ya estuve en la vereda.

—Lisandro, son las diez, ¿por qué llegás tarde? Son pícaros ustedes, hijo, taimados. Vos no, pero los otros sí. ¿Qué sabés de Benigno?

—Nada sé, no, señora.

—Dice que está enfermo. ¿Será verdad? ¿Qué sabés, vos, Lisandro?

—Enfermo estará.

—Pero sabrás si es cierto.

—No se comemos: se enfermamos.

—No comemos, hijo. No comen porque toman. Así se enferman. Y no quieren ir al hospital. Una semana hace que Benigno no viene. Estoy vieja, pesada, se me nublan los ojos, nadie piensa en mí: no me limpian las jaulas de los pájaros, no les cambian el grano. La lengua se me pega al paladar. Ahora te estoy hablando y no te veo. Tengo la boca como algodón. No me dejan tomar agua porque me engorda. Once pastillas distintas tomo cada día para la salud. Te estoy hablando y no te veo. Te conozco por el tamaño, hijo, pero no me quiero morir, ya ves. ¿Por qué será que la vida me gusta todavía? Una semana sin venir, el Benigno, y las gallinas, y el gallinero, y los pollos, y las plantas. Te necesito a vos, Lisandro porque has sido buen trabajador.

—Bueno, señora.



—Ya sé lo que pensás: yo tan fuerte, en el gallinero. Con estos brazos, con este pecho de toro, con este pescuezo de buey. Hay que pedir paciencia a San José, resignación a San Antonio. No te ha ido bien con los noruegos, hijo. Nunca te pregunté qué te pasó. No te pregunto ahora, ya me lo contarás algún día, no te voy a forzar. Yo te dije que fueras a San Francisco. Pero ustedes: a los noruegos, a los ingleses, al hereje. No me digas que ahora vas con los ingleses.

Buenos días, chifla ese tordo, hola, chifla, un chiflido más fuerte que el de todo pájaro de aquí. Buenos días, nada más; hola, nada más, buenos días.

—Tu mujer era buena, hijo, pero las muchachas de ustedes son muy ardientes. Limpian el hotel, y los viajantes, ya sabés, hijo. ¿Vivís con alguna mujer? ¿No te has vuelto a casar? Si ellos tienen su necesidad, yo no tengo por qué meterme, pero ellas están siempre dispuestas, hijo. Ya sabés la historia de la Clorinda, siempre durmiéndose en la silla. Mirá hijo, ya sabés dónde está el maíz. Cargá la bolsa, pues. Mira estas gallinas, ¿cuánto hace que no comen? Por qué no seré joven otra vez, no andarían las cosas tan mal. Siempre durmiéndose sentada, amamantando al hijo. Con ese pecho tan grande lo ahogaba, ni se fijaba. ¿Te acordás qué pechos tan grandes tenía la Clorinda, hijo? Ahogaba a las criaturas, ni se fijaba si se alimentaban, dormida se quedaba. No me pongas una cara brava, hijo. Te cuento la verdad. Dos criaturas dejó morir así. De hambre. Inanición, dijo el doctor. A la tercera dije: no. Morenito era, de ojos azules. Algún viajante. Si ellos tienen sus necesidades yo tengo que cerrar los ojos, la pieza que pagan es su casa, ya comprendes, hijo. Te hablo así por ser vos. Dije no, y se lo llevaron gentes ricas del Rosario: un auto con chofer tiene ahora para él solo a los diez años. Me gusta hacer el bien, no sé por qué será, soy así, ya me conocés. Mirá el rosal, hijo, si no da pena. ¿No te casaste?, ¿por qué? Te veo grande y fuerte, Lisandro. Tenés que casarte. ¿Cómo podés vivir solo, hijo? El hombre no es como la mujer. Una pobre mujer vieja como yo puede ser viuda. Un hombre como vos, hijo, necesita mujer. Mujer buena, joven, ya me entendés, hijo. Me dicen que te has vuelto agreste, cómo es eso, pues. No es eso lo que te enseñaron los gringos. ¿O te enseñaron? Yo te dije: andá a San Francisco. ¿Te enseñaron eso? ¿Es lo que enseñan?

«Que la sangre no me entre al corazón», digo al Señor. «Buenas tardes, nada más; hola, nada más.» Tordo cruceño amigo del diablo. Desde el tercer patio se lo oye.

—La Clorinda es una perla ahora, ves. Está en Salta, cuidando a los hijos de mis parientes. Ya no se queda dormida en las sillas.

—No se comemos: no se trabaja bien, se es flojo.

—Anda a la cocina, hijo, que te den algo. Y después hay que limpiar las jaulas.

—Yo sí comí.

En la cocina del hotel, lavando las copas, me habló el Señor. Apareció en el remolino. No me habla, ahora. No me habla ni me mira. No me habla ni me manda mensajeros.



## LA PEREGRINACIÓN

Ya estaba solo. Ya se había muerto mi mujer. Yo salí de mi casa, en el campamento del reverendo, de noche a causa de los mensajeros del Señor. Hay tres algarrobos juntos y allí levanté los brazos:

—Ángel del anta, haceme duro en el agua y en la tierra para aguantar el agua y la tierra. Ángel del tigre, haceme fuerte con la fuerza del fuerte. Ángel del suri, dejame correr y esquivar, y dame la paciencia del macho que cuida de la cría. Ángel del sapo rococo, dame corazón frío. Ángel de la corzuela, traeme el miedo. Ángel del chancho, sacame el miedo. Ángel de la abeja, poneme la miel en el dedo. Ángel de la charata, que no me canse de decir Señor. Díganme. Vengan aquí; prendan sus fuegos aquí; hagan sus casas aquí, en el corazón de Eisejuaz, ángeles mensajeros del Señor Ángel del tatu, para bajar al fondo, para saber, cuero de hueso para aguantar. Ángel de la serpiente, silencio. Vengan, díganme, prendan sus fuegos, hagan sus casas, cuelguen sus hamacas en el corazón de Eisejuaz.

El reverendo al lado del algarrobo.

—Cómo, reverendo, aquí, de noche.

—Cómo vos, Lisandro, aquí de noche.

—Tenía que hacer, que rezar.

—Ya te escuché. Tantos años me engañaste.

—No engaño, reverendo. No soy hombre que engaña.

—Las cosas que te enseñamos, el camino que hicieron tus padres, el bautismo, para nada. Tus padres muertos, tus hermanos muertos, el camino, para nada.

—Por mí se hizo ese camino. Yo dije: tenemos que ir.

—Sos un falso. Capataz de campamento traidor. Andate ahora de aquí. Ya irás a la coca, al alcohol, al tabaco, al juego, a enfermarte, a no tener trabajo. Por infiel, por traidor, por mal cristiano. Llevate tus cosas hoy. Que mañana no salga el sol sobre vos aquí en el campamento, amigo del diablo, veneno del alma de los matacos, de los tobas de la misión.

Pedí: «Que la sangre no me entre al corazón».

Dije:

—Lisandro no es traidor. Es buen cristiano. Pero conozco a los ángeles del Señor, a los mensajeros del Señor. Yo los conozco. Mis ojos los ven.

Ellos me quieren. Han hecho sus fuegos en mi corazón, sus toldos en mi corazón, han colgado sus hamacas en mi corazón. Pero ahora se van. Los veo irse. Ya se van.

Yo grité: «¡Se están yendo! ¡Los veo irse, se van!».

Dije al reverendo:

—Dale mi casa a la Mauricia y al marido. De mis cosas no queda ninguna, como sabés. Ahora me voy.

Levanté la voz, grité:

—Reverendo. Un día me verás llegar y la lengua que quiera llamarme quedará pegada en tu paladar. La muerte vendrá para vos con golpes y con fierros. Antes de morir pensarás en mí. Como el suri cazado ve correr a su cría, muy demasiado chica para vivir, verás disparar a tus hijos y estarás muriendo. Eisejuaz no podrá impedirlo, nadie no podrá.

Yo salté, bajé la cuesta. Pasé la canilla del agua, donde golpearon a mi mujer.

—Canilla del agua, no te maldigo.

Salté el zanjón. No me cuidé de víboras. Ni de nadie.

Yo pedí: «Mensajeros del Señor, vuelvan. Vuelvan para que pueda hablar al Señor». Quedé sin fuerza. Quedé enfermo. Sin fuerza para levantarme, para trabajar en el aserradero. Abajo de un quebracho. Allí vi las arañas y una bandera que habían tejido desde el quebracho hasta el incienso, y allí estaban todas, como las estrellas en el cielo. Yo pensé: «¿Irá tal vez a tejerse una tela para mi corazón?». No tenía fuerza, ni pude abrir los ojos. Y lloré. «¿Qué te hice para que me retires tus mensajeros? Ahora me tengo que morir.» Vacío de mensajeros, el corazón se estaba por apagar. Hueca, el alma por irse. Dije: «Tanto sufrimiento, mi mujer no puede aconsejarme. Qué te hice yo. ¿Para esto me compraste?». Vi las arañas como pájaros en las lagunas, como pescados que bajaron por el río, todas juntas en la bandera tejida desde el quebracho hasta el incienso. «¿Una red se irá a tejer para pescar a los mensajeros y pegarlos de nuevo en mi corazón?» Pero nadie no me contestó.

Así, la noche entera.

Vino un hombre, con una ropa blanca. Era paisano. Mataco. La ropa blanca como una flor. Yo no lo conocía. Habló pensando que me hubiera picado la víbora.

—No fue la víbora, che, estoy enfermo, no tengo fuerza.

—Haré que avisen en la misión.

—Ya no vuelvo por la misión.

Quedó callado.



—No puedo dejarte así, pero tampoco puedo llegar tarde a la escuela.

Supe quién era, entonces. Y él llamó a su gente, a sus hijos, y se fue. Vinieron unos viejos, una mujer, y no tuvieron fuerza para llevarme. Los chicos se reían, los viejos se lamentaban, pero nadie pudo moverme.

Hicieron un fuego cerca del quebracho. La vieja me dio agua, me preguntó: «¿Qué te duele?». No contesté. Uno de los viejos, el que caminaba rengo, dijo: «Hay que avisar en la misión». Todos me conocían pero yo a ellos no.

—En ningún lado avisen.

La vieja preguntó de nuevo:

—¿Qué lugar tenés enfermo?

Pero no contesté.

Cuando vino el mediodía el hombre joven volvió.

—¿Por qué no lo han llevado a casa?

—No tenemos fuerza para llevarlo.

Él tampoco no la tuvo, porque era alto pero flaco, y pensó pedir prestada una carretilla. Entonces un viejo, el que caminaba rengueando, se levantó y le habló aparte: «Este hombre es muy grande. Come mucho. No lo lleves a casa». El hombre joven se enojó: «Sí, lo voy a llevar». Y llamó a su mujer para que hiciera la comida sobre aquel fuego que había cerca del quebracho. Los hijos del hombre fueron a buscar la carretilla y la mujer trajo una lata llena de agua, y en el agua la cabeza de una oveja.

—Si está enfermo no debe comer.

Así dijo el viejo que rengueaba; y rengueaba por una flecha que le entró en la nalga cuando era chico y le salió por la cadera; pero eso me lo contaron después. Dije:

—El corazón tenés torcido como las patas; no pasarán treinta días sin que el Señor te castigue.

Quedó asustado. Pero yo vi que sin los ángeles mensajeros del Señor en mi alma no podía hablar de las cosas del Señor, y que había hablado con la lengua sola, y me mordí la lengua, y no volví a hablar. La sangre de mi lengua corrió, y empezó a salir por un lado de la boca, y goteó al suelo. Esa gente creyó que me moría. La mujer del hombre joven se levantó a buscar al marido, y lloró, porque era buena. Pero yo dije:

—No voy a comer. No necesito nada. Me mordí la lengua solamente.

Y en mi corazón decía al Señor: «¿Por qué pasó esto?». Era de día, y todo lo veía como de noche. Forzaba los ojos, y veía oscuro. Miraba, y

veía negro. El alma ya se quería escapar. No había sitio para ella, vacía como estaba. Sin fuegos, sin hamacas, sin casas para los mensajeros del Señor lista para irse, no había sitio para ella en el mundo sin los ángeles que atan al mundo.

El fuego que habían prendido cerca del quebracho, allí donde cocinaban, empezó a echar humo hasta las arañas: unas corrían, y muchas empezaron a caer. Caían al fuego, o en la tierra, y la tela se volvió negra y ni una sola de las arañas se vio por allí. Yo dije: «Así, mi alma quedará como esa tela, y ya nada habrá para pescar a los mensajeros del Señor, ya nada la habitará, ya está deshecha». Quise echar las culpas al reverendo, pero no era culpa del reverendo. No sabía por qué se habían ido así los ángeles mensajeros del Señor. Se me escapaban los quejidos.

Entonces el hombre joven trajo la carretilla, y entre todos pudieron llevarme hasta la casa. No era de paja colorada ni de adobe la casa, hecha de lata estaba y de pedazos de tablón. Allí me pusieron sobre la tabla, allí me cuidaron. Yo no comí, no me moví, no miré. Ellos me cuidaron, ellos avisaron a don Pedro que no podía ir al aserradero a trabajar.

El hombre joven dijo:

—Don Pedro era nuestro padre; el padre de todos los paisanos; por eso lo echaron; por eso ya no es intendente.

—Los turcos lo echaron, los ricos lo echaron, él quiso que nos pagaran lo justo en los trabajos.

El hombre joven:

—Don Pedro me dio trabajo liviano cuando supo que yo estudiaba en la escuela. Ordenanza fui, sentado en la silla, dentro de la intendencia. Ya me lo quitaron. Con los camiones de la basura ando la tarde entera hasta la noche. Y la mañana toda en la escuela. Uno se cansa. Aguanta poco.

Yo le dije:

—¿No sabés hacer casas de paja colorada?

—Estamos aquí por un tiempo nomás. Venimos de Misión Chaqueña. Cuando sea maestro nos vamos a volver al monte. Mucha miseria hay en el monte. Ya no hay para cazar. Ya no hay para pescar. Todos los bichos huyen por los ruidos, por los motores, por los barcos, por los cazadores, por los aviones. La gente se muere de hambre. Los paisanos tienen que aprender a leer, aprender a trabajar, todos se están muriendo.

Le dije:

—¿Te vas a acostumbrar al monte vos?

—Me voy a acostumbrar.

Esa noche el hombre y la mujer y los hijos dormían en la tabla, y



los viejos hablaban afuera de la casa. La mujer vieja dijo: «Cuando yo fui joven, la víbora picó a mi hermano en el monte, lejos de las casas. No pudo volver a tiempo. Mucho cantó, mucho pidió el brujo, pero ya se iba a morir mi hermano en medio de las casas. Todos los hombres cantaron en la noche con el brujo para salvar al que ya se moría, ese hombre joven, bueno, mi hermano. El jaguar saltó. Se llevó a mi hermano. Abrió un rastro ancho por el monte, mi hermano arrancó ramas marcando el rastro. Todo perro disparó al monte a aullar, a llorar de miedo. Toda mujer, todo chico, casi todo hombre se metió arrastrando en las casas. Era tigre cebado, que no trepa al árbol. Cuatro hombres lo mataron a flechazos. Uno era el padre de mi hermano, mi padre. Otro el jefe. Y otros dos. Trajeron a mi hermano. Las tripas le colgaban hasta el suelo. Muerto como estaba, la cara del terror le había quedado».

Yo dije al Señor:

—¿Qué me dice tu voz por esta vieja? ¿Muerto quedaré como su hermano? ¿Muerta mi alma?

El hombre joven se levantó antes de amanecer y dijo:

—Te quejaste dormido. Hoy buscaré al médico.

Yo le dije: «Hoy estaré bien».

Lo dije porque lo vi bueno, y su familia grande, y la comida falta.

—No podés estar sano si no comiste nada.

Un viejo dijo fuera de la puerta:

—Llamemos a la que cura, la que está en la misión de San Francisco y cura sin que sepan los frailes.

El hombre joven se enojó:

—Soy cristiano y vos también. Aprendé a tener fe en Cristo.

Porque Misión Chaqueña es de los misioneros gringos ingleses.

—Ese hombre enfermo es cristiano también, aunque de otros. Es hombre de la iglesia noruega. Ocho años ha sido capataz de la misión.

Cuando el hombre joven se fue a la escuela, dije a su mujer:

—Si me prestás un hacha y la carretilla que te prestaron iré a hacer carbón. De lo que venda te daré la mitad.

—No estás sano todavía. No tenés fuerza para hachar.

—Si me prestás esas cosas me sanaré antes.

La mujer temió por esas cosas que no eran de ellos pero me dijo:

—Antes parate, que te vea de pie.

No pude estar de pie. Quedé doblado, apoyado en un palo. «Igual me voy.» Entonces mandó a sus hijos que llevaran la carretilla y el hacha y un botijo de agua. Yo caminé doblado hasta la tierra. Los hijos eran tres.

No habían cambiado los dientes todavía. Dejaron las cosas donde les dije y se volvieron para la casa. Y yo no tuve fuerza para levantar el hacha. Sentado me quedé. Dije al Señor: «¿Qué pecado levanté contra vos?». Pero nadie no contestó.

Y también:

—¿Qué has hecho de Eisejuaz? ¿Qué queda de Éste También? ¡El hombre no puede vivir así!

Pero nadie contestó.

Recordé la lagartija de color de sol, mensajera que dijo: «El Señor está siempre, vive siempre, nunca nació, no muere nunca».

—Pero has cortado a Eisejuaz de tu vestido. Lo has dejado caer de tu collar.

Me levanté:

—¡La cuenta que cae del collar se recoge en la mano!

Pero nadie me contestó.

—¡El hombre no puede vivir así!

Pero nadie no contestó.

Una vieja apareció por allí. Yo no quería mirar a nadie, no le hablé.

—Te vi ayer desde mi casa, che, te he visto hoy. Vengo a verte.

Nada le hablé.

La vieja agarró el hacha.

—¿Quién te dio esta hacha, che?

—Soltá esa hacha.

—¿Quién te dio esta hacha?

—Soltá esa hacha o te la hago soltar.

Yo le arranqué el hacha de la mano. La vieja se enojó.

—¿Son demasiado buenos los dueños para mí?

Era de la gente chahuanca, del botón verde en el labio.

—Te vi ayer desde mi casa, che, te he visto hoy, vengo a verte.

—¿Cuál es tu casa?

—Por afuera y por adentro quedaste seco. Yo te puedo ayudar.

Nada quiero de esa vieja yo, amiga del diablo. Nunca la vi, nunca más quiero verla.

—Demasiado orgulloso, muy soberbio seco así como estás. Para jefe naciste, nunca serás jefe; para fuerte y estás sin fuerza; rico fuiste, con bicicleta, y nada te queda. Mujer tuviste y se murió. ¿Adónde querés ir? Perderás también tu trabajo en el aserradero. Te creíste elegido pero estás peor que la iguana, peor que el tatu: ni cueva donde dormir tenés, ni fuerza para cavártela. Yo te puedo ayudar y me ponés mala cara.



Supe quién era.

—Vivís en la misión de San Francisco.

—¿Me conocés?

Nada le hablé. Era una mala mujer, amiga del diablo. Mi padre también curaba pero fue hombre bueno. Que llamar a los fuertes, a los mensajeros, a los demonios que se esconden tenía, era hombre bueno y curó a muchos; y no curó más, bautizado en el campamento. Cantó cuando murió. Cantó su canto de muerte, como mataco macho, como hombre mataco.

Dije al Señor:

—¿Vas a dejar que ella se burle?

Pero la fuerza no me volvió. Quedé sentado. Pedí otra vez:

—¿Así vas a dejar las cosas?

Ella tocó el hacha. Tres veces la tocó, y se rió de mí:

—Buen carbón llevará tu carretilla.

Se rió de mí. Le dije:

—Otro día habremos de encontrarnos.

—Otro día. Yo sé cuál y vos no.

Así se burló. Y se fue.

En el camino, los tres hijos del hombre joven. Dos que lloran. Uno muerto. Cargado en la carretilla lo vuelvo a su casa.

La mujer del hombre joven:

—Cristo no abandona, señor Vega. Si tenés fuerza, andate. Si no tenés fuerza, quedate. Mi marido ya viene de la escuela, va a sufrir mucho.

Vino el doctor:

—¿Cuándo lo desteraste?

—Hace un mes, doctor.

Era el que llevaba el botijo, ese chico.

—Vinchuca tiene que haber en esta casa, mujer.

—Hay, doctor, hay, sí.

—Pero soltalo un poco, que lo pueda revisar.

—Tarde es doctor ya, tarde es, tarde es.

Fuera de la puerta, la vieja al viejo:

—A ese hombre, abajo del quebracho, le vi la nariz de la Muerte, la boca de la Muerte. Yo le pregunté: ¿Qué tenés? ¿Qué lugar te duele? Nada me contestó. Le di agua. Nada tenía. Muerte, nomás.

—Yo había dicho: no lo traigas a casa. Él se enojó.

Ya supe entonces lo que pregunté al Señor cuando dije: «¿Qué dice tu voz por esa vieja que habla de tigre?». La muerte salta, está cebada, arrebata en medio de las casas me había dicho.

Los viejos lloraban fuerte. La mujer no. Llegó el hombre joven de la escuela, miró al hijo, tocó al hijo. Cayó al suelo sin hablar, como muerto.

Abajo, en el camino, dice el doctor:

—¿No sos Vega vos, el capataz de la misión?

—Soy, doctor.

—Enfermo te veo.

—Enfermo estoy.

—¿Qué sentís? Dame esa mano.

—Sin fuerza me encuentro.

—Sin pulso. ¿Tenés un sueldo en el aserradero? ¿Te alimentás, vos?

—Sí tengo, me alimento.

—Me acuerdo de tu mujer, pobrecita. ¿Cuándo te has enfermado? ¿Por qué no fuiste al dispensario?

—Ya iré, doctor.

—Hoy mismo.

—Así será.

—Esa gente, ¿es de tu familia?

—No es, doctor. Es más que eso. Más que eso es, doctor.

Mi amigo Yadí, Pocho Zavalía, mi hermano en el monte, parado cerca del almacén.

—¿Qué hacés aquí? ¿No trabajás en el aserradero?

—Aquí estoy, nomás.

—¿Y la misión del gringo, arriba?

—Se acabó para mí.

—Mejor así. No es vida de hombres, sin fumar, sin tomar, los chicos ni pueden jugar a la pelota, sin bailar.

—Es vida de hombres. No hablés si no sabés.

En esos días andaba muy bruta la calor por el pueblo y sonaba siempre la voz que dice: vayan al cine, compren zapatos. Hasta afuera del pueblo sonaba, más lejos que las vías del tren. Allí la madre vieja de Yadí, Pocho Zavalía, buena tejedora, allí su mujer, sus hijos.

—Acabado te veo; enfermo, feo, flaco, amarillo. Entra pues en la casa. ¿Qué tenés?



—No entraré. Aquí me quedaré. Abajo del palosanto dormiré. No sé qué ha pasado en mi corazón: donde entro entra también la muerte.

—Un mal te han hecho. ¿Y la bicicleta?

—Se acabó para mí.

—No tenés hijos, no tenés mujer, no tenés nietos.

—Nada tengo, che. No tengo nada. Ni fuerza tengo ya.

Con mi amigo Yadí, Pocho Zavalía, fuimos hermanos en el monte. Íbamos en secreto a visitar a los chahuancos, esa gente brava, la más brava. Chicos éramos y nunca nos echaron. Vimos hacer las máscaras, vimos la piedra blanca que sirve de remedio; los brujos la guardan en bolsitas y la calientan para curar. Mi padre no lo sabía, no las usaba. Los chahuancos hacen veneno con grasa de víbora y lo echan en la chicha: al otro día el hombre se enferma. En secreto íbamos con Yadí, Pocho Zavalía, de chicos en el monte. Ahí aprendimos. Recordando esas cosas él hace máscaras, caretas grandes; las lleva al hotel, al Círculo, a la librería. Hace el paisano con el arco, el paisano que lleva el agua en caña por el monte, los paisanos que luchan, mueven los brazos, las piernas. Los sale a vender.

—¿Qué hay de comer? Vengo vacío yo.

—Un puñadito de fideo. Malos días son éstos.

—El Señor me volverá la fuerza. Ya comeremos vaca, chivito, lechón, gallina, oveja.

Las mujeres se ríen.

—Cuánto lujo, che, de dónde tanta riqueza.

Pero vi su corazón: asustadas, miedosas de mi corazón sin mensajeros; temiendo que les llegara un mal.

Por eso dije adiós.

Bajamos con mi amigo Yadí, Pocho Zavalía, para el pueblo otra vez, y vendió un tenedor de mora en la librería.

—¿Por qué dos puntas solas, amigo? Te lo pago menos.

—Llevá comida a tu gente, che.

Pero hemos entrado en el almacén de Gómez. Allí, tantos paisanos esperando; allí, tomando. Dice Gómez: «Vega, tanto tiempo. ¿Y el aserradero?». No contesté. «Burritos», ha dicho mi amigo Yadí, Pocho Zavalía. Burritos nos sirvió, y burritos hemos tomado.

Llegaron tres autos de Tartagal. Bajaron siete hombres. Dijo uno, con la baba salpicando mentiras, uno, con cuatro caras:

—Hay muchos amigos paisanos aquí. Que tomen todos. Yo convido.

Ha dicho:

—Amigos, yo tengo la amistad de diez caciques. Ya saben quién soy. ¿Conocen al cacique Carancho, al cacique Tigre? Amigos míos. Aquí están.

Allí estaban. Ha dicho:

—Cómo los engañan, en qué miseria viven. ¿Qué esperan, allá afuera de la puerta? Changas. Las changas no llegan. Cuando llegan ¿quién pone el precio? El que encarga. Doscientos pesos una carretilla llena de leña para carbón, hachada por ustedes, buscada por ustedes, traída por ustedes. Enfermos los veo. Sus hijos, sus nietos se mueren cada día. En el monte, ¿se enfermaron alguna vez? Hasta los viejos eran sanos allí. Digan si es verdad.

—Verdad —dicen todos—. Verdad era.

—Y toman burritos. No alcanza para comer, hay que beber. Otros toman caña, toman whisky, toman ginebra; los paisanos toman alcohol para farmacias con un poco de agua, burritos. Digan ahora: ¿Cuánto deben al amigo Gómez? Todo lo que todavía no han ganado. Y está bien amigos, no se enojen con el amigo Gómez, quédense tranquilos. Si beben para olvidar. El paisano era el dueño de la tierra, todos lo usan. Los gringos lo usan, le enseñan a hablar en lenguas gringas, a rezar a otro Dios. Todos lo usan. El paisano tiene que ser el ciudadano de honor de la patria argentina. Estoy aquí para eso, y también mis diez caciques amigos y todos sus hombres.

Un hombre falso, toba de raza, que anduvo por cada misión y aprovechó a los gringos ingleses que enseñan carpintería, aprovechó a los gringos noruegos, aprovechó a los franciscanos, dijo: «¡Viva don Omar!». Yo he gritado al hombre de Tartagal:

—Vos mentís, querés política. Vos querés votos. Vos tenés patrón. El gringo enseña a hablar en castellano, habla del Señor invisible. Vos mentís.

Mi amigo Yadí:

—Está borracho, señor.

El cacique Tigre:

—Traidor.

Carancho:

—Traidor.

Todos:

—Traidor.

Yo grité: «Volvió la fuerza para castigarlos». Levanté una mesa en cada mano, por la pata las hice revolear. «Caranchos, comedores de tripas, mienten al paisano, usan al paisano, olvidan al paisano. Ya lo sabemos. Ya lo hemos visto. No nos importa. Hay una sola ayuda: ese que alimenta los corazones». Yadí ha dicho: «Vámonos». He cantado: «Aquí un barro haré con la maldad, un barro con mis pies, una planta nacerá, la cortaré; una flor echará, la quemaré». He cantado más: «Se acabó el tiempo de nosotros, pero no importa. Amasen sus corazones, hagan un botijo, llénenlo de agua, mensajera del Señor». Nadie habló. Nadie se movió por causa de las mesas, que cortaban el aire.

Ha llegado la policía. Me golpearon de atrás. Golpearon a Yadí, Pocho Zavalía. Nos llevaron.

En esa comisaría se oye también la voz que dice: «Vayan al cine, compren zapatos». Dice ahora: «Eisejuaz, Eisejuaz, Lisandro Vega». Yo: «¿Qué, Señor?». Nadie me contestó.

Dice otra vez: «Vayan al cine».

Y la fuerza se me retiró de nuevo.

Ninguno de los ángeles mensajeros del Señor volvió.

Y yo dije: «En esta cárcel estuvo mi mujer aquel día que la golpearon junto a la canilla del agua. Pero yo pasé y dije: "Canilla del agua, no te maldigo. ¿No vale eso para que me mires, Señor?". Dije a mi mujer: "Si en este calabozo sufriste y pensaste en tu hombre y es verdad que estás con el Señor y no necesitas ya mensajeros del Señor, hacé que me conteste"».

Ella me mandó un sueño en esa noche.

He soñado que entré en el aserradero esa noche para dormir en el galpón, cerca de la caldera, porque es verdad que ya no tengo casa donde dormir. Y estaban allí los troncos y las tablas que cortamos, tablones y tablitas para cajones, y todo. Alcé los brazos y canté: «Ángeles mensajeros de los palos quédense en mí, hagan sus fuegos, cuelguen sus hamacas en el corazón de Eisejuaz. Cevil, siendo corteza formás un agua fuerte, curtís los cueros, en la tirantería del techo sostenés, yo conozco tu secreto de semilla, mi padre lo supo, lo cumplió, vos llevaste su alma a caminar, a buscar sus mensajeros escondidos, esos que curan. Cevil moro, este que no se raja, que no se rompa tampoco mi corazón; este colorado que se raja, rómpase mi corazón, que se abra, que reciba al Señor. Pacará bueno para el agua, para chalanas, que mi corazón sepa flotar en el agua del Señor, que no pese, que no se hunda. Enfermizo para hacer casas pacará, que el corazón de Eisejuaz sepa flotar sin salud, sin paz.

»Conozco dos palos que son fuego, un bejuco de hojas chiquitas, ese con flor, ese nichauk. Esos que son fuego que vengan, que vivan en Eisejuaz, que cuelguen sus hamacas, armen sus casas en la lengua de Eisejuaz.

»Digo al quebracho, al colorado: ¿y ese gusano? Le digo: ¿Y ese blanco, ese grueso como el dedo, ese que camina hasta tu corazón? ¿No eras duro como la piedra? He sabido ahora cómo los ángeles mensajeros del Señor vienen con mezcla, enseñan a vivir con mezcla, colorado quebracho. Al año de aserrado vienen a verte del ferrocarril; cuentan ciento y veinte y ocho agujeros del gusano y no te quieren; ciento y veinte y siete y sí te compran. ¿Y no sos duro como la piedra? Con mezcla vienen, enseñan a vivir con mezcla, ángeles, enviados, hijos del Señor que es solo, quieto, que vive siempre».

He despertado de ese sueño que me mandó mi mujer y he dicho a Yadí, Pocho Zavalía, en el calabozo:

—Mi mujer me ha mandado un sueño.

Pero él dormía. Otro que estaba allí me dijo:

—Mataco hediondo, a ver si te callás.

Lo dijo porque me vio sin fuerza. Yo le dije:

—Hablás así porque me ves sin fuerza. Hablás porque no sabés quién soy. Pero yo sé quién sos, y que mataste a uno, y que mañana te llevan a Salta y que vas a morir en Salta, viejo y maldecido.

Era un hombre joven, y ya estaba cuando nos metieron allí. Ahora era de noche, y nada se veía.

—¿Qué venís a contar, si me sacaron fotos en todos los diarios? ¿Mataste a uno, decís? Yo no maté a uno. ¿Mataste a uno? A una maté, a esa vieja que era mi mujer, esa que tuve encerrada cuatro años, esa que comía lo que le echaba al piso, esa que amenacé cada día, de este lado del cogote, del otro lado del cogote, y le corté el cogote, me quedé sin diversión, eso fue, y me sacaron en todos los diarios, fotos al lado de la cama, al lado de la puerta, al lado de la casa, si no leíste será porque no sabés leer.

—Sí, sé. Me enseñaron. Pero no leo. No leo.

—Podías haber mirado. Un gentío miraba, me quisieron matar.

Mi amigo Yadí, Pocho Zavalía, ha dicho:

—No se puede dormir.

—Mi mujer me ha mandado un sueño esta noche.

—¿Bueno o malo?

—Bueno ha sido.

Hemos oído entonces una voz que gritaba en nuestra lengua. «Es mi mujer», dijo Yadí. Ha subido a mis hombros, ha gritado por la ventana: «Estamos bien, estamos bien». Ahí entró el policía con una luz. «Quieren escapar.» Nos han golpeado, nos han dejado mal.

Ahora salió el sol para un día triste. Don Pedro López Segura me vino a hablar.

—¿Qué te pasó, Vega?

—Ya no estoy más en la misión, don Pedro.

—Lástima, Vega. Allí siguen las órdenes del médico, no hay vicios, es bueno para ustedes.

—Ya se acabó para mí, señor.

—¿Qué te ha pasado, pues?

—Enfermo estoy, sin fuerza para nada.

Ahí habló el policía:

—Estaba en una borrachera, revoleaba una mesa en cada mano. Ha insultado al señor Selim, de Tartagal.

Ahí don Pedro callado.

—Quiero trabajar, yo. Quiero volver al aserradero. Pero no encuentro la fuerza en mi cuerpo.

Don Pedro López Segura no quiere hablarme delante de ese policía. Ha caminado un paso, me ha dicho:

—Vega, todos pasamos cosas malas. Ya me ves. Ya te acordás cuando fui intendente, cómo los ayudé. Ya te acordás de la pileta que hice abrir arriba en la misión, y los camiones que subían el agua. Ya te acordás cuando vos y el viejo Torres fueron delegados. Ya te acordás cuando quise que los dueños de las chacras pagaran lo que debían. Ya te acordás cuando hice una escuela arriba y cuántos chicos fueron. Ya te acordás cómo los turcos, y los dueños de las chacras, se juntaron para perderme. Ya supiste cuando los diarios dijeron que yo era enemigo de la colectividad. Ya me viste echado del puesto, ya viste la pileta vacía, la escuela vacía. Ya viste cuando nadie me saludaba en este pueblo. Te digo, Vega, que hay que tener paciencia en la mala. Si vos sufriste mucho yo te digo que también sufrí mucho. Pero hay que aguantar, no hay que ponerse bravo.

He quedado solo en ese calabozo. Y la voz que dice: «Vayan al cine, compren perfumes en la farmacia» sonaba siempre hasta medianoche. De nuevo ha dicho: «Eisejuaz, Eisejuaz». «¿Qué, Señor?» «Dormí temprano.»

«El Señor me va a mandar un sueño.» Me acosté a dormir antes de que trajeran la comida. Pero no dormí. Y la voz: «Vayan al cine».

Después trajeron la comida, y comí. Echaron adentro varios hombres. «Hiede a indio.» Insultaron, gritaron; yo, tratando de dormir. Y cuando dormí, no soñé.

Otra vez abren la puerta:

—Andate.

Me sacaron porque venían más hombres, de la ferroviaria, que habían peleado, con mucho olor a vino. Llenaban el calabozo.

Fuera de la comisaría quedé, y ya había pasado la medianoche. Y me reí: «Ésta ha sido tu casa, ésta la mujer que tuviste para cocinar, Eisejuaz, capataz de la misión, hijo de tu padre». El policía que estaba en la puerta:

—¿De qué te reís vos?

No contesté. Me fui a dormir en el borde de la escuela. Y no tuve sueños. Pero sí me fue mandado un pensamiento: visitar a Ayó, Vicente Aparicio, en Orán.

Allí me alcé antes que el sol naciera, antes que el cuidador de la escuela se despertara, y me fui a sentar en un banco de la plaza.

Hice uaj, y cayó un gusano de mi nariz y empezó a caminar por el banco. Yo lo miré. Hice uaj otra vez, y cayó un gusano de mi nariz y caminó por el suelo. Pensé: «¿Qué es esto?». Y dije: «Ha entrado ya el gusano en el hijo menor del hombre joven, el que llevó el botijo, el que murió por causa mía». Y lloré. Dije: «A pies iré para Orán. No en tren, no en ómnibus. A pies. Y a lo mejor vuelven los mensajeros a mi alma».

Un hombre de lentes, con barriga, pero no viejo, se paró y me habló. Era gringo.

—Amigo. Te daría unos pesos. Te traería la chiripa, la vincha, el arco. ¿Dejarías que te saque una foto?

Nada le dije.

—No te enojes. Sos grande, fuerte, sos mataco puro. Sabrás que hay una foto de Voyé en el Círculo.

Nada dije.

—Conociste a Voyé seguramente, aquel pobre enviciado de coca, el que murió de un tiro robando una gallina. No fue grande, pero supo alzar al hombro los durmientes del ferrocarril. Ahora su foto adorna el comedor del Círculo Argentino, con la chiripa, la vincha, el arco, la flecha. Los ricos del pueblo comen allí, y lo miran. Los turistas comen allí, y lo miran.



Nada dije. Sonó la campana del franciscano.

—Saco muchas fotos. Yo te las mostraré.

Nada dije.

—Soy de aquí, de San Francisco; soy un franciscano.

Pero tenía pantalón gris, camisa gris, no el traje del franciscano. He gritado:

—¿Podrías resucitar a los muertos y andás sacando fotos?

—Soy un pobre hombre que sirve al Señor, no puedo resucitar a los muertos.

—El Señor no está contento de vos.

—Por él he venido hasta aquí. Soy extranjero. Soy hombre de estudios. Pero me han traído a este pueblo.

—No está contento de vos. Otra cosa te digo: en tu misión hay una mujer de los chahuancos, vieja, que hace daños.

—No deben seguir odiándose aquí como en el monte. Hay que hacer la paz.

Me he ido.

En el aserradero, don Pedro.

—¿A dónde vas a curarte? Quince días te guardaré el trabajo.

—Ya va a volver la fuerza, don Pedro. Ya tiene que volver.

—¿Tenés parientes a donde ir? ¿Tenés dinero?

La señora me llamó a la casa. Cría pájaros de todas las clases, plantas de todas las clases, y dentro de la casa tiene flores azules, verdes, amarillas, que limpia con jabón. Ha dicho:

—Pobre Vega, ya te sanarás. Pasa a la cocina a desayunar.

A nadie dije: se han retirado los mensajeros del Señor. Me dieron café, leche, azúcar, pan, queso, manteca. Y comí. Me han dado un cigarrillo. Y fumé.

Y me he ido a pies para Orán, sin nada, en la bruta calor. No por el borde del camino, sino por el monte. Veía el camino y los que andaban por él no me veían, ni los camiones, ni los autos, nadie. Y en el monte los pájaros, los bichos, los palos, los bejucos que cuelgan de arriba.

Esa vieja, esa sin ropas, la del pelo tan crecido me ha dicho:

—Ya no hago fuego. Sola estoy. Ya no hago fuego.

Porque yo había encendido un fuego con mi yesquero, y puesto sobre la brasa una hoja y encima un sapo rococo grande como mi pie.

Le dije:

—Sin embargo conozco dos palos que son fuego. ¿No los conocés?

—Sí los conozco; ya no tengo fuerza para buscarlos; conozco también esa piedra que es fuego, blanca y negra. Con un cachito de fierro viejo sale el fuego.

—La conozco.

—Pero ya nada busco. Aquí me estoy. Busco de esa fruta, de esa raíz, de ese gusano gordo.

Esa vieja mirando el fuego ha llorado.

—Es bueno el fuego.

Una pata del rococo y medio lomo arranqué. Se los di. Ha llorado. Dijo:

—Era criatura allá en el monte, y me he perdido en el monte. Quieta quedé. Oí silbidos: gente enemiga, tobas, chahuancos que juntan algarroba. Escondida, escuché. Sólo silbidos, y ninguna palabra. Tuve miedo: señales para atacar, para incendiar allí donde están mis padres, para robar a las mujeres. Escondida, espié. He visto dos serpientes, caminaban juntas, las más grandes que he visto. Silbaba una, y silbaba la otra, y caminaban. Escondida, las seguí. Caminaban, entraron en una cueva y el final de una cola sobraba afuera. Tan grandes eran.

Ha comido y lloró.

—¿Qué haces por acá, solo, vos?

—Voy para Orán, a pedir consejo a un hombre anciano.

—¿Cómo no vas por el camino?

—Conozco a camioneros, a gente que pasa, al del ómnibus, pero no quiero hablar. Mi hijo trabajó en un obraje. Un quebracho le cayó encima. Murió aplastado.

—Mujer, ¿por qué no vas al pueblo, a la misión? Allí hay paisanos, hay fuego, casas de paja. No soy de allí pero puedo llevarte.



—Ni ropa tengo. ¿Ves estas cosas? Fueron pechos, tuvieron leche. Ya muerta estoy, terminada.

Así, hemos comido.

—Te doy esta camisa. Cuando vuelva de Orán te buscaré. Cuatro camisas tuve, y ya me ves.

La camisa le llegaba al pie. Y se rió, aplaudió.

—Hombre que no se ríe, ¿a quién buscás en Orán?

—A Ayó, Vicente Aparicio, un hombre anciano.

—¿Qué consejo querés? ¿Qué consejo te dio?

—Me dio, en el tiempo que tuve los sueños, un tiempo que ya pasó.

Dice Eisejuaz a aquella vieja:

Soldado fui en Tartagal. Volví y el reverendo me ha puesto de capataz en la misión. Un sueño me vino en ese entonces. Por cuatro años, el sueño aquél. Cada tres noches, por cuatro años. Hasta cansar, el sueño aquel. Siempre corriendo, Eisejuaz, Éste También, buscando. Viajando. Viniendo en bicicleta de Tartagal. Subiendo al ómnibus, al tren. Buscando, Éste También, por sitios nuevos, por calles, por un pueblo. Buscando en el monte, al otro lado de un río. Corriendo, buscando a su mujer, Éste También, cuatro años, cada semana, tres veces.

Dije a mi compañera:

—¿Vas a dejarme, pues? ¿Hay que matarte ahora?

—No es pensamiento mío ni es sueño mío.

Rió mi mujer. Me ha hecho reír.

Pero me cansé. Busqué al hombre conocedor, amigo de mi padre, que vive en Orán. Busqué a Ayó, Vicente Aparicio. Fui a donde trabajaba, en la YPF.

—Por como es, no te descuides, se cumplirá; hay que orar. Antes de unos diez años lo verás.

Dije a mi compañera:

—¿Mejor será estar muertos para entonces?

—No sabemos —ha contestado.

«No sabemos» fue lo que dijo mi mujer.

Dice Eisejuaz:

Guerra es ser capataz de la misión. Puro enojarse, puro gritar, puro pelear, puro ordenar, puro sufrir la envidia de cada uno.

Se han cumplido los años y llegó otro sueño:

Vi dos vacas. La grande que entra a pelear. La chica en su debilidad quiere esconderse. Tremendo animal la grande le hinca los cuernos, vuelve a hincar, a atropellar. Aquel ruido, aquella lucha tal que asusta, y por miedo subo a un cerro muy alto.

Desperté en la noche y aquel ruido sigue en mi corazón. He despertado y el miedo me hace temblar. He despertado y llamo a mi mujer.

—¿Qué sueño he tenido?

—Por como es, hoy se va a cumplir. No tiembles más. Hoy se va a cumplir.

Dice Eisejuaz:

En aquel día siete mujeres entraron en la casa mientras estaba en el aserradero. Las manda esa vieja que peleó con mi madre en el monte, la que perdió cuatro dientes, la del brazo quebrado. Entraron en la casa. Golpearon a mi mujer.

Y la esperan abajo, en la canilla del agua. Con piedras la golpean, la hieren, la voltean. Mojada del agua, rotos los botijos, allí sangra en la tierra. Allí la policía lleva a todas, la buena con las malas, la herida, la que llora con las que insultan, la que piensa en mí con las que esperan verme muerto. En la noche he encontrado mi casa vacía, sin fuego. Y en la mañana soltaron a todas, la buena con las malas, sin justicia.

Ya nunca se sanó. No sanó mi compañera Quiyiye, Lucía Suárez, ya no sanó. Su hombre a los quince de mi edad. Mi mujer a los trece. No miró a otros. No tuvo hijos y lloró escondida. Tuvo conocimiento de las cosas, supo de la vida humana, dijo: «¿Qué vamos a hacer?», cuando me habló el Señor en el hotel, lavando las copas. No sanó. Fue hija de tobas y matacos, mi compañera. Linda fue.

Allí vi toda cosa que viera en esos sueños. Mi patrón la mandó a Salta a curar. Vi mi casa vacía. Me vi corriendo, Eisejuaz, Éste También, buscando. Viajando. Viniendo en bicicleta de Tartagal. Subiendo al ómnibus, al tren. Buscando, Éste También, por sitios nuevos, por calles, por un pueblo. Salta era aquel pueblo, esas calles, aquel sitio. Y aquel hombre que me habló en el sueño salió del hospital y me habló. Buscando a mi mujer, corriendo, trabajando en el aserradero.

No se curó. Uno dijo: es esto; otro: es aquello. La han operado, la han tocado: es esto; aquello. Todo vendí por fin viajando, curándola. Esa bicicleta, esa olla, las zapatillas, la manta. Y han traído a mi mujer de vuelta para morir.

Entonces caminó, engordó, se rió.



Pero tenía que morir.

En el suelo dormimos, sobre papel. Rompí mi ropa para secar aquello que corría, aquel mal olor; y después papeles; y después nada. Descalzo me vi, desnudo en mi trabajo, sin pan. Grité al Señor: «Si levanté un pecado contra vos hacémelo saber. Y si no ¿qué es esto?». Clamé al último. No hubo contestación.

Dice Eisejuaz:

Dormido, sin cuidarla, en las noches me he visto. Sin cuidarla, cansado.

Una noche: «Eisejuaz, Eisejuaz». No me moví. «Eisejuaz.» Del suelo me alcé.

Murió entonces. Ha muerto.

Murió, entonces, mi mujer.

He saltado por aquella barranca, golpeé la puerta del reverendo:

—¿Cómo han sido estas cosas? ¿Por qué? ¿Cómo es?

—Por qué tienen que sufrir los mejores, no lo sabemos.

Dice Eisejuaz:

Allí quedé, en aquel campamento, sin cumplir mi venganza. Pudiendo matar a cinco, a siete, a diez, y escapar al monte en la noche. Sin cumplir venganza, en aquel campamento, de capataz quedé. Porque Eisejuaz no nació para esas cosas, comprado por el Señor antes de cambiar los dientes. Y mis primeros dientes quedaron en el monte. Donde quedaron, hablan por mí. Y los segundos dientes caminaron conmigo; volverán a la tierra donde lo diga el Señor, el día que Él escribió sobre su labio, antes de escupir a los mensajeros con su saliva, salidos de su boca para hablar de Él.

Esa vieja de pelo tan crecido, vestida con mi camisa, se ha arrimado al fuego para dormir. Yo, sentado, pedí: «¿Qué me dijiste con las palabras de esta mujer sobre las serpientes, esas que vio en su primera edad?».

En ese monte sentí también a los mensajeros de los palos. Les he dicho:

«Mora buena, que no arde, amarilla, que no calienta la mano, buena para manejar el fuego, buena para cabo de hacha, de martillo, buena para durmiente en las vías del tren. Afata, fría en la mano. Palo blanco, que no tiene zámago, que no se pica, que se quiebra, que calienta la mano. Palo amarillo, que no se quiebra, que sí calienta la mano. Díganme cómo viene con mezcla, viene con nube, viene con sol, el secreto, la palabra secreta del Señor. Guayavil mensajero del Señor, nunca grande, aguantador del viento, espejo de ese lanza blanca. Lanza amarilla huérfano de flor, que

no me duela, que no llore, que no diga ¿por qué? Y ese que se hace liviano con el tiempo, ese palo que será poroso, que no pesa, que el sol no raja, ese bueno para arzones, para bastos, cazazapallos.

»Y ese bueno para pilote cuadrado, para tirantes, lapacho. Y ese fragancioso roble, fraganciosa quina, fragancioso cedro. Ese urundel y ese quebracho que arden, esa mora que no arde. Ese algarrobo que nunca se gasta, que fue cama de carros, que es tablón de camiones, que es petiso, que no pasa dos hombres. Y ese palosanto verde con perfume, duro como piedra, amigo del fuego, que arde mojado. Curen, vengan, sanen, alimenten, sostengan el corazón de Eisejuaz. Palos, ángeles de los palos, cada uno con su sabor en la boca del leñador, cada uno con una palabra del Señor.»

Pasaban las luces de los autos y de los camiones, pero a nosotros no nos veían. Y miré a la vieja que dormía al lado del fuego, respirando, y dije al primer mensajero, que es el aire: «Ángel primero, no descuelgues tu hamaca, la que está sola en el corazón de Eisejuaz, hasta que pueda llegar y encontrar a los mensajeros de los bichos y curarme». Así dije al primer mensajero, que es el aire.

Esa vieja se ha arrimado mucho al fuego buscando calor, y la camisa se encendió en una punta. Le eché tierra y la pisé.

—No duermas tan cerca del fuego.

Despertó, vio la camisa quemada y ha gritado. Se la quitó y la tiró al fuego. Hubo una llama grande y se quemó. La vieja quedó desnuda, y lloró.

—Mujer sin seso, mujer estúpida, ¿qué has hecho?

Pero ella lloró. Yo apagué el fuego. Me fui.

Los chaqueños que despertaron cuando salió el sol eran tres. Uno me vio, el que había cantado, y me invitó al fogón para comer. Nada preguntaron y nada hablé. Tenían los caballos abajo del algarrobo, lindos, sanos. Nada preguntaron y nada hablé.

Comieron y comí.

Dinero llevaban en el cinto; no hablé. Enfermo me han visto, no preguntaron. Vi el agua buena que iba a caer sobre su campo, salida del jugo de sus corazones; nada dije, me alegré.

—Adiós paisano, que se mejore, amigo.

—Adiós —les dije—. Gracias.



En la bruta calor, caminé. Y llegando al ingenio, cerca de Orán, vi al colla. Estaba a la orilla de la acequia, con sus mujeres y con sus hijos, lavando las ropas, descansando de cortar caña, bañándose. Allí, como aquellos pájaros en el estero, y los pescados que saltan en la red, como aquellas arañas en la tela, tantos y tantas, el colla descansaba. Yo no miré. Tuve miedo del colla, gente rara. Caminé despacio, con mi bastón, en esa tarde.

Los camioneros del camión verde ya frenan para la nafta en el surtidor.

—Paisano, se le cayó el yesquero.

Caído de mi bolsillo, en el suelo, al lado de mi pie mientras tomaba agua.

—Se lo compro.

Yo recojo el yesquero.

—Se lo doy.

—No, hombre, se lo compro.

—Se lo doy he dicho.

Lo ha tomado.

—Yo quería comprarlo, paisano.

He dado mi yesquero de cola de quirquincho, que era de mi padre. Y no tuve ni camisa ni yesquero. Ya no tuve nada. Ni mujer, ni casa. Ni nada.

Gritó una mujer, cerca ya la noche. Gritó, en una lengua que no conozco, allí donde están las cañas cortadas del ingenio. El alma en pena que corre por el monte revolviendo las plantas y los palos, que al otro día se va a mirar y están sin huellas, grita en la noche como gritó esa mujer llorando fuerte, bramando. Yo me levanté para mirar. Lloraba sentada en la tierra, pasando las manos por su cabeza. Y estaba trasquilada, la cabeza entera desde la frente.

Allí apareció aquel hombre amigo del Señor, con el olor del pobre y del cansado, el que vive en los puros huesos. Y quiso consolarla. Vi las lágrimas en los ojos de él cuando regañó a todas en una lengua que no conozco, a ella y a las otras que allí se lamentaban, todas de la gente orgullosa de los chiriguanos, menos el hombre, que es gringo.

Bramaba la mujer, llorando fuerte, pasándose las manos por la cabeza.

El hombre después me miró. Y yo lo miré. Me miró y yo lo miré. Se fue a las casas del ingenio. Yo lo seguí.

Entonces vi esa iglesia que el hombre rico hizo para el Señor en el ingenio. Y tuve miedo de esas casas y de esas calles. Y me senté cerca de las cañas grandes. Y esperé.

Apareció el hombre mensajero del Señor y me miró.

—Necesita comida, hijo. No ha comido.

Me hablaba en español. Nada dije. Solo había tomado agua en esos días.

—Venga a comer.

Vestía la ropa grande de los franciscanos, pero bastante rota. Y dijo a unas muchachas que me sirvieran de comer. Una le contestó con mal modo. Supe lo que dijo, aunque no conozco su lengua. Fue:

—No sirvo a matacos.

Porque el hombre mensajero del Señor se enojó y dijo en español:

—Yo, sí. Con mis propias manos sirvo a mis hermanos.

Se levantó ese hombre cansado, buscó de comer en la cocina y me lo trajo. La muchacha de los chiriguanos puso la boca en trompa y se fue a encerrar. Las otras tuvieron miedo, pero pensaban como ella. El hombre de los franciscanos las mandó a dormir en otra casa, donde dormían.



Y se fueron enojadas. Y de ellas solamente una criatura con los primeros dientes, la del ojo enfermo, no tuvo pensamientos de desprecio por mí.

Entonces subió la luna y la vimos desde el patio mientras yo comía.

—Aquí todo era monte. ¿Oíste hablar del cacique Tatu Caru, Quirquincho Tragón, chiriguano fuerte, aficionado a comer? Fuimos amigos. Era un gran jefe. Aquí está la escuela que hicimos con él, aquí viven sus gentes, sus familias, en casas hechas por nuestras manos, aquí somos felices.

Le dije:

—He visto un camino que sale de tu corazón. ¿Qué es?

Dijo:

—¿Ya terminó de comer?

—He terminado de comer.

Ese hombre cansado me dejó dormir en el patio y se fue a dormir. Y cuando era noche todavía ya lo vi en la iglesia, prendiendo las velas. Y miré aquella iglesia que hizo en el tiempo viejo el hombre rico para el Señor. Pero dije:

—He visto un camino que sale de tu corazón. ¿Qué es?

Me dijo:

—Nos echan de aquí. Necesitan la tierra para plantar caña. Pero es mejor así.

Le dije:

—He visto un pozo de agua que sale de tu corazón. ¿Qué es?

Dijo:

—El día que tengamos un motor para sacar agua de aquel terreno al que vamos, entonces podremos irnos, los chicos, las escuelas, las casas, las mujeres, los hombres, y los viejos.

Llegaron mujeres a la iglesia. Dije a aquel hombre de los franciscanos:

—Sigo mi camino. ¿Qué podrías decirme?

Ha dicho:

—Hijo, un animal demasiado solitario se come a sí mismo.

Caminé por ese camino que va desde el ingenio hasta Orán. Y allá pensé en las dos serpientes. Silbaban fuerte, eran felices. Eisejuaz va callado, solo, y con dolor. Desde el ingenio hasta Orán, agachado, con aquel bastón.

Un hombre espera el ómnibus que va desde el ingenio hasta Orán. Se reía solo. Me miró, y yo lo miré. Quedó serio. Yo me senté en la zanja. Pero pasaban esos camiones grandes del ingenio, como casas cargadas de caña, y no venía ningún ómnibus. Ese hombre malvado esperó el ómnibus. Y vino el ómnibus, y ese hombre se fue con su valijita.

Caminé por el camino que va desde el ingenio hasta Orán.

Y una nube que era verde como la lengua que ningún ojo puede ver se levantó por encima de la ciudad. No dijo ninguna palabra. Se levantó por encima de la ciudad y allí estuvo, hablando a mi corazón sin mensajeros. Y supe que Ayó seguía vivo y que lo encontraría.

Las calles estaban rotas y abiertas hasta las venas que llevan el agua de las ciudades, y así me recibió la ciudad de Orán, así que dije: «Rómpase mi superficie, mi cáscara, mi corteza, para que pueda beber del agua de los mensajeros, que brota desde el centro del corazón». Allí los hombres trabajaban y golpeaban el suelo de las calles. Y los caños del agua, que deben ser secretos, se veían.

Pero la nube se esfumó delante de mi vista, y nada quedó sobre el cielo de esa ciudad de Orán. Yo caminé hasta la casa de Aparicio.

Nada dijo de mi bastón ni de mi aspecto ni de mi desnudez. Me vio parado en la calle, habló a su mujer, y salió a la calle. Y caminamos en la bruta calor.

Ayó, Tigre, Vicente Aparicio, el hombre anciano. Y yo, Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor.

—¿A dónde se han ido todos esos que recibiste?

—¿A dónde? No sé.

—Los mensajeros de la sangre caliente y de la sangre fría. ¿A dónde?

—No sé.

En la bruta calor, llegamos a un lugar donde hay algunos árboles, y nos sentamos para esperar la noche. Cuando vino la noche busqué en mi pantalón unas semillas de cevil y se las di. Él se quitó un zapato y las puso adentro. Buscamos una piedra, un fierro, y encontramos un pedazo de la calle rota, un cacho de piedra. Y molió las semillas de cevil. Mezcló ese polvo con el tabaco. Y armó un cigarrillo. Y me miró, pero yo ya no tenía mi yesquero. Entonces encendió el cigarrillo. Su alma salió de recorrida. Cantó:

«¿De qué vale la baya, la algarroba del mes de abril? Ya perdió el gusto, ya perdió suavidad, pero ella no eligió la hora de su vida. Debe cumplir. Debe ser molida, alimentar al hombre. Debe caer y sembrarse. Debe cumplir.



»¿De qué vale el hormiguero que quedó en el desmonte, donde la tierra es negra, donde pondrán la caña? ¿De qué vale? La hormiga mira lejos y ve negro. Mira cerca y ve negro. No hay hojas, no hay pastos. Debe cumplir. No eligió la hora de su vida. No eligió su lugar.

»No eligió. No eligió. Debe cumplir. Oh, no eligió. Debe cumplir.

»Se ha dicho: esos chiriguanos ofrecieron mistol, algarroba. Devolvieron favores. Esos matacos dejados, torpes, brutos, pidieron vino, pidieron alcohol, sólo saben pedir.

»No eligió. No eligió. Debe cumplir. No eligió.»

He fumado con él, mi alma salió de recorrida, cantó:

«En el centro de la tierra está el viborón. Enrosca las raíces del monte. Duerme con ellas. Nadie eligió, oh no, nadie eligió. Ha caído el monte, han muerto los palos, nadie eligió, oh no, nadie eligió, nadie eligió. Sólo ya los palos cantan para Eisejuaz, sólo el aire. Hay que cumplir.»

Ha cantado Ayó, su alma que fue de recorrida:

«He visto las últimas mujeres que baten el barro, y amasan, vuelven a amasar y forman el botijo, ese que suena como la campana del gringo, ese redondo como la mujer y el hijo. Y ese alto con tres panzas. Y ese chiquito que lleva el agua al monte. Forman el botijo, y tantos hombres van y compran tarros, van y buscan latas. Pero ellas tienen que amasar, tienen que hacer el botijo hermoso, que suene como la campana del gringo. No eligió la hora de su vida, no eligió, oh no eligió; debe cumplir.

»No lloremos si nuestro tiempo terminó.

»No lloremos ¿y para qué llorar?

»Morimos juntos: el tigre, el monte, los ríos sueltos como pelos del Señor, y nosotros.»

Paró un auto y han gritado:

—¡Flor de borrachera! ¡Dejen dormir!

Entonces quedamos callados. Ayó me agarró la mano. Sopló adentro de mi boca. Puso de su saliva sobre mi lengua. Caminamos después volviendo para su casa, y pasamos por las calles abiertas de esa ciudad, sin obreros porque era de noche.

Estaba mareado todavía ese hombre anciano, y nos sentamos en la calle.

Después me dijo:

—Hijo Eisejuaz, cuando entregues las manos ya será otra cosa. El Señor no te ve bien así de solo; vas a perder la sed cuando entregues las manos.

Y vi a ese hombre que había esperado el ómnibus con la valijita: allí entraba en un hotel. Y también me vio.

La mujer de Ayó, que es gringa alemana, había preparado la comida.

—No quiero comer hoy —he dicho—. Tengo hambre, pero no he de comer.

—Mañana vas a comer.

Tuve hambre y me senté con ellos y no comí. Y llegó una de sus hijas, que son enteramente blancas y trabajan como sirvientas en la ciudad. Comió con ellos, y todos estuvieron alegres.

Cuando los mensajeros de los bichos volvieron a mi corazón me volvió también la fuerza. Caminé rápido, sin el bastón. Fue cuando salió el sol. Salió el sol y me tocó de lejos. Entonces llegaron todos los mensajeros sin faltar uno, sin faltar los bichos de la noche, enemigos del sol. Todos entraron de nuevo en mi corazón, entraron por mi boca, y otros entraron por mi pecho. El Señor me los mandó de vuelta. Yo levanté los brazos, les dije: «¿Trajeron sus hamacas, sus fuegos? ¿Están aquí otra vez?». Y agradecí al Señor que me los había mandado de vuelta.

Por eso caminé rápido. Llegué allí donde encontré a la vieja. Pero no estaba. Vi los rastros del fuego, los carbones mordidos, comidos, masticados por ella. La llamé y nadie contestó.



Me aburrí de ser bueno. Me cansé de preguntar al Señor.

Volví cerca de la canilla del agua, y esperé. Pero las mujeres pasan siempre en grupos. Me escondí y esperé. La Mauricia pasó con su botijo y la arrastré. Cada día se escapó después para encontrarme, temblando por el miedo al marido, a veces temprano y a veces tarde, a aquel lugar que yo conozco. A veces temprano y a veces tarde, y temblando por el miedo al marido. En la casa que hice por mi mano, para vivir con mi mujer, en la misión del gringo noruego vive con su marido. Y la lluvia le entra por el techo. Tres años duran esos techos. No han cortado la paja, no han arreglado el techo, no han pensado en buscarla. Hombre el suyo, capataz ahora, que siempre sirvió de poco.

Iba también al almacén de Gómez, y a otro almacén de un gallego que hay cerca de la casa donde aquel hombre degolló a su mujer. Y tomaba burritos. No tenía casa, ni quería tenerla. Tomaba esos burritos y me quedaba dormido en el borde del camino, y no me cuidaba de víboras ni de nada. Tomaba, y me iba saliendo del pueblo. No tenía ganas de comer, ni me ocupaba de comer.

Me levantaba en el borde del camino, y me iba para el aserradero sin lavarme, sin sacarme la tierra de encima. Y me había vuelto flojo para el trabajo, como son los paisanos, que no tienen nunca para comer. Puse mi sueldo una noche en un tablón de la casa del hombre joven, y después volví en la misma noche y lo saqué. Y ese dinero lo apreté bien, y lo enterré. Y allí se habrá podrido. Y lloré.

Iba a la estación del tren y miraba a la gente. Miraba a los paisanos, a las mujeres con las cosas para vender, o sin nada. A las muchachas enfermas de andar con los hombres. Esa que se ha puesto pantalones y nunca peinó su cabeza, y que se va a morir. Miraba. Nada le pedía al Señor, ni le hablaba, ni tampoco oía su voz.

Muy bajo estaba el cielo en esos días y esos meses, como una nube por encima del pueblo y del monte. Mis orejas no oían la voz que dice: «Vayan al cine», ni la voz de nadie, ni tampoco el ruido de la caldera, ni tampoco ningún motor de camiones, ni sierras del aserradero, ni tampoco la campana del franciscano, ni el tractor del inglés, ni cómo saluda

el chaqueño cuando llega del campo, ni tampoco en los días domingo el coro del noruego que sale por la puerta.

Mauricia, la muchacha que siempre sufrió de envidia por causa de la bicicleta y también porque tuvimos olla, y más que nada porque su hermana tuvo mayor conocimiento de las cosas, venía y se burlaba.

—¿Y dónde tenés casa o bicicleta? ¿Dónde la olla para cocinar?

Yo no hablaba. Ella venía temblando. Se iba apurada, temblando por el miedo.

«Sos la peor de todas. Ni buena ni mala. No sabés odiar, ni querer. Sin corazón, sin nada; de todas, la peor.» Y se enojaba, no venía, esa muchacha linda. Y al tercero, cuarto día venía otra vez. Yo estaba en el almacén. Volvía a irse escondida, corriendo. Yo miraba las huellas. De nuevo aparecía al otro día. La esperaba. Y a veces la cazaba por ahí, cuando no me esperaba.

Don Pedro me llamó. Su señora allí, cuidando las flores que tiene dentro de las piezas, limpiándolas con cepillo y con jabón.

—Ahora sí dirán que el paisano no tiene arreglo. Que no hay remedio para él ni compostura. Ni el mejor aguantó, van a decir. Espero cada día que dejes de beber.



Atrás del almacén del gallego he pasado muchas horas durmiendo por el alcohol abajo de un árbol, el sábado y el domingo, y ya era la tarde. Dormía y oía voces; dormía y oía silencio. Muchas horas pasé durmiendo. Y desperté.

Cerca, aquel viejo que rengueaba por causa de la flecha que le entró en la nalga cuando era chico. Me vio despertar, y esperó. Nada no le hablé.

Me habló:

—He venido a pedirte una cosa.

No hablé. Dijo otra vez: «A pedirte una cosa».

Nada hablé.

—Me dijiste: no pasarán treinta días sin que el Señor te castigue.

No hablé.

—Vengo a pedirte que pares el castigo.

Nada dije. Ese viejo se quedó mirándome.

—Dejame, ahora. Ese castigo no te puede venir. Yo no tenía la fuerza del Señor.

Ese viejo:

—Castigado estoy. Vengo a pedirte que pares el castigo.

El viejo se ha pasado las manos por la cara. Muchas veces. Se pasaba las manos por la cara. Me miraba.

—Andate de acá, pues. No tengo dos palabras.

Ese viejo no se movió. Siempre mirándome.

Entonces me levanté, enojado. Me fui. Ese viejo detrás de mí, con su renguera.

—Viejo, te voy a golpear. Dejame tranquilo.

Ese viejo quedó callado.

Seguí caminando. Me ha vuelto a seguir.

—¿Qué querés de mí, vos?

—Que pares tu castigo.

—Te dije que ese castigo no viene de mí. Yo no tenía la fuerza del Señor.

—Ese castigo me ha venido. Te pido que lo pares.

—Viejo, no tengo dos palabras. No tengo paciencia.

Caminé de nuevo, y ese hombre atrás de mí.

Levanté la mano para mostrarle enojo. Se tapó la cabeza.

Me miró.

—¿No comprendés lo que te hablo? ¿No tenés orejas para oír? Fue con la lengua sola. No tenía la fuerza del Señor. Ese castigo no viene de mí.

—¿Tenés ahora la fuerza del Señor?

—Tengo el corazón seco y también ciego; sordo también para pedir.

El viejo se tapó la cara con las manos, se pasó las manos por la cabeza.

—Hombre grande, escuchá mi pedido.

—Dejame.

—Escuchá mi pedido.

—¿Qué querés?

—Mi hija ya se acaba en el hospital. Vení conmigo. Hacela sanar.

Le dije:

—Yo no vuelvo allí. No pisaré ese hospital. No me he acercado a ese hospital desde un día que sé.

El viejo se pasó las manos por la cabeza, y allí donde he ido, allí me ha seguido. Entonces fui con él a ese hospital que conozco muy bien, hasta la sala de las mujeres.

La enfermera vieja, Margarita, a la hija del viejo:

—Andate a reventar a otra parte.

La hija, de ocho años. Ya sin aire.

El viejo con la cabeza baja. No levantó el ojo del suelo. Y miré a la vieja. Ella me vio. Dijo:

—San José purísimo, San Antonio bendito querrán mejorar a esa nena. La Virgen sabe cuánto me aflijo por mis enfermos. ¿Cómo le va, Vega? ¿Es pariente suya?

He seguido mirándola. Sacó del pecho tantas medallas, las ha besado.

—Santos del cielo que conocen mi alma afligida; cuánto me apeno por mis enfermos. Veinte años en este hospital, veinte años que no vivo de aflicción. Rezando noche y día por mis enfermitos.

La he mirado aún:

—Y los paisanos... —ha dicho.

Pero no habló ya; se fue apurada.

La hija del viejo con la respiración comida como tantos paisanos de nosotros. Ya se estaba muriendo.

—Eso que le oíste decir a esa mujer vas a contárselo al doctor.

Pero el viejo tenía miedo.



—Así nos tratan por causa de ese miedo. Así nos morimos.

—Curame a mi hija.

—No puedo curar.

—Hombre grande, retirá tu castigo. Te lo pagaré.

—No es mi castigo. Ya te lo dije.

—Buscá la fuerza del Señor, llamala.

—No tengo, no puedo hacer nada. Dejame ya, che.

Quiso agarrarme la mano. Yo lo empujé. Se ha caído al lado de la cama, y la hija abrió los ojos y ha mirado.

Yo me fui. He visto un frasco de alcohol en la bandeja de la enfermera y lo llevé. Ese viejo me ha seguido. Fue a agarrarme de una pierna y lo empujé. Quedó en el suelo, ese viejo.

Y fui a un lugar que conozco y allí me eché a tomar ese alcohol. Y ha venido la noche.

Ha venido la noche con tanta oscuridad allí. Tanta negrura que bajaba y se estiraba, y también crecía. Tanta oscuridad en ese calor. Se me cortó el aire del pecho. No entraba ni salía. Quise gritar, y no tuve voz. Ya el primer mensajero se había retirado, se cortó. Me he puesto de pie, y no entró, ni salió. Agarré mi cogote y el aire no salió, ni vino. Me he caído con la rodilla al suelo. Con la cara en el suelo. Todos esos ruidos que no oí, la voz que dice vayan al cine, ese ruido de la caldera y ese de las sierras del aserradero y también la campana del gringo, y también todos los mensajeros de los bichos que habían vuelto, gritaron todos, han gritado todos en mis orejas. He movido los brazos. Gritaron todos. Palabras que no entendí. El aire, comido. Ya cortado. La lengua colgando afuera. Pegada en la tierra del suelo, esa lengua. Esa nariz, sin aire. Ya se termina Eisejuaz, Éste También.

Y el primer mensajero miró de nuevo. Dijo: veremos.

Los mensajeros de los bichos y las otras voces gritaban, todos gritaban todavía sus palabras que no entendí.

Ha vuelto despacio, metió un dedo por mi boca. Ha entrado despacio, abriendo las respiraciones, esas de los brazos muertos, esas de los pies, las piezas cosidas, ya selladas en el cuerpo de Eisejuaz, cerradas, ha llevado su viento por todos los rincones. Gritó él también, ese primer mensajero, despegó cada tripa pegada a otra tripa, ventiló ese corazón, todo su viento ha soplado, ha crecido y ha sanado.

Me he levantado sobre mis pies y la humedad volvió a mi lengua. He caminado por esa noche tan enteramente oscura. He visto el hospital. He entrado. El guardia dijo:

—No se puede entrar.

Pero yo lo miré. Tuvo miedo.

Entré por ese hospital y fui a la sala de mujeres en esa poca luz. Y en su cama la hija del viejo estaba bien. Ella dormía y respiraba.

Así curé esa noche a la hija del viejo, sin querer y sin rogar.

El viejo no comprendió estas cosas. El viejo pensó que la Margarita con sus medallas ha curado a su hija, por temor de oírnos contar la maldad que salió de su boca.

Y el odio que tuvo ese viejo contra mí lo hizo buscar cada día mi muerte.



## AGUA QUE CORRE

Como estuve curado me sentaba y miraba.

Me sentaba y pensaba cómo la vieja habló de dos serpientes juntas, y cómo el hombre santo de los franciscanos dijo: un animal demasiado solitario se come a sí mismo, y cómo Ayó, Vicente Aparicio, el hombre anciano, dijo: cuando entregues las manos perderás la sed.

Trabajaba en el aserradero y don Pedro estaba satisfecho otra vez. Dijo su mujer: «Mi marido le habló y él se corrigió».

Yo no pensaba en esas cosas. No dije: «Curé a la hija del viejo y me curé». Trabajaba y decía al espíritu que me habita: ¿Cuál es tu nombre?

Una mañana ha venido Pocho Zavalía, Yadí, por el fondo del aserradero. «¿Tenés algo de mora? ¿Algo de cedro?» Le di un cacho de mora bueno para tenedores de mango largo, que no se queman, y fui a buscar cedro que había atrás del galpón.

Vino allí un cambio de la luz.

En ese cambio de la luz vi a uno, parado, que me miraba. Era alto y enteramente serio. Le dije:

—¿Quién sos?

—Mirame bien para que me conozcas.

Y le dije otra vez:

—¿Quién sos, señor?

—Soy ese espíritu que te fue dado.

—¿Cuál es tu nombre, para que te sirva, para que sirvamos?

Y dijo ese alto en el cambio de la luz:

—Mi nombre es Agua Que Corre.

Y se fue.

He llevado aquel pedazo de cedro a Yadí, y volví a trabajar. Dije al espíritu que me habita, ese que soy yo, Éste También, ese a quien debo servir y llevar hasta el final del camino, ese que volará junto al primer mensajero y quedará libre:

—Ahora sé. He comprendido las palabras que oí. Vendrá uno que me mande el Señor. Y a ése entregaré mis manos. Yo seré cumplido de ese modo. Y él será cumplido aceptándolas. Bueno. He dicho que bueno. Ya lo sé. Digo que bueno.

Salí de allí y la Mauricia me estaba esperando.

—Hoy no te quiero ver.

Se echaba al suelo y abría las piernas. Pensé: «¿No querrá el Señor mandarme otra compañera?». Pero compañera ya había tenido, y no había más compañera para mí. Fui al suelo como ella quería y le dije:

—Ya pronto se acabará esto de vernos. Hoy conocí al espíritu que guardo, y ahora mi vida va a cambiar.

Ella no dijo nada. Y ha dicho: «¿Si tengo un hijo de vos?».

—El hijo es del padre que lo cría. Yo no tengo hijos en esta tierra.

Esa muchacha linda que no sabe querer ha dicho:

—Si mi hombre se muere podrás volver a la misión, a ser capataz; acabarían las peleas allí. Sé cómo hacerlo morir. El reverendo nos casará. Todos los días y todas las noches haremos sin miedo esto que hacemos escondidos.

Le he dicho:

—Ya te dije que esto va a cambiar. No volveré a la misión. Muchas cosas terminaron ya.

—Ser capataz es bueno, te obedecen.

—Ser capataz es una guerra y tu marido no sirve para eso. Yo sirvo, porque soy jefe. Pero no he nacido para ser jefe. Puedo arreglar las cosas de mi gente, y no he nacido para arreglar las cosas de mi gente.

Esa muchacha dijo:

—Probemos otra vez.

Le dije:

—Fue la última vez. Ahora me tengo que ir.

Bajé a un lugar, lejos de allí, tomé barro del suelo y me cubrí el cuerpo con él. Barro blanco en todo el cuerpo, y barro colorado en el pecho. Me cubrí con él y estuve así. Me puse de pie y canté al espíritu que me fue dado:

—Agua Que Corre baja y lava, ataca, salta, empuja. Agua Que Corre riega, alimenta, destruye, se alegra. No puede pensar ni remansar, no puede sonreír, no puede dormir. No puede volver. Agua Que Corre topa, dispara, se levanta, conduce, apura y rompe. Yo te vi, yo te vi, yo te vi. Yo te llevo, Eisejuaz, Agua Que Corre, para cumplir.

Caminé por el monte y llegué al Bermejo. Me bañé en ese río traicionero hasta que el barro se salió y quedé lavado. Y cuando estuve seco me vestí.

Así trabajé todo ese año en el aserradero. Y cuando ese año se cumplió bajé al aserradero y dije a don Pedro:



—No voy a trabajar más, don Pedro.

Me preguntó por qué, se afligió, pero yo no podía explicar. Me dijo: «¿No hiciste nada malo? ¿No querrás escapar? ¿Tenés un trabajo mejor?». Sabiendo que no había por allí ningún trabajo mejor.

Dejé de trabajar. Y me había hecho una casa de paja colorada bien atrás de las vías del tren. Y volví a pescar, a hacer changas, preparándome. Y pasé dos años preparándome, hablando con el Señor, esperando el día escrito por él, la llegada de aquel que me anunciaron, ése a quien debía entregar las manos. Y comiendo, durmiendo, pasé cada día, así como la raza de los hombres los pasa en esta tierra, que es esperando.

PAQUI

Paqui habló solo. Y lo oí, sentado afuera de la casa.

—Hijo de perros, bestia hedionda, ¿quién te creés que soy? Mataco inmundo, vagabundo, por los caminos sin camisa, con un palo en la mano. Salvaje. Pobre corazón, pobre Paqui viejo querido, cómo te ves, dónde quedaste. Y aquel traje de hilo, ah viejo llorón hablando de tus hijos, cobrá-selo a tu abuela, viejo llorón. Y el traje marrón cruzado, con chaleco rayado. ¿Por qué tienen que llamarme traidor ustedes, hijos de ratas, si no quedó ninguno para contar la historia? Paqui, Paqui querido; mataco hijo de mil perros.

Entré, me senté cerca del fuego. Y lo miré.

Lo miré, pero él cerró los ojos. Y creyó que pensé que dormía. Me senté cerca del fuego y allí estuve, mirándolo. Estuve allí desde que el sol vino en la mañana hasta que llegó el final de la tarde, así como se espera el pescado en el borde del río. Y en esa hora Paqui dijo: uuuuy. Se que-jaba. Pero yo nada dije, ni me moví.

Y él: Uuuuy.

Pero no hablé.

—No comés nunca, che mataco.

Y abrió los ojos. Y me miró.

Yo pensé: «¿Cómo es que me vio sin camisa, con aquel bastón?».

Y también: «Sé quién es».

Dije:

—Sé quién sos. Vos subiste en el ómnibus en el camino que va del ingenio hasta Orán. Vos te reías solo. Yo te vi. Entraste en un hotel, te vi.

Cerró los ojos otra vez, como si durmiera otra vez. Y le dije:

—Sé ahora qué era aquello que llevabas en esa valijita. Sé por qué te reías solo en el camino.

Pero no abrió los ojos.

Grité:

—Llevabas el pelo de esa mujer, y de otras mujeres que emborrachaste en el ingenio. Vos lo vendés en las peluquerías de Salta. Vos sos una rata.

Me paré, y la rabia vino con su temblor desde el pie hasta la cabeza, y me borró la vista. Ya no vi la casa hecha por mis manos. Ni vi nada. Allí

parado soporté esa rabia tan grande que no se me pasaba. Y las manos me crujían. Los dientes me golpeaban. Esa rabia subió y me hinchó el pescuezo. Golpeaba en cada lado del pescuezo para hacerlo reventar. Borró la luz delante de mí. Pero allí parado la aguanté. Ella entonces volvió para atrás y entró en mi corazón. Ese corazón pesó como las piedras. Ya pude ver las cosas de la tarde y el humo que subía, ya pude respirar, ya me moví. El corazón con ese peso tan pesado caminó, pero con lucha todavía. Allí me senté al lado del fuego y puse una lata con agua y dos patas de vaca sobre el fuego. No encima de las brasas; encima de unos alambres que trencé y crucé en los años que trabajaba en el aserradero. Y allí puse la lata para que el alimento se haga doble: sopa y comida. Pero las manos no querían servirme por causa de la rabia. Y cuando la comida estuvo lista, no quisieron moverse ni alimentar a Paqui. Yo oré al Señor: «Son tuyas. ¿No me las pediste para servir a este hombre, que no se vale? Préstales de tu fuerza».

Me oyó. Las manos cumplieron, no con mi fuerza.

Comió, apoyado en el poste de la casa. Yo comí después, y cubrí con la ceniza toda brasa para que el fuego no nos falte.

Allí vomitó Paqui la comida.

De nuevo lo serví limpiándole, sacándole la ropa. Envolviéndolo en papeles de diarios. Lavando esa ropa. Poniéndola a secar.

Mi lengua no quería hablarle. Ni mi corazón quererlo. Y probé de ser fiel al pedido del Señor, que pedía las manos pero también el corazón. Y hablé:

—¿Tuviste un traje blanco y otro marrón rayado?

—Sí.

—¿Dónde están esas ropas ahora?

—No sé. En Rosario, en la calle España. O las habrán robado.

—Cuatro camisas tuve en un tiempo, y ninguna me quedó. Ahora tengo dos: una azul que ves, y ésta que es blanca. No conozco la ciudad de Rosario.

—¡Qué vas a conocer!

—Hombre flojo y estúpido, sólo importa conocer una cosa, y no la conocés. ¿De qué podrías enorgullecerte?

—¿Qué cosa sería, señor profesor?

Y no le contesté.

Vi la voz del Señor pintada y saltando en todos los lugares, brillando y siempre tapada, cantando y siempre callada, en todas partes esa misma voz de ese que es solo, no nació nunca ni nunca morirá. Y vi los mensajeros de esa voz por todas partes, como los pescados en la red y las arañas en la tela, saltando y apretándose en su orden por todo el mundo, sosteniéndolo. Y vi a ése de quien soy el cuerpo, Agua Que Corre, esperando mi cumplimiento para quedar libre y para brillar. Y vi a Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, que empezaba el último tramo de su camino. Levanté los brazos pero no canté, nada dije, sólo respiré para que el primer mensajero trajera y llevara a los mensajeros del Señor con libertad por adentro de mí.

Me miraba pero no habló. Nada dijo. Miraba.

Quiso burlarse, pero tuvo miedo de mí.

Mauricia miró un día por la puerta. Habló, en la lengua de nosotros.

—A todos lo contaré. Cada cual se reirá. Con quién se ha casado Eisejuaz.

—Andate, vos. Mi brazo es pesado.

Se rió más todavía. Enojada, se rió todavía más.

—Cada uno de los paisanos sabrá para quién se buscaba un trabajo Eisejuaz.

—No uses mi nombre con tu boca. Pesado es mi brazo. Andate de aquí.

Esa muchacha que no tiene camino ha entrado en la casa.

He visto cómo en la orilla del Pilcomayo un incendio en tiempos de mi abuelo ardió en cada palo del monte hasta la raíz, dentro de la tierra. Quedaron esos pozos. No volvió a nacer allí un palo grande de los que hubo. En esos pozos cayeron animales, el anta, el jaguar, el oso hormiguero, allí murieron. En ese pozo cayó un hermano de mi padre, un hermano que no había cambiado los dientes y allí encontraron sus huesos, con los huesos de animales grandes. En un pozo de ésos me habló el Señor. En ese paraje quedó la tierra como son los corazones de los hombres, así como es también el corazón de Eisejuaz.

Esa muchacha ha entrado en la casa; y Paqui, que no entiende lo que hablamos, dijo:

—Sáquense el gusto sin pensar en mí.

Y se rió.

Ella se acercó, lo miró, y le escupió sobre la cara, y se escapó.

También eso he tenido que limpiar, la escupida de ella, la cara de él.

Salí de la casa con un pensamiento: «¿Ha nacido Eisejuaz para estas cosas? Dejaré estas cosas y me iré al monte. Nadie recordará el nombre de Eisejuaz».

Alegre, tuve este pensamiento en el día: «Dejaré esto y me iré al monte. Nadie recordará el nombre de Eisejuaz». Alegre, me reí. «Serviré a mis hermanos del monte, que ya se mueren. Eisejuaz no nació para estas cosas.»

Pero también: «¿Qué árbol te esconderá del Señor?».

Y dejé aquel pensamiento. El pensamiento que era alegre.

Atendí a aquel hombre cada día sin darle amistad y sin pedirla, pero oía en mi oreja: «El Señor no está contento de vos». «Buscaré una amistad entonces; compraré vino.»

Bajé al pueblo con la carretilla de carbón; pero ya otros habían vendido su carbón antes que yo. Nadie necesitaba mi carbón. Nadie me lo pidió. Doña Eulalia en el hotel no lo necesitó, y en el Círculo ya habían cerrado la parrilla. Hasta la tarde anduve con él y nadie me lo compró. Una señora lo quiso después y me pagó de menos viendo que no era fácil para mí venderlo. Y compré vino para abrir el corazón de Paqui y buscar una hermandad.

Ya esa calor tan grande bajaba con la tarde y lo saqué arrastrando la hamaca, a recostarlo en un incienso que hay ahí.

—Traje vino. Para que te alegres.

Se alegró.

Comimos entonces y bebimos, y Paqui me quiso abrir su corazón.

—No sabés quién es este que vive en tu casa, cuánto ha vivido, qué aventuras corrió. En el puerto de Rosario este que ves subió a un barco para divertirse con los oficiales. Allí subieron mujeres; nunca te imaginarás. Allí atamos a una, dejame que me ría, la sujetamos entre todos, nunca te imaginarás. Con una vela encendida, dejame que me ría, dejame que me muera de la risa, no pudo trabajar por meses. Ay, que me enfermo. A veces me enfermo de la risa.

»No sabés quién es este que vive en tu casa, este que te habla como un igual, éste que ves pobre y desvalido, pobre Paqui viejo querido. No sabés quién es.

»No sabés cuántos viajes por tierra, por auto, por tren, por autobús, cuántos hoteles, cuánta venta, jabones de tocador, amigo, no sabés.

»No sabés quién es éste, quién lo ha visto y quién lo ve, Paqui viejo querido.

»Quién lo ha visto bailar y llevar el compás, zapato lustrado, vivir como un rey.



»Las mujeres lo han visto y se han muerto por él, pobre viejo querido. Y él, el gran rey, el gran señor, el gran duque y que las mujeres engañen a otros. Paqui las conoce bien. Ha entrado en las peluquerías de Salta a vender sus trenzas y sus copetes y las ha visto, feas, chanchas todas con la cabeza en el tanque de metal. Ay que me enfermo, a veces me enfermo de la risa.

»Este que te habla como un igual sabe cómo tratarlas. «Salí de acá —les digo—. Ese pelo es ajeno, a mí no me engañás, recién despiojado está para más datos.» Echa su manotón el gran señor, el pelo cae, qué cara ponen, los muchachos gritan de la risa, a veces me enfermo de la risa.

»Te gusta esa morocha, la sucia, la que escupe, pero si fueras Paqui sabrías qué son mujeres de verdad, qué son hombres, qué es la vida, qué es la ciudad, qué es la grandeza y la risa, pobre salvajón, no sabés quién te habla, aquí estoy yo, pobre viejo querido, quién te vio y te ve, pobre viejo de mi alma, saludos de mi parte y llámenle traidor a su abuela.

Ha llorado después de tanta risa. Lloró por su valija. Su valijín que le han robado. Allí donde lo alcé, allí en el barro estaba, dijo.

—Prometeme que lo buscarás. Nada tengo más que esas cosas.

Y lloró. Le di promesa de buscarlo. Esas cosas que tanto necesita le dije que encontraré. Sus manos soy, sus piernas porque el Señor lo quiso.

La noche sin embargo pasé afuera de la casa donde él dormía, porque abierto su corazón con el vino, peor me resultó. Menos lo quise. Mayor enemistad sentí.

Marché a buscar esa valija por el sitio donde lo encontré en el barro, pero ya ni barro había. En el almacén de Gómez fui a preguntar.

—Vega, muchas veces has estado aquí pero nunca me hablaste de valijas.

—El hombre enfermo que recogí en el día de la lluvia dice que perdió una valija y que la necesita. Que es importante para él.

—No sé de qué cosa te habrá hablado.

Vi que mentía, porque tiene dos caras y las veo juntas.

Así, levanté la voz:

—No me mientas, Gómez, porque te va a pesar.

Él siente miedo de mí como ya dije, y miedo tuvo.

—Preguntale a Galuzzo el camionero.

Pero ese hombre no estaba allí porque había llevado una carga de tablones a Salta. He vuelto y se lo dije a Paqui. Se enojó. Gritó. Ese valijín, ha dicho, es demasiado importante y se va a perder. Dijo:

—Es importante y se va a perder y no podré seguir viviendo.

—¿Qué guardabas allí?

—Ninguna cosa para ser explicada.

Y gritó más.

Esperé los días que hubo que esperar hasta que aquel camionero volvió al pueblo. Y fui a hablarlo allí donde estaba.

—¿Qué valija? —ha dicho. Y ha dicho otra vez—: ¿Qué valija, Vega?

Y durante dos días no recordó qué valija era ésa.

Bajé al almacén de Gómez y me paré en la puerta sin hablar.

—¿Viste a Galuzzo, Vega?

Nada no contesté.

Aquel hombre pasó por allí esa tarde y me ha visto.

—Paisano —ha dicho—. Ahora sé de qué hablabas. Preguntale a mi hermano, pero no digas valija sino valijín.

Busqué al hermano, que tiene otro camión, y lo encontré en el aserradero.

—Vengo a hablarte de un valijín. El hombre que encontré enfermo en el barro perdió su valijín en aquel día, y lo necesita. He sabido que tenés una respuesta para mí.

Aquel hombre traía una carga muy grande de palos en su camión. Se ha dado vuelta y me ha mirado.

—Vega, ¿trabajás de nuevo en el aserradero?

—Ya no trabajo aquí. He venido a pedirte una respuesta.

—¿Y qué quiere ese hombre de ese valijín?

Dije:

—No apoyes la mano ahí.

La víbora salió de los troncos, cargada con su veneno, bajó con enojo, con miedo, la golpearon, la han muerto, la vi delante de mis pies caminando en la muerte y ya quieta, pregunté al Señor: «¿Quién es ésta?».

—¿Cómo la viste?

—No la vi. El que es ojo abierto me la mostró antes que saliera.

—En el hotel de la viuda flaca, donde yo duermo, está el valijín que andás buscando. Ella lo guarda en su ropero. Andá y decile que Galuzzo el rubio te manda.

He ido a aquel hotel, que está cerca de la estación del tren. La viuda me dio el valijín de Paqui, aquel que vi en su mano cuando tomó el ómnibus, en el camino de Orán, aquel donde llevaba el pelo de la mujer que vi llorar.

Caminé para volver a mi casa y una mujer me dijo:



—Ha muerto la muchacha que se ponía pantalones, esa que se paraba en la estación del tren.

Caminé para volver a mi casa, y un viejo:

—¿Qué llevás ahí para mi hambre?

—Dos brazos tengo para tu hambre. Mañana trabajaré para vos.

—Hombre grande, traidor, llevás riqueza y la escondés.

—No sé qué llevo aquí porque nada de esto me pertenece.

Aquel viejo gritó:

—¿Desde cuándo hubo tuyo y mío entre paisanos?

Caminé para volver a mi casa, y tuve vergüenza.

He dado a Paqui su valijín.

En esa tarde abrió Paqui su valijín con sus manos enfermas escondiéndose de mí. Se ha reído, alegre. Hecha la comida y dada en su boca se ha dormido con ese valijín debajo del cuerpo. Cuando lo lavé de su roña en el amanecer se rió otra vez. Ha dicho:

—¿Viste las cosas que guardo allí?

—No las he visto, che, no las vi.

—¿Quisieras verlas?

—Quisiera y no quisiera. Es igual para mí.

Ha abierto el valijín con sus manos enfermas, con esa tardanza grande. Vi dos jabones nuevos, unas peinetas de mujer, unos broches con vidrios.

—¿Por estas cosas dijiste: es importante y se va a perder y ya no podré seguir viviendo? ¿Por estas cosas sufrí vergüenza delante de mis hermanos que tienen hambre, que me pidieron?

Se enojó. Muchísimo se ha enojado. Y no me habló una palabra en varios días.

El invierno en ese tiempo había llegado y la calor tan fuerte se calmó. Dije al espíritu que vive en mí: «Que te levantes, que sigas como tu nombre lo dice. Que podamos cumplir como se desea de vos, y de mí, que soy tu cuerpo. Que te levantes y corras como Agua Que Corre. Para que lavemos, para que reguemos aquello que mi corazón no sabe en su ceguera».

En mi pensamiento caminé el camino entero que era mi camino, desde el Pilcomayo hasta el campamento de la misión. Vi la casa del hombre bueno que perdió a su hijo por mi causa, y el calabozo de la comisaría, y la vieja que vive en el monte, y el yesquero que di a esos hombres,

y los tres chaqueños con sus caballos, y el colla en la orilla de la acequia, y la mujer de los chiriguanos trasquilada de su pelo, y después el hombre santo, el hombre cansado que tiene que irse, echado por el rico atado a su riqueza como es el rico, y después la nube de color verde sobre la ciudad de Orán, y después aquel hombre anciano Ayó, Vicente Aparicio, que me trajo de vuelta los mensajeros del Señor. Caminé en mi pensamiento el camino entero que era mi camino desde que mi madre me parió en el monte hasta que Eisejuaz, Éste También, encontró a Paqui en el barro.

Volviendo de una changa que me dio Gómez en el almacén, y que fue de llevar tantos cajones y tantas latas a una pieza nueva, he sentido en mi casa el olor de la Mauricia. Miré a Paqui, pero no abrió los ojos. Salí, y vi aquello que se hace para tapar huellas: una hoja puesta aquí, y otra puesta allá, y palitos. Me senté junto al fuego y nada hablé, ni di comida a Paqui, ni cociné. Pero esta vez no se quejó. No habló tampoco.

Sin hablar, sin comer, en su falsedad y deseando alimento:

—Ayer vino esa morocha a buscarte. Hoy te va a buscar en el hotel.

«¿Qué razón para esconder las huellas?»: mi pensamiento.

Volví esa noche de limpiar el gallinero del hotel y sentí otra vez el olor de la Mauricia en esa casa. Él, en su falsedad:

—¿Fue a verte aquella muchacha de ayer?

La gana de matar me vino hasta las manos; pesadas se me pusieron de muerte. Salí fuera de la casa. Grité al Señor:

—¿Esto has hecho esperar treinta años a tu servidor? ¿Esta vida?

Golpeé aquel árbol de incienso, hice astillas una rama con mi mano. Y entré otra vez y me senté a encender el fuego en la casa.

Aquel hombre esperó a que le hablara. Y como no le hablé se enojó. Preguntó:

—¿Será por Dios que cumplís este trabajo de cuidarme? Con muy mal corazón lo cumplís, muy disgustado está con vos tu Señor.

No lo miré siquiera una vez. Pero él habló:

—Con este que no puede trabajar tendrías que repartir los pesos que ganás. Sólo techo, sólo comida no son bastante cuidado para un hombre. Un hombre necesita dinero.

Y se puso a gritar:

—¡No sabés quién es este que vive en tu casa y te habla como un igual!

Me paré y mi cabeza golpeó contra el techo:



—Con una mano te puedo desnucar. Puedo echar tu cabeza a rodar por el camino. Puedo dejar tu cuerpo pataleando sin cabeza. Tu cabeza haciendo muecas sin cuerpo. Con una sola mano, rata deshecha.

En el otro día tomé la carretilla y el hacha y el botijo de agua, como si fuera a hacer carbón. Pero me escondí.

Allí llegó Mauricia, disimulándose. Y me acerqué a esa casa para mirar. Y tenía uno de esos broches con vidrios en el pelo. Y para ese hombre enfermo hacía lo que no debe.

Con mis brazos arranqué la pared de paja colorada. Con mi mano la cacé del pelo. Así como estaba la eché al camino.

He destruido el techo y las paredes de la casa y esparcí las pajas en el viento. Y desparramé las brasas del fuego y las apagué con tierra.

He ido detrás de la Mauricia y me la he llevado.

Y dejé a Paqui solo en ese lugar.

Así viví con esa muchacha sin dejarla volver a casa del marido. Si me iba, la ataba. Si volvía, la desataba. Comida fiada, alcohol fiado tomé a Gómez. Allí por la mañana y en todas las horas hicimos lo que queríamos hacer, allí tomé alcohol y tomó ella. Tenía miedo, lloraba. Entre plantas, sin casa, sin techo, sin abrigo. Bien poco se comía en ese lugar. Ella tenía miedo del reverendo y del comisario, de que la buscaran. Miedo de volver al marido. Miedo de mí.

Dijo:

—No me ates, que me va a comer el tigre, me va a morder la víbora. Necesidades tengo, no me puedo mover.

Dije:

—Se acabó el correr y el engañar, se acabó el tapar huellas, se acabó el mentir. Ahora estás aquí en la pura verdad. De verdad sin escapar, sin engañar y para aquello que se quiera hacer. ¿Acaso te va a llorar ese marido?

Darme quiso de beber para escaparse. Bebía, se reía, quería arañarme la cara, bailaba, hacía burla de su marido, del reverendo y de las mujeres del campamento.

—¿Vive todavía aquella mujer vieja a quien mi madre quebró los dientes?

—Ya se murió la vieja.

Imitaba a la vieja, que asomaba la lengua para hablar a causa de los dientes rotos. Y quiso también hablar contra mi mujer, su hermana.

—No fue hecha tu boca para nombrar a esa que tuvo alma, y vos no tenés. No te dieron espíritu bastante para nombrarla. Colgada en el árbol me esperarás cuando me vaya: como la araña cuelga del hilo.

Se asustó; aprendió a cuidar sus palabras.

Hemos vivido así, entre plantas, sin casa, sin techo, por días. Bien poco se comía. Sí se bebía.

En un amanecer dijo una voz:

—¿Qué hiciste con aquel que te di?

Esa muchacha dormía, atada a mi brazo. He visto un tatu que cavaba la tierra. Lo miré y me miró. Pero se escapó. Y cuando me he sentado, ya no vi ni tierra removida. Corté la cuerda, corrí, con esa vergüenza en el corazón. He subido la loma, he corrido, con esa vergüenza. Corrí, y el día se nublaba delante de mis ojos.

Corrí, y he llegado a la que fue mi casa, a esos palos donde hubo fuego, donde viví. Corrí, y vi ese árbol, ese incienso que dio sombra. Corrí, y vi a ese hombre que se moría allí. Muerto de roer el pasto, de morder, la boca en la tierra.

Yo lo levanté. Yo le puse la boca, yo le grité:

—Vos. Vos. Viví. Estoy aquí.

Ha abierto los ojos ese hombre casi muerto.

Le he dicho:

—Caminá. Vos. Caminá. Caminá. Vos, caminá, Paqui.

Ha estirado una pierna, dio un paso, ha estirado una pierna, dio un paso. Dos pasos dio con sus piernas, tres pasos dio, cuatro pasos. Y allí cayó. Ya no caminó.

Dije al Señor: «Cumpliré, entonces».



## LAS TENTACIONES

Cinco veces habló una voz para descorazonarme.

Una, los hombres del campamento sentados a la puerta de mi casa:

—Es necesario que vuelvas, sumamente necesario que vuelvas y ordenes en el campamento de la misión. El desquicio está allí, la pelea. De nada sirve el que es capataz, que vive donde viviste y no tiene pecho para órdenes. Mientras estabas, vivimos. Cada cual se apretó, se mantuvo en su sitio. Ibas al aserradero, y se dijo: «Vean cómo esta gente puede trabajar, puede ser más que el blanco». Ahora te hablamos: es necesario que vuelvas al campamento y pongas orden. El mejor de nosotros no puede vivir en esta forma, para servicio de una carroña de los blancos.

Dije a aquellos hombres:

—No por mi voluntad me fui de la misión, ni tampoco por la del reverendo, aunque me echó de una manera injusta que ustedes no supieron. Fue la voluntad de ese que nadie conoce, pues la ceguera es nuestra herencia. Por esto se retiraron en aquel momento sus mensajeros de mí, ellos a quienes yo llamaba y alababa en esa hora. Los mensajeros de los bichos, los de cuatro patas, los de dos, de los insectos con alas y de aquellos que se arrastran por la tierra y por debajo de la tierra, y en el agua. Así quedó mi alma negra, sin mensajeros ángeles del mundo. Y otro paso padecí: se retiraron los mensajeros de los palos también por un tiempo: los mensajeros de los que son fuego, de los que son sombra, de los que son muerte, de los que son saludo, de los que son señal, de los que son remedio y alimento. Sólo me fue dejado el primer mensajero, que es el aire. Y solo él quedó para mantenerme en el mundo mientras todo era negrura. La muerte salía de mi mano, de mi respiración. Allí donde toqué, llegó la muerte. Por qué ocurrieron estas cosas, no lo sabemos. Pero había terminado el tercer tramo del camino. Y ahora ha empezado el último.

Dijeron, sentados frente a la puerta de mi casa.

—No entendemos todas las cosas que hablás, pero sabemos que fuiste nuestro jefe, y queremos que vuelvas. En el monte hubieras sido jefe, y en la misión lo fuiste. Ahora todo es tristeza, revoltijo, celos. Miramos: nada vemos. Miramos otra vez: nada vemos. No sabemos hacia dónde pueden marchar nuestros pensamientos.

Les dije:

—¿Creen que Eisejuaz no sufre? Es jefe, y no nació para ser jefe. Ha visto al espíritu que lo habita y conoció su nombre, pero sus hermanos están fuera de ese nombre. Y las razones de esto no las sabemos.

Uno de ellos:

—No comprendemos todas tus palabras pero comprendemos cómo nuestra vida se ha vuelto mala.

Yo les dije:

—¿Adónde irán los piojos del hombre que muere? Ya su cabeza se enfría. Ya huyen, turbados y perdidos, sin saber a dónde van. Ciegos corren por el polvo, ajeno, enemigo, que no los recibe. Angustiados, no saben a dónde los guía su corazón. Buscan nuevo calor, allí se meterán, sin elegir. Si hay piojos en aquel lugar, malo será el encuentro. Si quieren vivir allí, se harán insoportables. Lavados, morirán, unos y otros. Ciegos y turbados han corrido, sin saber a dónde ir. Su cría bajo la tierra, con aquel hombre muerto, olvidará el calor y los mensajeros de la vida. Los gusanos serán sus compañeros, y su recuerdo se perderá. Así digo a mis hermanos matacos y también a los tobas: ¿a dónde iremos, ahora que el monte se ha enfriado? A los chahuancos, a los chiriguanos, a los chaneses y a todos digo: ¿a dónde iremos? No hay lugar para nosotros ni allá ni acá. Allá el ruido de los blancos termina con nuestro alimento. Y aquí nos alimentamos de peste y de miseria.

Y gritaron:

—¿Qué tenemos que ver nosotros con los chiriguanos?

Un viejo:

—¿Acaso no tenemos salvación?

Dije:

—Ha terminado nuestro tiempo y el de todos los paisanos. Ahora cada cual debe vivir como pueda. Por qué nos ha tocado nacer en estos tiempos, no lo sabemos. Todos los hombres tenemos la ceguera como triste herencia.

Uno dijo:

—No son las palabras de los misioneros.

Dije:

—Este incienso que nos da sombra tiene esa marca. Es de una rama que arranqué con mi mano un día. Fue una herida grande pero vivió, a causa de sus otras ramas y de sus hojas y del tronco. Pero si todas sus ramas se hubieran roto y la corteza arrancada y las hojas molidas no podría vivir. Así nos ha pasado, esto ha ocurrido.



Dijeron:

—Eso queremos. Un hombre capaz de arrancar con su mano semejante rama.

Contesté:

—Padres míos, hombres míos, hermanos míos. Soy un jefe, hecho para ustedes aunque no comprendan ninguna de mis palabras, y es justo que me busquen. Pero el Señor no me llamó para eso. Ése es mi dolor. Y será el dolor de ustedes. Y por qué esto es así, no lo sabemos.

Se levantaron con enojo. Se alejaron. De lejos gritaron:

—¿Naciste para ser mujer de una carroña blanca?

Se han echado a correr.

Segunda vez. Mi amigo Yadí, Pocho Zavalía, parado cerca de aquel incienso. Me trae un pedazo de carne para comer.

—Ya conocés nuestra comparsa vos, que se bailamos para carnaval. En estos días nos hemos juntado para cantar, para bailar. Con mis manos hice varias máscaras como aquellas que sabés pero bien adornadas, con dibujo de autos, de bichos con sombrero, de mujeres, así como están en la puerta del cine. Hemos bailado, hemos cantado. Ya sabés, pero hemos hablado. Dijeron los hombres de la comparsa: «Si hubiera uno que hablara por nosotros, podría mejorar nuestra vida de paisanos. Uno que discutiera trabajos, uno que viera al intendente, uno que supiera levantar la voz y decir: "¿Por qué son así las cosas para nosotros?"». Ya sabés. Se ha dicho: uno hay que pudo servir para eso, uno solo, entre los paisanos. Ha salido tu nombre. Pero muchos piensan que perdiste el juicio y el pensamiento. Por eso dije: «Iré y le hablaré, y verán cómo no es verdad. Iré y traeré su palabra». Vine para ir y decirles: «Él sabe lo que hace y va a volver». Dirán todos: «Entonces el paisano dejará de morir».

He tenido que hablar a Yadí de esta manera:

—Hubo hombres antes que yo que fueron llamados por el Señor. Les dio visiones y enseñanzas para bien de sus pueblos y sus pueblos se alegraban: felices de nosotros, porque este hombre ha nacido aquí y hemos mejorado. Pero yo fui llamado sólo para esto. El Señor me hizo fuerte, sólo para esto. Me pidió las manos, sólo para esto. Por qué pasaron así las cosas no lo sé. Pero voy a cumplir. Camino con vergüenza delante de mis hermanos, pero voy a cumplir. Con vergüenza delante de mi cara, pero no digo nada. He nacido para cumplir las cosas del Señor.

Hemos hablado en esta forma con mi amigo Yadí, Pocho Zavalía. Y cuando se fue tomé su regalo y comí la mitad, y di la mitad a Paqui.

Y lloré también, en secreto, delante del Señor.

Allí la fiesta patria en la plaza del pueblo, con la música grande del soldado, del que dice: «Vayan al cine», y tantos para aplaudir, tantos de las escuelas con delantales blancos. El intendente que habla fuerte y la campana del franciscano sonando. Allí la bandera. El cura allí, doña Eulalia, el turco, el doctor, el rico, en el palco del color celeste y blanco. El hombre joven con su delantal en la fila con los que aprenden en la escuela. Y el paisano parado lejos, mirando. Dice el viejo Torres, paisano viejo:

—Te acordás, vos y yo en aquel palco, de ropa nueva vos y yo, en nombre del paisano para la fiesta patria? ¿Te acordás de don Pedro que fue tu patrón, que fue intendente, che, que nos ha nombrado?

Dije:

—Don Pedro sufre desde aquel tiempo si sale a la calle. Nadie no lo quiere saludar.

—¿Él te lo dijo?

—Él me lo dijo.

Dice el viejo Torres:

—Ya te acordás, aquel piletón que mandó don Pedro hacer arriba en la misión, y los camiones que subían el agua, tantos años vacío desde entonces, vacío con la víbora que cae, el sapo que cae.

—Ya me acuerdo. No vivo ni voy allí, pero me acuerdo.

—Adentro se ha caído el viejo ciego; quebrado está; bebido estaba. Dijo el reverendo: «¿Había bebido?». «No», hemos dicho. «Sí», ha dicho el capataz, ese hombre inútil ha dicho «Sí». El reverendo: «Si bebe otra vez, el viejo ciego quedará fuera de la misión. Quien bebe se muere, se pelea, se enferma. Lisandro Vega bebió. Ya no trabaja en la caldera, loco está, lo saben todos».

Ahora la sangre me ha entrado al corazón con su calor. Pido: «No dejes que esta sangre me borre la vista. No dejes que me entre en las manos».

Los asados para la gente en la plaza, las mesas en la sombra, y los panes. Para el pobre y para el rico dijo el intendente, para todos. El paisano con ese temor no se acerca.

Acá mi amigo Yadí, Pocho Zavalía:

—Comida hay, comamos. Una vez, comamos, paisanos. Carne hay, pan hay. ¿No nos acercaremos? ¿No comeremos?



Su mujer no quiere.

—¿Qué tiene tu mujer, che? ¿Qué sufre tu compañera?

—Nuestro hijo enterramos ayer. Nuestro hijo, el mayor. El primero, lo enterramos ayer. No quiere comer. Pero tristes, hay que comer; contentos, hay que comer. Una vez hay que comer. Una vez carne, pan.

Aquel franciscano de los lentes, de la camisa gris:

—Aquí anda usted de nuevo, amigo. ¿Querrá sacarse aquella foto con la flecha, con la chiripa? Sano lo veo. Lo vi amarillo, flaco. Lo veo fuerte. Esto está bien. Hay que alegrarse.

Lo he mirado. Se fue.

Una mujer de los nuestros, mi hermana en el monte:

—No sé contar pero soy de tus días. ¿Qué días tenés, ahora?

—Doce años cuando se vinimos. Dije a mis padres: «Se tenemos que ir». Lo dije por la palabra del misionero. Y ellos: «Bueno; ya en el monte no se puede vivir». Tantos días a pies, saliendo del Pilcomayo, caminando. Pero todos vinieron a morir con la peste del blanco. Treinta y ocho de mi edad tengo. Treinta y ocho tenés.

Esa mujer sin dientes, con nietos, mi hermana en el monte, a mí:

—He comido carne, pan. Como borracha, con sueño, como de vino estoy, para recordar, para hablar lo que vi. Cosas que viste, cosas que viví. El hermano de mi padre, ese joven Guanslá. Contento de su mujer linda, de gente churupís. Traída de la guerra, gorda, con buena voz. Cada día se aleja, cada día volvió. Nadie tuvo malicia, nadie desconfió. Su marido contento, nunca la receló. Ha dicho: «Me he dormido». Dijo: «Frutas busqué». Ella tiene hombre suyo, del tiempo de antes, y lo va a encontrar. Una tarde: «Encontré un anta muerta, es fresca, vámosla a buscar». Siete hombres han ido, y el primero Guanslá. Allí los esperaban, matan a cinco, uno puede escapar. El séptimo lo llevan, lo van golpeando, y es Guanslá. Grito me viene ahora, gana de matar. Lo achicharran, lo pinchan, ella se ríe sin parar: con machete chaqueño corta la boca de Guanslá. De puro diente queda, sin risa de verdad. Esa que baila y que le escupe la hombría le va a cortar. Lo pinchan con las flechas, le ponen brasas, no dejan de cantar; la tierra que levantan sobre la sangre se va a pegar. Ya abre su boca rota, ya se muere el alegre Guanslá. Le ha atravesado un ojo: «Te dejo el otro por bondad. Así me ves contenta, contento a mi hombre y después reventás». Ya viene aquel muchacho, el escondido, el que espió. Ya cuenta lo que ha visto. Tu padre llama, el jefe alza la voz. Mandamos nuestros hombres, pero no hay rastros, esa gente escapó. Al año vino batalla, matamos todos, el mataco venció. A la mujer y al hombre trajeron

vivos, quién no los vio. Ya le queman los pechos, mi madre la cuereó; tu madre con tizones su hembraje le quemó. Como tigra gritaba, le arrancamos la piel. Le cortamos las manos, los dedos de los pies. Los perros los tragaban, con bramidos gritó. Al fuego la tiramos, un humo espeso hedió. Al hombre le sacaron todo el pelo y la piel. Vi su cabeza cruda, le colgaba la piel. La sangre que escurría la quería beber.

Dije:

—Mujer desgraciada, mujer sin seso ¿qué palabras me venís a hablar?

—Son cosas que recuerdo, cosas que recordás.

Se alzaron mis pensamientos; la muerte me golpea: «¿Qué esperás? ¿Por qué tanta paciencia?».

Empujé a esa mujer:

—Te conozco. Me engañaste y ahora te conozco.

Salté, corrí lejos de allí. Lejos de la Muerte Vengadora, que emborracha todo corazón.

Fue la tercera vez. Y la cuarta por boca de Paqui.

En esos días lo saqué a la rastra y lo puse al sol, porque era invierno y temblaba mucho. Dijo:

—¿Cómo no has pensado en llevarme al pueblo y dejarme entre los blancos en un hotel, como es digno de mí?

—¿Con qué habrías de pagar ese hotel? Donde está el blanco hace falta dinero. Donde no está, cosas muy distintas hacen falta, que tampoco tenés.

—Muy ignorante en muchas cosas sos, pobre hombre, y no se te puede acusar por eso. Pues ¿qué enseñanza de la vida tiene uno que nació como vos, entre las fieras y los bichos del monte? Para que sepas: uno como yo puede vivir entre los blancos sin que nada le falte. Puede estar en un hotel y pasarlo bien. Tener días placenteros. De modo que llevame al pueblo y dejame en el hotel de la viuda flaca, o en el de doña Eulalia. Y allí viviré.

—¿Cómo no me has dicho estas cosas antes, cuando pasamos hambre?

—Es cosa mía. Y por eso lavame bien y peiname. Y llevame al pueblo hacia la noche, para que no me vean cargado como un bulto. Y conseguime un poco de vino, que tome antes de llegar.

Hice lo que me dijo. Le di el vino. Lo llevé al hotel de la viuda flaca y lo senté en un banco que hay en la puerta. Esa mujer salió del hotel y habló con él. Ha llamado, y lo entraron sentado en el banco. Entonces caminé de vuelta para mi casa. Pensé: «¿Cómo es esto, Señor? ¿Y cómo ha sido esto?».



No supe qué pensar. Y estaba por alegrarme. «¿He hecho mal? Pero no me lo diste como prisionero.» Y estaba por alegrarme. Turbado en el corazón, sin pensamiento fijo: «¿No era el anunciado? ¿Cuál cumplimiento? ¿No es este cumplimiento? ¿No empezó el último tramo?».

Sin respuesta me vi.

Molí semilla de cevil y la fumé para buscar contestación.

Como pajas en el viento, como flechas, como pájaros en el mundo, vi los buenos mensajeros, los malos mensajeros del que es solo, nunca nació, no muere nunca. He cantado allí:

—Eh, eh, eh. Digan. Eh, eh, eh.

Bailé.

—Vengan. Eh, eh, eh. Vengan. Eh, eh, eh.

Como las moscas sobre el guerrero muerto, como choca y da vueltas el pescado en el agua, como lluvia que brilla, que se mueve, alrededor de mí. Vinieron a mi boca.

Serpiente.

—¿Qué de mí? Dormía y, ¿qué de mí? Descansé y, ¿qué de mí?

—Vos. Para saber de la callada, de la silbadora, para dónde mi oído, para dónde mi ojo, cómo el cumplimiento aquél.

—Eso lo esperarás. Eso verás.

Caballo.

—¿Qué de mí? Corría y ¿qué de mí? Golpeaba con mis patas y ¿qué de mí?

—Vos. Para saber, aquí. Del alto, del que tiene el trueno en cada pie, para dónde este oído, cómo será.

—Eso lo esperarás. Eso verás.

He bailado, y golpeé el suelo con mis pies. Como el murciélago en verano, como hojas en el viento frío, alrededor de mí.

—Ángeles mensajeros, busco la palabra del que es solo, no nació, no morirá. Aquí del tatu, cuero de hueso, aquí del suri, buen esquivador, aquí del rococo, escuchador con la garganta, aquí de los palos, mensajeros del Señor. Aquí de la lluvia fuerte y de la que es mansa, del viento grande y de los vientos, mensajeros, ángeles del Señor. Díganme. Cómo es el cumplimiento, cómo será. Cómo vino, cómo vendrá.

Dando vueltas: «Eso esperarás». Girando: «Eso verás. Eh, eh, eh. Eso verás».

Hablaban por mi boca y la espuma salió de mi boca, mojó mi pecho, mojó el suelo. Hablaban por mi boca y he bailado, golpeé el suelo con mis pies.

Como el mosquito en el pantano, como el gusano, revolviéndose, empujándose.

—Eh, eh, eh. Vos y vos. Eh, eh, eh. Vos y vos.

—Eso lo esperarás. Eso verás. Eh, eh, eh. Eso verás.

Llamé a los pueblos chicos de bajo tierra. Los hombres chicos del pantano, del agua. Los sin peso que corren por el monte, pueblo chico corredor del monte. Los que andan, los que vigilan, los que roban, los que curan. Como ratones, como bicherío que escapa en la creciente, y no chilla ni habla, corre y no mira, corre y se empuja, así vinieron los pueblos chicos de bajo tierra, del pantano, del agua, y el pueblo corredor del monte.

Hablaron por mi boca.

—¿Qué es? Descansaba y aquí, ¿qué es? Descansaba y aquí, ¿qué es?

Como buitres moviendo las colas, picando, arrancando, moviendo las cabezas, los pueblos chicos, los hombrecitos corredores, a mis pies. Bailé, el suelo golpeé con mis pies. Y hablaron por mi boca:

—Ya verás. Ya verás. Ya verás.

Y se han ido todos. La oscuridad me recibió el corazón. Allí quedé, y descansé. Y me he levantado. He mirado el incienso aquel que está a la puerta de la casa que hice con mis manos. Un viento grande se alzó en ese momento y lo revolcó. Un viento lo enroscó, lo arrancó.

Esa casa y aquel lugar se llaman desde ese día: Lo Que Se Ve.

Una vez más habló esa voz para descorazonarme, la quinta vez.

En la canilla del agua aquella criatura, la hija del viejo que renguea por causa de la flecha, esa que curé sin haberlo pedido, y me curó a mí. Y al verme ha levantado su botijo vacío, echó a correr.

—¿Por qué te vas? ¿Qué te he hecho?

Lejos se paró a mirarme.

—¿Sin agua vas a volver a subir?

Y nada me contestó. Me enojé.

—Vení a buscar tu agua o te voy a correr.

Y bajó con mucho miedo hasta la canilla del agua. Le temblaban las piernas. No podía esperar.

—¿Qué miedo tenés de mí? ¿Qué mal te hice?

Pero no quiso hablar. Así, me enojé de nuevo. Y dijo:

—Te he visto empujar a mi padre, que es viejo, en el hospital. Te he visto robar una botella de alcohol. Y no quisiste pedir la salud para mí.



Me he reído. Fuerte, me he reído. Se le cayó el botijo entonces. Se le rompió.

Lloró esa chica viendo el botijo roto, el agua esparcida.

—No llores. Este botijo mío te lo doy.

Y ha llorado más.

—¿Por qué debés llorar? Curada estás, y debías estar muerta. Alegre tendrías que estar. La vida te vi retirada, el aire se te iba, roto el aliento. Los mensajeros del mundo han vuelto a tu corazón.

Dijo:

—¿No necesitás mujer para casarte?

—¿Ya sos mujer? ¿Mujer, sos? ¿Mujer, serías?

—Sí, soy.

Y ha llorado otra vez.

Dije:

—Si el Señor quiere que me case, con vos será. Pero mi vida ya entró en su última parte y no me piden eso. Otra cosa me piden, que ahora no sé cuál puede ser.

Dijo:

—¿Cómo es que echaste a morir a aquel blanco que habías recogido?

Y dijo:

—Vivo lo hemos visto pero ya va a morir. Nadie lo ha tocado por temor a tu persona.

—¿Dónde está?

—Atrás de la casa perdida, de la casa rota.

Así, he corrido. Y he visto a aquel hombre sucio y para morir, igual que la primera vez. De nuevo le dije: «Esperame. No te mueras». Corrí. Volví con la hamaca. Lo cargué. Y lo llevé a la casa, igual que la primera vez.

Igual que la primera vez.

Cada día cuidé a ese hombre, cada día gritó, se burló de mí. Cada día hizo sus suciedades, cada día chiflaba. Cada día me vio hablar al Señor y armó risas. Cada día cuidé a ese hombre. No dije ya: «¿Acaso nació Eisejuaz para estas cosas?». Trabajé, y no hablé para quejarme.

# EL DESIERTO

Estando en la primera casa tuve un sueño, y por él fuimos a vivir al monte. Dos años pasamos en el monte. Fue un sueño de nosotros dos caminando por un camino largo, y de bastón llevaba aquel incienso que fue arrancado por los mensajeros el día que me hablaron. Pasamos un río caminando por encima del agua. Dijo Paqui en aquel sueño: «Hemos pasado el agua que corre; ya estamos contentos».

Dije en la mañana:

—Un sueño bueno. Tenemos que ir más lejos para bien de los dos.

Trabajé con el hacha, puse palos haciendo bordes en la carretilla, y los ajusté con alambre, con bejuco fino y corteza blanda que conozco. De las cosas que tenía busqué dos botellas que estaban llenas de miel del monte, fui a casa de Yadí, Pocho Zavalía, mi hermano en el monte, y se las di a su compañera. Pero no dije: me voy. Volví a mi casa, la casa de los dos, y dormí esa noche.

Antes que el sol, subió la estrella temprana. Mensajera estrella hermosa salió grande, blanca. Subió tranquila. Alegre subió en la mañana. Me miró, la miré. La saludé. Ella que da conocimiento a los hombres, a los ciegos que somos. También me saludó. Ésa, me ha saludado.

Puse a Paqui en la carretilla y su espalda en los palos del borde. Ya gritó, preguntó. Ya quiso bajar.

De las cosas que teníamos hice así:

El hacha, la parrilla de alambres, dentro de la hamaca. De tres latas que me dieron en la cocina del hotel: dos chatas y una de durazno para el agua del Paqui, metí dos en la hamaca, dejé una afuera. Y la grande de cocinar, en la hamaca. Las camisas, la azul, la blanca, y una colorada del Paqui, en la hamaca. Lo de pescar, en la hamaca. Un zapallo, en la hamaca. Envolví la hamaca, la metí abajo de las piernas del Paqui. Un pedazo de rueda de autos que es la almohada del Paqui, atrás del Paqui.

El botijo del agua nuevo lleno de agua. Y las brasas del fuego las envolví en hojas de banano, las puse en aquella lata que dejé aparte, y até bien para que no se cayeran de la carretilla.

Una carne seca en la cintura, con un alambre.

El cuchillo en la cintura.

Salió el sol. Nos miró.

Lo saludé. Mensajero grande. Señor mensajero. Señor grande.

Nos ha mirado.

Nada fácil llevar aquella carretilla. La llevé por senderos. Dije al Señor: «Este que me diste no puede dormir sobre los árboles. Por eso cuidalo, ya que has dicho que viajemos por el monte. ¿No es también tu hijo el tigre? Sujetalo, entonces. Cuidanos en este viaje».

Diez días anduvimos por el monte y no era fácil. Por senderos que sé, con tanto bejuco, tanta raíz, el árbol caído: sacando al Paqui, atándolo con sogas, subiéndolo, descolgándolo, y subir después la carretilla, y cada cosa. Cruzar aguas. No fue fácil el viaje aquél.

Llegamos al claro que sé.

Entonces puse a aquel hombre que me dieron, el Paqui, en el centro del claro redondo que hizo el fuego en el tiempo antiguo, donde no volvió a nacer palo grande. Lo puse al sol. Y puse formando una rueda alrededor cada cosa de nosotros: la carretilla, el hacha, lo de pescar, la parrilla de alambres, la hamaca, las camisas, las dos latas, el zapallo, la goma del auto, mi cuchillo. A un lado el botijo del agua, con su agua. Al otro lado la lata con la brasa del fuego. Y yo entré en aquella rueda, junto al Paqui, entre el fuego y el agua.

—Eh, eh, eh, aquí estamos, para cumplir.

Nos faltó la comida el primer tiempo. Sólo bichos, langosta, lagartija que tiraba en la brasa, se retorcían, los comía. El Paqui no abrió la boca para comerlas; comió el zapallo aquel, y después nada. Busqué raíces. Busqué tierra de esa blanca y la comí. Comió él, se le pegó adentro, ya se iba a ahogar. Lloró, no quiso comer. Dije al Señor: «¿Dejarás sufrir así al que me diste?».

Lo primero que cacé fue el viborón. Lo maté, le saqué el cuero y lo corté en dos partes. Puse una de las partes así como camina el sol, una punta mirando a la mañana y otra mirando a la tarde: «Para todo bicho suelto del monte que come carne, criaturas del que es uno, hemos dejado esto nosotros, criaturas del que es uno».

Cociné sopa y carne, contento. El Paqui cerró los ojos; comió llorando.

Puse los sesos, la lengua, los ojos del viborón en el agua. Vinieron pescados más chicos que dedos del pie. Con la camisa los pesqué. Fue lo primero que pesqué y por eso, di también la mitad para todo bicho comedor del monte.



En ese tiempo vi que Paqui lloraba cada día. Para alegrarlo traje un mono y lo crié. Allí saltó, jugó aquel animal bueno, subió y bajó. Aprendió. Sacó el piojo de los pelos al Paqui. Le dio la comida en la boca. También se la quitó, fue a comerla en el árbol, la comió arriba de la casa. El Paqui se rió.

Para alegrarlo traje un loro, que le enseñara a hablar. Se arrimaba; ladeaba la cabeza, miraba. El Paqui silbó: él silbó. Cantó: él cantó. Y una vez, volviendo del monte, oí todas las palabras sucias del blanco. El Paqui le enseñó. Una mañana el mono le arrancó la cola. El Paqui se rió. Quedó sin cola aquel animal hablador de maldad, triste el animal sin culpa.

Junté la semilla del zapallo que trajimos del pueblo y trabajé con el cuchillo la tierra que está cerca de la casa; y sembré. Aquel hombre en su hamaca se rió, y el loro con él. Silbaban canciones de mofa.

Paqui, un día:

—¿En qué pensás?

Mi corazón: «No le digás».

Él, ese día:

—¿Qué pensás?

Mi corazón: «No le digás».

Yo, a mi corazón: «¿Por qué no hablaré a quien me fue dado por compañero? Ahora tengo ganas de hablarle». Dije:

—Pensaba en el día que contó aquella mujer durante la fiesta patria. Cuando trajeron a la que traicionó y al hombre del enemigo. Dijo verdad aquélla en la fiesta patria: bailamos, pinchamos, quemamos, la cortamos. Los perros se comían sus pedazos delante de sus ojos y ella gritó. Yo y esa que fue después mi compañera éramos de unos diez años. Cortamos cada cual una oreja de ella, las echamos en la brasa, nos burlamos: «Linda oreja tostadita, buena de comer».

—¿Qué gusto tiene, salvajón?

—No somos gente que coma gente. Y no tampoco nadie tuvo gana de comer en ese día por el olor del sangre, quitador de la gana. Y después no dormimos; cerrábamos el ojo y se veía tanta cosa fea, y brava. Después un día el reverendo en la misión vino a decir cómo aquel hombre amigo del Señor, San Pedro, cortó la oreja de uno, y el Señor Jesucristo Hijo del Señor se enojó, pero lo perdonó. Me habló bajito aquella que fue después

mi compañera: «Entonces también podrá perdonarnos nuestras orejas». Dije «Sí» pero me reí por «Nuestras orejas». El reverendo: «¿Qué es lo que hablan?». Dijimos: «Nada». Nos puso en penitencia por hablar.

Mi corazón: «Qué mal hiciste; hablar de estas cosas con éste».

Durante muchos días pensé en mujer. Viéndome lo supo el Paqui. Se burló de mí.

—Si te hubieras quedado en la primera casa no estarías en estos pensamientos. Cerca del pueblo la vida es aliviada. No faltan las mujeres. Está aquella morocha que te gusta, la buena enamorada.

Habló de mujeres y de las cosas que tienen las mujeres. Enseñó al loro y el loro dijo las cosas que tienen las mujeres y se rió como ellas. También le enseñó a decir:

—¡Linda oreja tostadita, buena de comer!

No me dieron descanso entre los dos.

Una noche que Paqui dormía entró despacio el Malo.

El miedo alzó mis pelos. Mi lengua no pudo decir: «Señor». El primer mensajero no entró ni salió del pulmón. Mi sudor formó barro en el suelo.

Tan grande miedo despertó al Paqui. Chillando despertó. Y su chillido volvió la palabra a mi boca. Dije:

—Señor.

El Malo se alejó como niebla. Quedó en el techo, negro como humo. Dije otra vez:

—Señor.

Como nube salió, y en la noche voló. Dije a Paqui:

—Por el miedo tuyo se me pasó el mío. Ya ves cómo has sido buen amigo del Señor.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿No te da vergüenza?

Entonces pasaba los días con el temor de tener miedo. Hablaba al Señor: «Dame fuerza tuya, que me falló el coraje». Y al que me habita: «Hacete ver, que Eisejuaz aflojó».

Vino otra noche, y no me asusté.

—Andate, che. Tengo la fuerza del Señor.

Vino como un filo, flaco, azotando.

—El Señor me compró, andate nomás.



Vino alto, como ventarrones, hinchado, a tirarme del pelo, a empujarme, a silbar. Cansado, resollando, tirado en el suelo, fatigado, Eisejuaz.

—Hacete ver, mostrate nomás.

Se mostró como fibras, como unos trompos girando y empujando.

—¿No ves que el Señor me protege, che?

Se iba.

En la noche gritaba él y gritaba yo. Salían los animales del monte a mirarnos. Miraban, los ojos como luces, los pelos parados. Las serpientes, las corzuelas, los tigres miraban, los chanchos del monte, cómo era la lucha, y cómo gritaba yo y el Malo con su ruidaje me atacaba, cómo me golpeaba.

—No podés contra el Señor, flojo, bandido.

Lloró Paqui.

—Volvamos donde estaba la primera casa, cerca del pueblo. Tengo miedo. Todo es gritar aquí. Todo es magia. Te has vuelto amarillo y flaco. ¿Quién me va a cuidar?

—Yo te abandoné dos veces; el Señor nunca.

—¿De qué Señor me hablás? Soy hombre de la ciudad, uno que sabe.

En esos días llegó una gente a aquel lugar. Paisanos de mi raza trajinados, el hombre y la mujer, los hijos en los brazos.

—¿Está lejos el pueblo? Nos perdimos de un grupo que venía. Del Pilcomayo caminamos, semanas que marchamos. Ya en los huesos vivimos allí, pura miseria. Ya nos venimos, por la palabra del misionero.

Vi cómo se iban a morir los cinco en el pueblo con la peste del blanco.

—Asé un mono esta mañana; comámoslo. Tengo agua; bebamos.

Comían, y fui detrás de la casa. Dije al Señor: «¿Por qué tienen que morir? ¿Se han cansado tus mensajeros, que quieren quitar así a esta gente el aire que respira y los otros bienes? ¿No podías hacerlo de otro modo? ¿Por qué tienen que morir?».

Volví donde estaban y corté del mono para Paqui y se lo di en la boca.

Dijeron:

—Sufrimos mucho miedo en esta noche. En tanta oscuridad, los bichos del monte salieron afuera de sus casas, con pelos tiesos, con golpear de dientes, con ojos como luces y miraban: había gritos, una batalla, voces; y no de alma en pena; de otra cosa.

—Es el Malo, que pelea conmigo por las noches y a veces en el día. Los bichos se asustan, salen a mirar. Ya no hay caso de miedo; hay uno que es más fuerte.

Así hablé, sin saber que iba a sentir miedo otra vez.

Volví detrás de la casa y dije al Señor: «Es necesario que estos cinco vivan, y el perro que llevan también. ¿Por qué los hiciste encontrarme si no querías que vivieran? ¿No se morimos cada día demasiados? Dame señal».

Y me acerqué a comer con esa gente.

Cuando hubimos comido me retiré otra vez a pedir.

Bajo de un árbol estaban, bajo de una enredadera. Era invierno, pero aquella enredadera echó sus flores. Dijo la mujer:

—Ha vuelto la leche que me faltaba, la que se retiró de mí por los trajines.

Nada dije, para que no me agradecieran por obras que son del Señor. Pero a Paqui se lo dije, para su enseñanza.

Una noche vino el tigre. Caminó y olió. Rascó la pared de paja colorada: trrr. Olfateó. Cada noche vino, y olió. Furr, furr, el aire de su nariz.

Paqui temblaba.

—Levantá el fuego, subí la llama que está oscuro.

—¿No sabés que el fuego alto llama al tigre, que salta por encima?

Me levanté y fui a la puerta:

—Tigre, a vos te digo que te vayas. Ni te mataré ni nos matarás, porque no vinimos aquí buscando tigres.

Aquel tigre ya no vino de noche. Vino cuando el sol se ponía. Sentado debajo de una quina nos miraba. Traía a su compañera.

Paqui:

—A mí no me dejás aquí, solo entre las fieras. ¿Qué te creés que soy, un postre? Si te vas a cazar hacé un cerco bien hecho, con palos grandes, para que las fieras no vengan a comerme en mi hamaca.

—No puedo hacer un cerco. Un cerco se ve desde el aire. Muy pocos bichos hay aquí para comer; hemos sufrido hambre; he tenido que aprender de nuevo a cazar, a pescar, a hacer flechas, a tirar; me costó mucho. No tengo perro para cazar; sin un buen perro la vida es demasiado dura en el monte. Si hago un cerco, el blanco en el avión volará bajo para mirar; es conocido por curioso; y los bichos no volverán aquí.

—Vos quisiste venir. Yo soy hombre de pueblo y acostumbrado al pueblo. No es justo que me dejes tirado entre las fieras mientras te vas al monte.

—El Señor no nos hizo venir para ser comidos.

—Soy hombre de ciudad; no me hablés de esas cosas. Yo no te elegí por compañero. Haceme el cerco.

Ya las semillas del zapallo habían brotado, y comíamos zapallo, así que aproveché para cortar los palos del cerco. Sembré las semillas otra vez; brotaron; una noche vino la corzuela y comió. Le dije en la mañana:

—¿Todo el monte recibiste para tu alimento y te has comido el nuestro? Pero yo ni te cacé, ni usé tu piel, ni asé tu carne todavía. Aquí vivo cuidando a uno que no se vale por orden del Señor, no por mi gusto. Y vos ¿en qué nos ayudaste para nuestro cumplimiento?

Volvió con su familia y comieron los tallos hasta la tierra. Allí me enojé. Grité en mi enojo. Pero la corzuela no volvió por causa del jaguar que venía a la quina con su compañera.

El Paqui:

—Te digo que tengo algo para hablar con vos. Es un asunto serio y escuchame bien, que no sos hombre acostumbrado a ideas. Yo lo he pensado, y no soy don nadie. Te digo: ¿por qué no vamos a trabajar a un circo? Harías estas pruebas con los animales y con las flores. La vida será mejor que aquí. En el circo hay mujeres. Hay viajes. No tendrás que andar saltando atrás de la comida; hay letrinas, no irás buscando arbustos. Y plata para los dos. He dicho para los dos porque yo sé hablar, soy educado, viajé, vendí jabones de fina calidad, viví en hoteles, llegué al Paraguay. Este Paqui que aquí ves hablaría por vos. Vos no hablás castellano. No te acuso, pensando que has nacido entre las fieras del bosque, y que tu idioma parece la tos de los enfermos. Hablaría por vos al director del circo. Yo afeitado, de corbata, con zapato lustrado. Vos igual que ahora, con semejante melena y algunas plumas de colores. Hablaría para que hagas estas pruebas con fieras y con flores. ¿Cómo es que te oigo reír? Es la primera vez. No son bromas. Y tenés buenos dientes. Eso te envidio, che. Pobre Paqui viejo querido, ni un diente sano en su lugar. Y te digo: ¿por qué razón pensás que tu dios te obliga, salvajón mataleones que sos, a cuidar del gran señor, del caballero? Para enseñarte a ser civilizado.

Y para enseñarte a reír, cara de mono. Nunca te reís. Y para buscarte un trabajo decente, en un circo, o en otro lado.

Me levanté yo, el del camino largo. Me levanté. Besé los pies de ese hombre enfermo. Y se asustó.

—Esa palabra te fue puesta en la boca. Me reí, y el espíritu que llevo se sintió bien. Me reí, y vi mejor la cara del Señor en el mundo: aquello que es verde, todo lo que es bueno. Voy a decirte: el nombre del que llevo no sabe reír. Empuja, salta, pero no sabe reír. Yo tampoco tengo la risa cerca del corazón. Y tengo que reír, porque el espíritu que me dieron no es risueño, y la risa es buena para él y para mí.

—Todas tus palabras me enferman, me aburren, mataco de porquería. Si pudiera morirme de tristeza me moriría ahora, de aburrimiento. Si pudiera verte muerto aquí me alegraría, si no fuera por la comida asquerosa que me das. Estoy cansado de tu cara, de tus palabras, de tu olor a bestia. En un circo te aguantaría. No hablé ningún chiste. ¿Ni siquiera sabés que hay un circo que va a Orán, a Tartagal, que ha cruzado hasta Bolivia? Estoy cansado de esta vida, y me quiero morir. No me hablés de risa. No me aburras. Y no vuelvas a decir esa palabra: Señor.

—En otro tiempo hubieras tenido la muerte encima por hablar eso, pero peleando contra el Malo me volví tranquilo. Tenés que saber una cosa: tampoco me gustan tus palabras, tu cara ni tu olor, y sin embargo hoy me hiciste ver la punta del camino que el Señor pensó para nosotros y que le pregunté tantas veces sin respuesta. Así como un bien me viene de vos, un bien tiene que llegarte de mí. No puede ser todo malo, como decís. Así lo anunciaron algunos que valen más que nosotros.

Un día sonaron las plantas y llegó el perro de aquella gente que discutí al Señor. Llegó cansado, pelado, mordido, sucio, asustado. En mi alegría, lo abracé. Me lamió. Lo curé, lo alimenté. «Su gente está en el pueblo», dijo mi corazón. Buen amigo, buen cazador, ese perro blanco y negro; buen perseguidor; cazamos juntos el tatu, el perezoso, el chancho jabalí, el suri. Ahumados, del techo los colgué. Puse los cueros en otro palo, con el cuero del primer viborón y de tantos otros bichos, monos, chanchos, y muchos animales que comimos porque ya se cumplía el año que estábamos allí.

Éramos cinco en aquel sitio, con el Paqui, el mono, el loro, y el perro que me mandó el Señor. Buenos meses vinieron. Como tuvimos carne, pude cortar los palos para el cerco de Paqui sin pensar en cazar con apuro.



También eché picadas las entrañas, el seso, los ojos de todos los bichos en el agua, para aquel pescado chico que vivía allí y que se amontonaba para comer. Lo pesqué con la red fina que hice una vez; lo asé en paquete de hojas; lo comimos.

Medio cerco tenía levantado por aquel tiempo, y vino una tormenta.

Oscuridad como ésa, ruido igual no se vio muchas veces en el mundo, el trueno juntándose con el trueno, el rayo dando su grito.

El agua no entraba en la casa hecha por mis manos. Era un buen techo, y yo lo revisaba.

En esa noche vino el Malo otra vez; parado sobre el fuego.

De nuevo tuve miedo. Se me pegó la lengua, no pude decir Señor. Temblaron mis rodillas. Sudé. No me moví.

Por ese miedo pasó esto:

El rayo fue a caer en un árbol grande. Y el árbol: «¿Dónde iré a caer?». El miedo: «Aquí, donde nadie nombra al Señor». El árbol cambió su pensamiento, cayó sobre la casa, hundió el techo. Murió el fuego, aquel que traje del pueblo un año antes. En tal negrura, en esa agua, gritó el Paqui: «Salvame de aquí. Me muero. Me mojo». El loro, chilló. El mono, chilló. El perro, contra mi cuerpo, callado.

En mi vergüenza, oí la risa del Malo.

En mi vergüenza: «Señor, Señor».

Oscuro todo, en el agua, sin fuego, y con la pierna quebrada.

Sufrimos malos tiempos después de eso, sin fuego, la pierna quebrada, la carne que ahumé mojada por la lluvia. Con palos y con soga arreglé mi pierna, con barro seco, pero no quedó bien. Conociendo los palos que son fuego, no podía sacarles fuego. Me arrastré por la tierra. Sólo pude pescar en el agua vecina, y algunos días, y pescado del chico, y sin brasa para cocinarlo. En aquel tiempo se murió el mono, triste, enfermo. Paqui lo sintió. Lo había alegrado, le dio comida en la boca, le buscó el piojo. Yo lo enterré al lado de aquella quina donde venía a sentarse el tigre con su hembra muchas tardes.

Duro tiempo de sufrimiento, por el miedo que tuve y por no decir Señor. Quedó el perro, mi compañero. Quedó el loro, compañero de Paqui con su palabrería y sus risas de mujer.

Una noche me perdonó el Señor y encontré el fuego. Brillaba, adentro de un tronco de los grandes que arden despacio días y meses hasta terminar. Agradecí, y el corazón que tenía aplastado se volvió a levantar.

Cuando pude, cacé otra vez. Levanté la casa rota. Saqué el árbol caído. Con los palos cortados que esperaban hice el cerco. Hablé a los mensajeros, y a quien los hizo y manda.

En el día que digo mi corazón: «Va a pasar algo. Algo va a pasar».

—Algo pasará en el día de hoy —dije a Paqui—. Pero he visto un rastro de tatu grandísimo, y lo voy a seguir, para que no nos falte el alimento pase lo que pase.

No contestó. Andaba enojado, insultador, enfermo en ese tiempo, sin el mono que lo rascaba, vomitando, enemigo de todo. Nada dijo. Busqué brasa, la envolví en hojas grandes y me fui con el perro.

El perro no quiso seguir. Saltó a mis manos, llamó. Caminé con él. Abajo del árbol, con su escopeta, el cazador.

—Por Dios, paisano, te lo pido, ayudame, la víbora me picó.

Mi corazón: «Matalo».

—Si no hablás español, mirá esta pierna. Se me nubla la vista.

—Mi corazón me dice que te mate.

—Por el amor de Dios, tengo seis hijos, soy de muy lejos.

Como hacía mi padre, chupé y escupí para curarlo. Cuando salió el huesito blanco se lo mostré.



—¿Qué es eso?

—Señal de que está; ya no hay veneno.

Mi corazón: «Matalo. Te dije matalo ya». Y contesté: «¿Cómo voy a matar a quien quité a la muerte? No se regala lo mismo que se ha robado. Puedo matar a otro, si tan necesario te parece». Pasó el pájaro grande que llaman charata, me alcé, tiré la flecha, murió. Caliente y aleteando la trajo el perro. Arranqué la flecha marcada con mi dibujo y con ella salió la vida de la charata. Y en su tristeza por morir, lloró. Afilé cada punta de un palo y clavé las alas bien abiertas, que se le viera cada pluma. Y la puse en el lugar de ese hombre, sobre el calor y la marca de su cuerpo.

Sobre mi espalda lo llevé, su arma en la mano. Descontento por haberlo encontrado, no le hablé. Como muerto, flojo, lo llevé. Paqui se alegró al verlo.

Dejé al hombre en la sombra. Alimenté a Paqui.

—Si éste abre los ojos decile dónde está el agua. Lo picó la víbora pero ya lo curé. Me voy. Ese quirquincho debe de estar ya bastante lejos.

Caminamos con el perro hasta el fin de la tarde sin comer. «¿Cómo puede andar tanto este quirquincho? ¿Qué pensamiento lo hace caminar así?» En el monte oscurece temprano, y su noche es negra. En la última luz, la cueva del quirquincho. Allí llené su entrada con hoja verde y rama seca que encendí, tapé con tierra y apisoné saltando y empujando con mis pies. Con otra brasa cociné dos sapos rococos que agarré en el camino. Cansados, comimos. Cansados, bebimos del botijo chico.

Dije al perro: «Pasaremos la noche aquí. Mañana sacamos el tatu, lo ahumamos, lo llevamos».

Me levanté a cortar palos para formar cama sobre un árbol flaco, donde no suba el tigre. Y en esa hora sonaron los tiros. Todo pájaro del monte se asustó y voló; todo bicho quedó mudo. Sonaban lejos, de un lado, muchos. Y del lado de la casa, pocos.

Mi corazón saltó, se calentó: «¿Cómo no pregunté a aquel hombre si estaba solo? Estarán ahora todos en la casa, y algo va a pasar».

Al perro: «Nos vamos aunque no es bueno andar de noche por el monte. Mañana buscaremos el tatu».

Pero el perro no quiso caminar de noche. Se sentaba sobre mis pies y lloraba. Lo levanté y caminé. Caminamos la noche entera.

En lo oscuro del alba fui a la quina, me trepé para mirar por encima del cerco, y sentí mis pies mojados. Vi los cazadores hablando, las carpas, el fuego alto.

Ese Paqui, contento, a todos:

—Me ven robado por un indio que no tiene el juicio sano. Habla solo, grita en la noche, salta, bufa. Van para tres años que me agarró, no me suelta, me lleva a donde va. Me ven barbudo, enfermo, sucio, desesperado. No me puedo escapar. Me alimenta con pedazos de víbora, con langosta, con lagartija, con tierra, con hormigas. Llamo a la muerte y no me libra. Soy hombre que conoce el mundo. He viajado. Soy hombre de hoteles, de vermouth, de amigos. Llévenme con ustedes, déjenme en el pueblo, y viviré otra vez.

El loro gritó allí sus palabras, sus risas de mujer.

—El indio le ha enseñado estas cosas. Aprendió castellano con los curas.

Se han reído.

—Vaya curas.

—Vaya curas —dijo Paqui.

Salió el sol en esa hora y miré mis pies: rojos de sangre. Un charco de sangre abajo de la quina.

Estaqueado en la casa, el cuero del jaguar.

Otra vez saltó y se calentó mi corazón: «¿Qué pensamiento hizo venir al tigre aquí, al ruido de los tiros y de los cazadores? No son cosas de tigre. Ahora está muerto, a causa de ese pensamiento que no era de tigre. Su compañera llorará por el monte con el alma furiosa, abandonada».

El cazador picado por la víbora:

—Pero salvó mi vida. Será loco, pero me curó. Quiero verlo otra vez y darle dinero.

Cerró los ojos, enfermo. No tenía sus fuerzas todavía.

—¡No, no! Llévenme con ustedes antes que vuelva. Está lejos, cazando.

—Es hombre solo; nosotros seis, y armados. Tenemos jeep y a usted lo llevamos igual. Él salvó mi vida. Quiero darle dinero. ¿Cómo se llama?

—Eisejuaz. Pero no necesita dinero, créanme.

Los cazadores:

—Es justo pagarle lo que hizo.

Se pusieron de pie. Tiraron sus tiros en el aire. Gritaron:

—¡Eisejuaz! ¡Eisejuaz!

Los pájaros del monte se alborotaron, y golpearon las hojas y las ramas, y dejaron sus nidos, y en su temor y apuro se cayeron sus huevos y se aplastaron en el suelo, unos con el jugo amarillo saliendo por el roto, otros con el pichón de ojo abultado ya muerto del golpe, asomado, sin movimiento. Igual, del mismo modo, Éste También, Eisejuaz se rompió por adentro, se alborotó, se abrió cuando su nombre fue dicho así en el aire, en el viento. El nombre, que no debe decirse de esa forma, el secreto del hombre. El corazón vio negro, perdió el sentido. Vine a caerme desde la quina y quedé en el pasto, escondido, diciendo al Señor: «¿Qué desgracia me preparás ahora que mi nombre sonó de esa manera, por cualquier parte, en cualquier boca? El agua derramada no se junta más. El viento no vuelve atrás. El espíritu que llevo, Agua Que Corre, se escondió, no respira con fuerza».

Dentro de esa hora mala, más antes o más después, oí otro tiro. Pasé allí mucho tiempo a causa de mi nombre dispersado. Y cuando mis ojos vieron, el sol había caminado. La sangre del tigre estaba negra, al lado de la quina, al lado mío, y las moscas cantaban sobre ella.

Se habían ido. Abierto el cerco, caída la traba del portón, que era un tronco puesto por mí y que ellos movían entre dos. Se fueron con sus autos de monte, se llevaron a Paqui.

Todo se llevaron, por palabra de Paqui:

El hacha, la carretilla, la hamaca, las camisas: la colorada, las mías azul y blanca, la red fina, la goma de auto, lo de pescar, el botijo del agua, la parrilla de alambres, las tres latas chicas y la grande de cocinar, los cueros de todos los bichos, las plumas, los huevos de suri que colgué vacíos por adorno, y cascarones de quirquincho, los zapallos para comer, la carne ahumada.

—Es todo mío. Él come carne cruda, bebe en el río, es salvaje.

En esa casa vacía, parado, mirando.

Y pensé en el perro.

En esa hora vi al loro. Muerto de un tiro que le pasó el cuerpo.

Ese tiro mismo llegó al perro, le entró en el hígado. Como el tigre, ese perro encontró su final en aquel día. Yo salté, lo toqué, era mi compañero. Abrió su ojo triste y vomitó una sangre. Y se murió.

Allí me subió al pescuezo la tristeza, la rabia; me apretó, me hizo arder. Muertos aquellos bichos sin culpa, y su sangre en el suelo, y la hormiga oliendo.

Pensé enterrar al perro en el medio del claro, en el medio del cerco que hice con mi mano. Y al loro debajo de la quina donde está el mono.

El que me habita se levantó y me habló: «¿Es justo lo que estás pensando?».

Con mi cuchillo y con mis manos hice por eso un pozo en medio del claro y del cerco y lo forré con hojas grandes. Puse allí al perro y al loro juntos, como es justo. «Cumplieron, ya pueden descansar», les dije, tres veces. Los tapé con tierra hasta que no se vio nada, ni una pluma, ni un pelo, y apreté con mis pies.

En esa hora miré alrededor de mí. Todo pájaro callado, todo bicho quieto en su temor de los cazadores.

Estuve por alegrarme. Casa vacía, brasa, cuchillo, flechas buenas que me costó lograr, cada una con su dibujo conocido por mí. Yo solo, con el botijo chico, y aquel quirquincho grande para ahumar.

Me subió la alegría al corazón, a la cara, en ese lugar que se llamó Aquello Que Es.

El avión apareció. Con su curiosidad, para ver el claro. Con su ruido, y cada pájaro se fue para siempre. Con su brillo, y saludó, pero no me moví. Con su vuelo, y dijo: «A aquel blanco ¿lo vas a abandonar?».

Habló el avión con su brillo, su vuelo, su ruido diciendo: «¿Y ese que te encargaron?».

Y se fue.

—Ya comprendo. Ahora iré. Cumpliré.



## LA VUELTA

Ya iba llegando al pueblo en el camino y frenó el auto del reverendo allí enfrente de mis pasos, y sus hijos, como cría amarilla de gallina, iban con él. Al menor, que me quería más que ninguno, vi crecido; y no me miraba. Ninguno, sólo el reverendo me miró a la cara:

—¿Sos vos, Lisandro Vega?, ¿vos desnudo, vos rengo, con esa traza? ¿Ves qué sucede cuando se deja el camino del bien? Acercate, vení que te muestro, a ver si te atrevés todavía a pisar nuestro pueblo, a ver si se te mueve el corazón olvidado de toda enseñanza. Leé este diario.

—Ya no leo, reverendo.

—¿Veinte años en la misión y no leés?

—No leo. Sé leer pero no leo.

Miré aquel diario que me mostró en su enojo. Vi la foto del Paqui afeitado, vestido. Y la foto de la carretilla que arreglé con su borde de palos, y de los cueros de los bichos y toda cosa que se trajo con él.

—Te diré lo que dice este diario entonces. Dice que vos, capataz de la misión de los noruegos, robaste este hombre enfermo y lo llevaste a vivir en el monte. Que cada noche gritaste hablando solo, que comiste las orejas de una mujer asadas en la brasa, que diste insectos para comer al hombre enfermo, y que unos cazadores lo salvaron. Ha venido una inspección de la iglesia noruega. Después de tantos años de beneficios ¿no hay una voz que mueva tu corazón? Es necesario que dejes al demonio. Arrodillate aquí en la tierra y pedí perdón al que todo lo puede y todo lo perdona. En la tierra; ahora; aquí.

—No puedo pedir perdón por mentiras, reverendo. Por otras cosas puedo, pero no por éstas.

—¡Sí, por éstas! No hay un solo paisano en la misión ni uno en el pueblo que no sepa que es verdad: que robaste ese enfermo, que lo llevaste al monte. Lo dijeron el día de la inspección.

En mi vergüenza, no hablé. La fuerza que traía del monte, fuerza prestada que achicó al tigre, que hizo nacer la flor en el invierno, me faltó. Miré a los hijos del reverendo pero ninguno levantó los ojos para mirarme.

—¡Adiós entonces, Vega! ¡Tal vez tu santa mujer te ayude desde el cielo!

Salió con su auto de monte. Dobló en la curva, la tierra se levantó alta.

Allí sonó aquel ruido. Allí las plantas de la barranca removieron lo verde, se doblaron, se rompen. Corrí. Aquel auto había volcado, había rodado, vi las ruedas en el aire, corriendo como en la tierra. Vi los hijos, como los pollos, juntándose, gritando. Grité, bajé por la barranca. Los hijos dispararon de mí, corrían.

Muerto, el reverendo. El seso afuera. El caracú saliendo del espinazo. Grité a los hijos:

—¡No corran! ¡Vuelvan!

Corrieron lejos, gritaron.

Saltó un ruido. Y el fuego. Alto apareció, en los asientos, en la ropa, más alto, en las plantas, se hicieron rojas, negras. Había llovido y por eso no ardió la barranca entera en esa hora. Alto, gritó el fuego. Abrió su boca para gritar. Como leche, hirvió el seso del reverendo, hirvió el caracú en su hueso. Mostró los dientes en el calor.

Subí la barranca. Los hijos corrían y gritaban y se caían; gritaban, se levantaban y corrían y llegaron al pueblo.

La madre de Yadí, Pocho Zavalía, mi hermano, ya teje en su casa.

—¿Qué hacés por aquí amigo, hijo, cómo caminás así?

—Vengo otra vez. Voy a trabajar. ¿Dónde anda tu hijo, el que fue mi hermano en el monte?

—Sentate pues acá, y vas a tomar agua caliente con yuyo, no tengo más en esta hora para tu estómago y el mío. Te cortaré ese pelo tan grande que traes. Quién te va a dar trabajo, quién te va a hablar si te ve así. ¿Te acordás cuando tenías peine, vos? ¿Cuando tuviste bicicleta? Bueno has sido con nosotros, buena tu mujer. Sin hijos, sin nietos, sin bisnietos estás.

—Mucho es decir bisnietos, mujer. Cortame el pelo, y algún día te lo podré agradecer. ¿Dónde anda mi amigo, tu hijo, en esta hora?

—¿Del monte venís? Dicen que fuiste allí. ¿Comiste corzuela, chancho, suri? Sueña mi corazón con un bocado de eso. En la noche lo mastico en mi sueño. Yo, sin dientes, yo, comedora de un puñadito de fideo.

—Sí, comí. ¿Vive aquél, tu hijo, mi hermano en el monte?

—Vive, sí, vive. Todos vivimos, menos mi nieto grande. Mi nieto el más lindo, el más fuerte, el más querido.

—Estaba en este pueblo yo cuando murió tu nieto; van dos años que falto, nada más. Voy a esperar a tu hijo sentado acá.



—Amigo, las cosas han cambiado. La gente se enojó con vos. Un tiempo te quisieron como a nadie, un tiempo que ya pasó. Tu amigo, mi hijo, se enojó también. Precisaban un jefe en su miseria, eras jefe, y te fuiste con aquel hombre. Se hablan cosas que no deben hablarse. No te enojes, no te levantes, he visto en este mundo mucho enojo que crece y que se apaga; he visto que todo pasa.

—Ya no me enojo como antes, y la muerte no me corre a las manos como ayer. Me han dado una fuerza nueva allá en el monte. Pero me levanto. Pero digo: fui buen hermano para tu hijo en cada hora; allí en el monte y aquí en el pueblo. Sin esconderme del patrón ni de nadie le di madera del aserradero, comida si pude, trabajo si pude le encontré. No se enojó en ese tiempo conmigo. No es justo que se enoje ahora, cuando nada no tengo para dar.

En esa tarde caminé a aquella casa que hice con mis manos, bien atrás de las vías del tren. El sitio que fue llamado Lo Que Se Ve, y que era santo, donde me hablaron los mensajeros y arrancaron el incienso, estaba ocupado, lleno de gente, familia de blanco pobre que vivía en la casa.

Y me acordé del sueño que me fue mandado antes de salir, donde cruzamos aquel río sin mojarnos y llevé aquel incienso como bastón.

—Sé que no me engañé. Sé que cumplimos tu mandato.

Aquella gente se apuró a hablarme: «No hay reclamos. La casa es nuestra».

Yo me acordé: la estrella de la mañana y cómo me saludó; el sol, y cómo nos miró. Nada dije. No les hablé. Me fui.

En esa tarde pasó el entierro del reverendo por el pueblo. Pasaron los hijos, el doctor, la enfermera del dispensario, los paisanos de la misión levantando tierra en esa tarde, en el entierro del reverendo.

Una vez dije a ese hombre que me enseñó las cosas del cristiano: «Como el suri cazado ve correr a su cría, muy demasiado chica para vivir, verás disparar a tus hijos y estarás muriendo. Eisejuaz no podrá impedirlo, nadie no podrá». Ya veo por qué lo dije; ya lo veo enterrar.

Alguien se ríe, cerca de mí. La vieja de los chahuancos, amiga del demonio, se rió de mí:

—Yo sabía cuándo, vos no. Ahora todavía sé cuándo, vos todavía no, nos vamos a encontrar.

Nadie me dio trabajo. Nadie me quiso hablar. Como perro enfermo para los míos, como perro enfermo para los blancos, como perro que se

acerca, tiembla, mira, y nadie quiere mirar. Pasaba y no me veían. Cruzaban las calles para no cruzarme. Como ciegos, cuando los saludé.

Solo, pregunté a mi corazón: «¿Dónde pondré el pie que levanto? ¿Qué sabés de un camino para mí?».

—Dijo: «Caminá, no preguntés».

La vieja de la casa de las mujeres:

—Che vos, para limpiar, barrer, llevar los baldes, regar, te doy la comida, nada más.

Dije:

—Bueno.



Eisejuaz en la casa de las mujeres llevó el agua, barrió. Jefe en su corazón, no habló. Trajo la leña, cargó la ropa sucia. Limpió la casilla del fondo con el olor de tanta suciedad. Conocedor del mal entre los suyos, vio una tristeza nueva. No dijo nada. Oyó pelear, vio llanto, vio risa, vio miseria. Vio el hijo sin nacer lleno de moscas en el fondo del pozo.

Atrás de la pared, en tierra de ninguno, se hizo un rincón para dormir.

Dijo a aquel que sabe lo por qué:

«Ya no pregunto nada. Estoy aquí. Tampoco no te pregunto por aquel que me encargaste. Ya recuerdo cómo tus mensajeros cantaron una vez: eso esperarás, eso verás».

Antes que el sol, a buscar leña. En la vereda, el viejo que rengueaba. Quiso esconderse, no pudo, habló:

—Hombre grande, ¿qué hacés aquí, sos rico ahora?

—¿Qué hacés vos, tan antes que el sol?

—Nada. Soy viejo, nadie me quiere, no duermo bien, ando por las calles; nada más.

Y mentía. Pero como me odiaba por causa de su hija pensando que no la curé, no dije una palabra, me fui.

Unos soldados de Tartagal vinieron a desfilar en la plaza para la fiesta patria. Dijo Eisejuaz: «Iré a mirar la fiesta patria». La voz aquella que hace música y dice: «Vayan al cine» se oye también desde la casa de las mujeres y en todo el pueblo. Aquel día sonó fuerte. La vieja de la casa de las mujeres y el hombre que parece el dueño, y algunas de ellas, se lavaron para ir a la fiesta patria, salieron. Caminó Eisejuaz para la plaza. Nuevo intendente había, pero igual aquel palco y sus banderas, igual, todo igual, los curas y las escuelas, y el doctor y el turco en el palco, y aquellas monjas caminando, cantando. Y también el paisano, con su temor, mirando desde lejos.

Caminó Eisejuaz, y cuando pasó sus paisanos miraron a otra parte. Caminó Eisejuaz y miró la fiesta patria en aquella plaza. Y doña Eulalia

lo vio desde el palco, la dueña del hotel, y cuando la miró, miró a otra parte. La mujer del que fue su patrón, López Segura, miró a otra parte.

Dijo este hombre a aquel que lo ve todo:

«No me quejo, pero esto sucede por aquello que dejaste que saliera en el diario. Te pido pues: hacé que mi corazón no se canse demasiado, porque esto es cansador».

Pasaron los soldados de Tartagal con su tambor, con su bandera, marchando, sonando con el pie, lindo de mirar. Y uno que era paisano mataco se equivocó una vez con su paso. Pasaron las escuelas y el hombre joven aquel que estudiaba ya no estaba allí. Pasaron, y la gente alegre, aplaudiendo.

En la tarde:

—Vega, andá a traer vino, que vienen los soldados.

Vino traje en damajuanas grandes.

—Traé botellas de caña; traé carne; traé chorizos.

—Más leña.

—Vega, vas a hacer un asado.

Llegaron los soldados, llenaron el pasillo, el patio, bebieron, gritaron, se cantó. Las mujeres corrieron en la noche, se rieron.

Hice aquel fuego, puse los asadores como rueda, inclinados, que les diera el calor. El fuego levantó su llama, contento prendió la leña, que era seca, sin humo. Aquellos chorizos en la parrilla los puse en filas y los pinché, y salpiqué la carne con salmuera de la botella y la salmuera chistó en la calor de la carne.

Los soldados, de broma:

—¿Falta mucho? ¿Puedo ayudar?

En su hora desparramé la brasa en la tierra y el jugo de los chorizos caía sobre las brasas, y el sudor de mi cuerpo caía en el suelo. Puse ladrillos de cada lado y acosté los asadores, una punta sobre unos ladrillos y otra sobre los otros. Con un palo acomodé las brasas. El calor subió parejo y la carne se asó. Siempre escaseaba mi comida en aquel sitio. Saqué dos chorizos y un pan y los metí en la tapia, que tenía agujeros, y tapé con un cacho de palo.

Vino la vieja a mirar el asado:

—Faltan chorizos. Había treinta y seis, hay treinta y cuatro.

No la miré, ni le hablé.

Buscó al hombre que parecía el dueño, el que se sienta cada tarde en el patio a leer el diario, y lo trajo con ella.

—¿No ve que faltan chorizos? Había tres docenas, faltan dos.

Parados allí contaron los chorizos de la parrilla. El hombre:



—Vega: es un buen asado.

Y se fue.

Los soldados, gritando: «Está listo. Está listo»; alzando los brazos: «Comamos».

Comieron, se rieron, pusieron música, levantaban los vestidos de las mujeres.

Saqué mi comida, salté al otro lado de la tapia y comí. Se alegró mi cuerpo con esa comida caliente. El jugo de los chorizos goteó en mis brazos y lo lamí. Contento, me levanté a mirar, porque la luna había salido. Y vi una nube chica delante de la luna, con dos colores en el borde. La miré, porque parecía queriendo hablarme aquella nube chica, pero no me habló, pasó delante de la luna, caminó su camino con paz y sin apuro. Mirando al mundo en esa noche aquella nube santa que yo miré.

Después me puse en el rincón aquél hecho por mí con una tabla y con ramas en ese terreno de nadie, y me dormí tranquilo.

En el patio se peleó aquella noche.

La mujer vieja:

—¡Vega, Vega, Vega, Vega!

Allí salté.

Contra de la mesa, levantando el cuchillo, aquel soldado paisano que erró su paso en el desfile. Ya se muere su compañero blanco cerca del fuego, una tripa con grasa amarilla saliendo de la panza.

—¿Qué hiciste? —yo, en nuestra lengua—. Dame ese cuchillo.

Se asoman, desnudos, de las piezas. Y el soldado blanco se revolcó, murió; la tripa oscurecida en la ceniza.

En aquella hora vi su alma que se levantaba, asustada, mirando a cada uno, queriendo ya perderse, equivocar el camino. La señalé. Le he gritado en mi lengua:

—¡No! ¡No vas a andar así como estás queriendo, en pena, haciendo ruido y alborotando y sufriendo! Eisejuaz, Éste También, el del camino largo, el comprado por el Señor; Agua Que Corre el espíritu que lo habita te mandan: Andate a tu descanso, olvidate de este mundo de sombras y de golpes. Olvidá a tus padres, que te esperan, a tus hermanos en Tartagal. El mundo a donde vas es bueno. Buscalo. Te lo mando.

El alma aquella obedeció, encontró su camino, se fue.

La gente asustada, vistiéndose, mirando.

Y miré a aquel mataco joven con el cuchillo en la mano, con sus piernas temblando de la rabia, cómo ya se asustaba, movía los ojos, no sabía qué hacer; la boca, seca, se le abría; el corazón se le apocó.

—Dame ese cuchillo. De lo que te pase ahora y después no tengas miedo. No tengo un hijo. No me lo dieron por causa tuya. Sos mi hijo desde ahora. Mi alma cuidará de la tuya en los años. Cuando salgas de allá a donde te llevan no estaré en este mundo. Pero este espíritu que me habita y que te está viendo y cuyo nombre has oído se acordará de vos cuando yo sea tierra y pasto. Él se ocupará del tuyo. Lo acompañará en los días, y en la última hora hasta su lugar.

Me dio su cuchillo. Ya entraba la policía, le pusieron fierros, lo empujaron. Y me miró. Lo he mirado. Ya echaron un trapo sobre el muerto. Ya lo sacaron.

Aquel patio allí quedó vacío.

Una mujer de aquella casa, hija de gringos, rubia, se lavaba más que las otras y lavaba sus ropas, y se compró un balde grande para el agua. Dijo:

—Vega, te pido que me traigas este balde cada día a mi pieza porque sos forzudo, y nada más que en eso te voy a molestar.

Dije:

—Bueno.

Y le llevé cada día aquel balde.

Esa mujer hablaba mucho con los hombres y la vieja le dijo:

—No charlés tanto porque otros esperan y no hay que perder tiempo.

No cambió su costumbre de charlar. La vieja entonces fue y habló con el hombre en aquel patio. A la mujer:

—Te lo digo por última vez, y don Mario lo sabe.

—Sí, señora.

Galuzzo el camionero, el hermano de aquel que salvé de la víbora por causa del valijín de Paqui, fue una noche con aquella mujer rubia hija de gringos. Y la vieja se levantó a escuchar. Y llamó al hombre aquél del patio, y escucharon los dos parados cerca de la puerta. La oyeron charlar y reírse con aquel camionero Galuzzo.

Bien tarde en la noche castigaron a la mujer con rebenques, la sacaron al patio el hombre y la vieja, la empujaron, se fueron. Subí por la tapia. En el suelo, sangrando, rota la nariz, aquélla. Traje agua, la ayudé.

—Mi madre me salvaría, pero no vive, no vive, no vive ya.

Aquélla se escapó después de aquella casa. Las otras: «Ya la van a agarrar». Una, llorando: «Nadie escapa de acá». Dormía con ella por las noches. «Nadie se escapa.» Y también, enojada: «¿Por qué no me lo dijo a mí?».



La trajeron después de un mes. Flaca como los muertos, cada hueso afuera con su piel. Ya no habló con los hombres, ni con nadie, ni abrió su boca para hablar.

Y cuando pasó el tiempo engordó de nuevo, hasta se rió.

Me dijo:

—No creas que no sé agradecer. Serás paisano, pero nadie más que vos me ayudó. Una vez, estoy para tu gusto.

Atrás de la casilla del fondo le agradecí, y allí me hizo aquel favor.

Vi a Gómez una vez, el del boliche, saliendo de la casa de las mujeres.

—¿Así que trabajás aquí, che Vega? ¿Qué te parece? Tendrás para entretenerte.

No hablé.

—Estarás contento. Se ve de todo un poco.

—Nada en este sitio veo que no veas cada día en tu boliche.

Se rió, en su falsedad.

—Me parece que hay cositas por aquí que no se ven así nomás por los boliches.

Nada dije, y entré. La vieja:

—¿Cómo es que conocés vos a ese hombre?

—Trabajamos en el hotel de doña Eulalia hace ya tiempo. Él, mozo en el comedor, yo, pinche en la cocina.

—Pues te digo, che, que es el dueño de esta casa. Nadie lo sabe en el pueblo si no es su mujer, el hombre que trabaja aquí y yo que te estoy hablando.

Nada dije.

—Pero no serás tipo de andar contando secretos, ¿no? Ni dirás lo que acabo de decir.

Y me dio un cigarrillo.

—¿Cómo te arreglás sin plata, con la comida sola? ¿Será que estás contento aquí entonces? Mejor que con tu gente, ¿no?

—Lugares tristes hay muchos. Y los conozco todos.

—Todos no. —Se ha reído.

—Casi todos.

La mujer aquella que dormía en las noches con la mujer rubia me habló una vez:

—¿Viste que hay una paisana tuya trabajando en la casa?

—No.

—Hace tantos días que está ¿cómo no la viste?

—No he visto mujer nueva en esta casa.

—Bueno, mirá: algunas no han querido a ésa aquí; pero quién hace caso de nosotras. Escucha esto: hay dos hombres, uno de este pueblo y otro de Tartagal, que andan locos, y en esta casa va a haber lío por culpa de esa mataca y de esos dos. Mañana viene el médico a revisarnos; si estás atento la podrás ver. Hablale. Decile que se vaya a jorobar a otro lado.

Pero en la hora del doctor yo estaba partiendo leña lejos de allí, porque la vieja no quería comprar leña habiendo monte cerca. Y pensé: «Si ésa no miente, ¿cómo es que no he visto mujer nueva en la casa?».

Y estando allí donde duermo, una noche hubo gritos grandísimos en la casa de las mujeres.

El hombre del pueblo estaba en la pieza con aquella mujer mentada de los matacos y vino el de Tartagal, con mucho alcohol, y se enojó. Oí su voz gritando grandemente:

—¡Ya dije lo que te pasaría!

Era hombre fuerte y entró en la pieza, golpeó al otro, arrastró por los pelos a aquella mujer así como estaba y la sacó al patio, y allí se echó sobre ella y gritó:

—¡Miren nomás, vengan y miren!

Y en todo hizo como quiso aquel hombre furioso. Gritaba esa mujer, y el golpeado saltó encima del hombre de Tartagal. Aquellas mujeres y hombres salían por las puertas. Y más de un hombre se escapó sin pagar.

Entré en el patio y golpeé primero al hombre del pueblo para sacarlo del camino, y fue a caer atrás del sillón donde ese Mario lee todas las tardes. Y el de Tartagal se levantó, arrastró a aquella mujer abajo del farol gritando:

—¡Para que aprendan bien!

Y la dio vuelta, y otra vez.

Pero en la luz la vi. Y era aquella que me dijo: «Ya soy mujer» y lloró, la hija del viejo que renguea por la flecha que le entró en la nalga.

Golpeé a aquel hombre borracho de Tartagal y cayó con las piernas abiertas en el patio.

Y ésa me vio. Esa que tantos días se escondió de mí en aquella casa. Y gritó como la tigra:

—¡Vos, vos, por vos estoy aquí, por vos!

Saltó. Me rajó el pecho con vidrios del suelo, la agarré, me ha mordido. Como tigra:



—¡Por tu culpa, por vos estoy aquí!

—¡Sáquenlos! —las mujeres—. ¡Apesta a indio en esta casa! ¡Ya no es vida, aquí! ¡Fuera, los salvajes! —También—: ¡Vestite, negra roñosa!

El hombre Mario y la vieja a agarrarla, a sujetarla:

—No la toquen ustedes a ésta.

—Llevala a su pieza. Vega, que se calle.

La policía llegando.

—Llevala, cerrá la puerta. Cierren sus puertas. Silencio.

La pieza de aquella muchacha, luz colorada y cama hermosa de fierro tan revuelta en sus mantas, y tanta flor de aquélla de lavar con jabón.

Tanta lágrima cayendo, y sin abrir sus ojos. Pero una vez había abierto los ojos, me vio empujar a su padre, robar el alcohol del hospital. Pero ha metido la cabeza abajo de su almohada y gritó como alma que huye, como la tigra, saltó con su cuerpo sucio de la tierra del patio y de la sangre en las piernas, bramando en su vergüenza y su rabia. Y dijo:

—¡Sola quiero estar! ¡Sola nomás!

Allá en aquel terreno de nadie donde duermo tomé un bastón pesado que es obra de mi mano, y anduve sin cuidarme, golpeé los palos y las ramas y rompí y volteé y caminé y corrí. Y dije a aquel que todo lo ve y todo lo permite:

—Ya no puedo callarme, ni tener el corazón quieto, ni decir: Aquí estoy. Digo: ¿Cómo es esto? Digo: Fui fiel. Fui con aquel blanco aborrecido de mi corazón. Cumplí. No me quejé. Pero me quejo ahora. Me quejo. Digo: ¿Cómo es esto? ¿Cómo aquella que era como la flor tiene que estar en estas cosas? ¿Cómo, por mi obra? ¿Para esto se le salvó la vida? ¿De qué vale entonces el cumplimiento de un hombre fiel? Pude decirle: bueno, como deseaba yo. Pude llevármela, como era bueno para ella y para mí. Ya no digo: Aquí estoy. Digo: ¿Cómo es esto? ¿Por qué es esto? Digo: Que alguien me conteste. Digo: ¿Por qué? Ya se cansó mi gran cansancio, se hartó mi pensamiento de ver sufrir, de mirar cosas que no pueden verse. ¿Acaso el hombre fue hecho para esto? ¿Y no fui fiel acaso? ¿No vine del monte por la palabra del misionero, y vi morir de peste a los que más quise, venidos por mi palabra? ¿Dije algo? ¿Pedí algo para mí: ser jefe como pensó mi corazón, salvar a mi pueblo como era mi deseo, no pasar vergüenza delante de los míos como era mi derecho? ¿Acaso dije: dame otra vez la visión de tu grandeza como aquel día en el hotel

lavando las copas? Cosí mi lengua en el aguantadero. Vi sufrir a mi mujer, mi compañera, morirse allí entre gritos, no me vengué. Me vi echado de la misión en el insulto, en la mentira. Me retiraste los mensajeros de la vida, no grité. Murieron inocentes por mi causa, no hablé. Y también me cansé de ser bueno. Pero me perdonaste cuando se sanó esa muchacha criatura de la muerte en esa hora, sin respiración, el pecho roto, y me sané yo como señal de tu perdón. Sufro en cada hora injusticia y vergüenza, no me quejo. Digo como el pescado en el fondo del agua: Aquí estoy. Pero digo también y rugiendo como todos los bichos que rugen: ¿Cómo es esto? ¿Cómo es? ¿Cómo es?

Quedó pelado aquel terreno en esa noche; blancas, a astillas, molidas las plantas por mi bastón y por mis pasos. Y salió el sol sobre esa hora mala. Le dije:

—Señor de los mensajeros del Señor, no puedo saludarte en este día porque una noche negra sigue en mi corazón y seguirá, y el mal del mundo ha reventado mi alma, y escapa su dolor, y sólo digo: ¿Cómo es esto? ¿Cómo es? ¿Cómo es?

Desde entonces se llamó aquel sitio: ¿Cómo Es Esto?

Esa muchacha, de noche, en el terreno.

—¿Por qué me enseñaron a usar vestidos, a tener vergüenza? ¿Para qué me cuidó la esposa del hombre joven, buena para mí como una madre, mujer del que conociste y que es maestro? Mi padre me llevó a Misión Chaqueña, sé lavarme, coser, aprendí a respetar. ¿Para qué? Me trajo aquí también. Pasa cada semana a buscar su dinero. ¿No lloró por mí en el hospital? ¿No te buscó buscando mi salud? Dijo ahora, caminando conmigo: «En aquel lugar estarás bien, aunque he visto allí a Eisejuaz, aquel hombre malo, y tendrás que cuidarte de él». En el monte me abandonó mi madre, harta de hombre impedido. Se fue con un joven llevándose a un hijo más querido que yo para ella. Allí estará en aquella vida, sin pensar en mí la madre que me tuvo en su cuerpo, la que me hizo nacer. ¿Por qué no me mató esa madrugada en el susto y el apuro mientras todos dormían, antes de huir, ya que su corazón no me quería, me vio fea, débil como el pichón que cae del nido y abre la boca en su hambre y su llamado, se ve morir, sus padres vuelan afligidos cerca del suelo y gritan queriendo ayudarlo, y no pueden, y allí se muere, y las hormigas se lo comen? Pero me dejó, viví, mi padre se vino con el misionero. Una criatura tiene el corazón humilde, no dice: ¿por qué?, sigue a su padre. Me enseñaron en Misión Chaqueña. Siendo de seis años me cosí un vestido. Siendo de siete remendé ropas de él. ¿No lloró en el hospital? Ahora me dijo: «En aquel lugar estarás bien, pero he visto allí a Eisejuaz, el hombre malo». Pensé: «Iré y lo veré. Iré y le hablaré». Contenta: «Iré, allí estará». Con mi primera sangre de mujer fui a la canilla del agua para buscarte. Bajo del quebracho te había visto, para morir, y dije: «No es así, él». Te vi en el hospital: «No hay como él». Te vi: «Es bueno, grande en su alma. Ningún hombre me mirará ni me tendrá. Con mi primera sangre seré su mujer». Ahora ya me has visto en aquel patio, delante de tus ojos y de todos los ojos. Ya viste cada cosa de mí. Ya me viste allí. Me viste. Me viste allí.

—No llores tan grandemente mucho, vos, que sos una flor en este mundo. Si te vendió tu padre, a mí te trajo. Si te perdió, yo te gano. Si te dejaron, te encontré.

—Mi padre es viejo, enfermo, sufre necesidad. Pero vos me viste, me hablaste en la canilla del agua. Te dije: «¿No necesitás mujer para casarte?». Dijiste: «¿Sos mujer? ¿Mujer serías? Pero mi vida ya entró en su última parte y no me piden eso. Otra cosa me piden, que ahora no sé cuál puede ser». Y corriste. Buscaste a aquel sucio, que se moría, lo cargaste, lo llevaste a vivir. Pero ¿y yo? ¿No era más que aquel pedazo podrido de los blancos? ¿Y yo? Pero hubiera ido a servirte a vos y a él, a buscar agua para vos y para él, a buscar comida para vos y para él, a coser la ropa para vos y para él, a prender el fuego para vos y para él. Pero ¿me miraste? Yo dije: «Soy mujer», lloré por mi vergüenza. No me miraste, corriste a la casa rota a levantar a aquella parte muerta de los blancos, a cargarla, a servirla. ¿Creés que no te vi trabajar para él? Me diste tu botijo. Lo llevé. No lo rompí. Cuidé de ese botijo. Ya no lo necesito más. Mi padre lo usará, él que me trajo aquí, me dejó sola, no me dijo adiós. Abrieron la puerta de mi pieza y creí que era él; y era esa vieja. Abrieron y creí que eras vos; pero era el que viste de Tartagal, primero que tuve en mi cama. Pero yo te había dicho: «¿No necesitás mujer para casarte? Ya soy mujer». Viejo te veo, no caminás como antes, pero sos fuerte igual, y para mí siempre estás bien. Tengo catorce de mi edad.

—Tengo cuarenta y dos. Quince tenía cuando me casé con mi mujer. Rengo quedé en el monte, castigado por mi debilidad. ¿Pero mejor que tu padre camino todavía?

—Nunca te vi reír. Te has reído, y se ha calmado mi corazón.

—Me he reído, y el espíritu que me habita vio mejor, sintió su fuerza.

—Digo y digo: ¿Por qué estas cosas, para qué esperé, para qué cubrí mi cuerpo con vestidos?

—Y digo: ¿Cómo no te buscaste trabajo mejor, de servicio, limpiando?

—¿Por qué no lo buscaste vos y qué hacés aquí, esclavo de la suciedad por la comida sola?

—La vida se ha vuelto difícil para mí. Nadie me quiere ver. No llores tanto. ¿No dijiste que se había calmado tu corazón?

—Se calma y se levanta cada vez. Pero ahora quiero que sepas esta cosa: llevo dos semanas en esta casa. Me ves lastimada, enferma. Las mujeres se burlan de mí, no me quieren, se tapan las narices cuando paso, se golpean las bocas. Pero te digo para que después no me desprecies: ¿cuántos días pasarán y me verás contenta? Porque ¿cuándo viste a uno de nosotros con pieza, con cama, con cobijas, con luz, con alimento, con ropa? Un día diré como mi padre: es un lugar para estar bien. Además: he conocido aquello que busca la mujer, aquello que busca el hombre. Y lo busco también. Lo buscaré después. ¿Cuántos días pasarán sin que me veas reír, perdida la vergüenza? Por eso lloro. Lloro por lo tanto que pensé de mí, y cómo me veo. Por tanto que me creí, y cómo soy.

—¿Acaso no pensé cosas grandes de mí? Esto que te cuento me lo contó doña Eulalia, que es dueña del hotel. Donde están las vías y los galpones antes no había nada. Vino a acampar allí gente de los nuestros, a mirar a aquellos que hacían el hotel, que hacían el tren. Los jefes agarraban a sus hijas y las traían, las mostraban. Las mujeres de nosotros abrían las piernas, se señalaban, chillaban, se movían. Allí los blancos: «Bueno; vos»; o: «Ésa», o: «Aquélla». Y venían, contentas. Contentos sus maridos, sus padres. Oí decir: «El mataco es así. El más peor, el más bruto. El chiriguano lo desprecia». En mi pensamiento dije en aquellos años: «Este pueblo es así porque de mucho tiempo no le fue dado un jefe pensador. Un jefe bravo y pensador es la alegría de un pueblo. Dice: No se puede prestar a la mujer por plata. Dice: No se entierra el muerto en hoyo chico y pateando encima». El pueblo se enoja, habla. Él habla más fuerte, se enoja más, castiga. Enseña. Habla con el brujo, con el viejo que sabe y nadie escucha. Al hombre joven lo van criando en una ley nueva. Hubo también brujo pensador que supo hablar a un jefe y cambiaron al pueblo. «Esto no se hace. Esto se debe hacer. Aquí hay remedio. Aquí hay alimento. Esto está mal, o enferma, o mata.» Con los años, aquel pueblo se hace fuerte, bueno. Pinche de cocina en el hotel, pensé: «Nací jefe y es para eso. Nadie no elige el pueblo en que nació, ni su hora, ni su cuerpo, ni el alma que lo habita. El pueblo mío es bruto, anda bestia, confundido. Para eso nací. Y voy a cumplir». Mi corazón saltaba, se calentaba en sus pensamientos. No sabía el nombre del espíritu que llevo, pero pensaba



cada día en aquel trabajo. Pensé en el toba, en el chahuanco, en muchos. Mi pensamiento se levantaba. En ese tiempo me habló el Señor: «Un día me darás las manos». Por cinco días con sus noches no hablé, ni comí. Después esperé: «Daré mis manos; por esto de mi pueblo ha de ser». Después tuve un pensamiento nuevo: «Ya terminó la hora de nosotros en el monte, ya terminó el monte y todo bicho del monte. Es la hora del blanco. El camino del paisano tendrá que pasar por allí». Me preparé, hablando al Señor, trabajando, de día y de noche. Me hicieron capataz de la misión. «Aquí voy a aprender. Estaré listo en la hora que el Señor diga.» Me vi delegado del paisano, hablando al intendente, mi patrón, López Segura. «Aquí aprendo.» Nada. Me vi echado de la misión. Los mensajeros de la vida me fueron retirados. En esa hora me viste, para morir, abajo del quebracho. Caminé a pedir consejo a un hombre sabio. A cada paso, oí sonar esta palabra: «Entregarás las manos y empezará el bien». Volviendo, pensé: «Me fue dado conocer al hombre joven que se va al monte como maestro. Él es pensador; yo soy jefe. Juntos, podremos trabajar». Pero en ese tiempo me aburrí de nombrar al Señor y una noche negra me tapó. Vos me sanaste, en el hospital. Yo te sané, sin pedirlo ni saberlo. Curado, esperé. Supe que debía entregar las manos al que oí llamar carroña de los blancos. Cumplí. Frené mis pensamientos. En el monte me fue dada una fuerza nueva. Ahora paso el día esperando un aviso y no puedo alegrarme pensando: «Soy libre. Serviré a mi pueblo». Mi pueblo me odia; el blanco no me quiere; y tengo que servir todavía a ese que me entregaron y que no sé dónde está. Te digo: Es difícil cumplir en este mundo de sombras. Pero no podemos llorar por lo que somos. Sólo decir: «Aquí estoy, y en mi ceguera digo: bueno». Así como dice en su ceguera la semilla que nada sabe, y nace el árbol, que ella no conoce.

—Yo no quiero decir: bueno; ni digo: bueno; ni diré: bueno. Yo te digo: Sacame de aquí antes que me oigas pedirte: No me lleves, estoy mejor aquí que en otro lado.

—Yo te veo enferma, lastimada. No digo bueno a eso. Digo: dormí conmigo, dejá aquella cama, vámonos.

—Yo te veo caído, miserable. Digo: para mí estás bien, siempre estás bien.

En aquel rincón que hice con ramas fue mi mujer esa que vi criatura de la muerte. Pero me dijo, viendo salir el sol:

—Escuché en mi sueño las palabras que hablaste ayer: ¿qué significa: «Paso el día esperando un aviso, tengo que servir a ese que me entregaron y que no sé dónde está»?

—Es la verdad. También te dije: Es difícil cumplir en este mundo de sombras.

Y se levantó enojada, saltó por aquella tapia; volvió a la casa de las mujeres.

Mi corazón: «Caminá por el pueblo. Pasá por el hotel».

Salí llevando la carretilla y el hacha, caminé por el pueblo, y pasé por el hotel. Doña Eulalia me vio desde adentro, miró a otra parte, pero mandó a un chico que me corriera.

—Señor, este sobre está en el hotel de tiempo atrás para su nombre. Lo dejó uno de Buenos Aires, cazador, hombre rico. Y es dinero.

Había un billete en aquel sobre.

Guardé el billete y caminé al almacén de Gómez.

—¿Qué haces por acá, Vega?

No le hablé mientras hubo gente. Quedamos solos:

—Ya sabés Gómez vos, que en esa casa donde trabajo hay una mujer de mi pueblo. Te digo: sabés que siempre he conocido cosas por caminos que no se saben. Sé que sos el dueño de esa casa. Por eso te digo: Te doy este billete para que se olviden de esa mujer y la dejen libre y no la busquen nunca. Y no me digas: Vega, no sé de qué me hablas.

—¿Esa mujer es tu hija, tu nieta, tu novia?

—Parienta es, por parentesco que no sos hombre de comprender. Y éste es el billete que te digo.

—Sentate allí por un rato y mirá.

—No puedo. Si salí a buscar leña, debo llevar leña.

—Tengo leña en el fondo. Ya la llevarás. Sentate un rato, y esperá.

Han entrado clientes, compraron, se fueron. Pararon camioneros, tomaron y se fueron. Gómez:

—¿Viste? Ya gané más que ese billete tuyo. ¿Qué negocio pensás que sea este que se te ocurre? No me interesa tu billete, amigo. Bien poco es.

Así me habló aquel que en un tiempo me tuvo tanto miedo.

En la casa de las mujeres barrí esa noche, llevé el agua, y no vi a la muchacha. De nuevo se escondió de mí. Quise verla y no pude. Hubo trabajo, y varias mujeres salieron para entretener al intendente.

En la otra mañana me dijo la que era rubia hija de gringos:

—Te felicito. ¿Sabés que tu paisana tuvo cliente que pagó la noche entera? Llegó temprano, se fue hoy.



Nada dije. Y ella:

—Hombre casado. Gómez, el que tiene almacén.

En aquella hora mi corazón vio negro. Caminé y salí al monte. Hice mi pintura con carbones y pinté negro mi cuerpo, negra mi cara. Llamé a los mensajeros de la muerte, que me dieran su fuerza. Mensajeros del golpe, de la sangre. Vinieron, me dieron a beber el jugo negro de sus bocas. Lamieron mi cuchillo. Lavé mi cara pero guardé mi cuerpo negro debajo de la ropa, y negra la frente debajo del pelo.

Y caminé para volver al pueblo. Caminé para matar a Gómez en su almacén, atrás del mostrador.

Caminé, y una mujer venía caminando. De los nuestros, mataca. Con su pañuelo en la cabeza y la cuerda en la frente llevando carga sobre el lomo, y era carga de bananas. Me dijo:

—¿Adónde vas, Eisejuaz, Éste También?

Pensé: «¿Cómo se atreve a nombrarme?».

—¿Dónde estás yendo, caminante?

Se me cayó el cuchillo en esa hora. Lo recogí, y esa mujer no estaba. ¿Quién era, conocida de mi corazón?

Y dije:

—Era Quiyiye, Lucía Suárez, mi compañera.

Grité. No estaba. Quise correr. Adónde.

Vi en el suelo la marca de su pie, con la seña que tenía en la planta.

Lloré en aquella hora hablando a mi mujer, Lucía Suárez, Quiyiye, mi compañera. Volví al monte, lloré, me lavé todo lo negro.

En la tarde esperé a aquella muchacha, y la vi cuando salía de la casilla del fondo.

—Mujer ¿cómo ya te olvidaste de este hombre?

Detrás de la casilla me habló, y lloró:

—Si nadie piensa en mí, yo sola pensaré. Si nadie me ayuda, me ayudaré yo. ¿Qué me importa de nada?

—Yo sí pensé; yo sí te ayudaré; tengo dinero y sé. Vas a tomar el ómnibus a Orán, y buscarás a un hombre, Ayó, Vicente Aparicio, que vive allí. Le dirás: me manda aquel a quien devolviste los mensajeros del Señor. Él estará en la puerta de su casa, es hombre viejo, de saber. Donde él te ponga, nadie te encontrará. Donde trabajes, nadie te buscará. Verán tu cara, no te conocerán. Irás por la calle, nadie te tocará. Un velo te cubrirá por su mano. Su mujer es gringa, sus hijas trabajan allí. Ésa es tu casa, allí te cui-

darán. Un día que no conozco nos veremos de nuevo. Quiero que sepas: Ya no me queda mucho tiempo en esta tierra.

—¡Entonces me quedo aquí, donde te veo! ¡Entonces quiero morir con vos!

—Si no te vas mañana antes que el sol, ya no saldrás de aquí más que vieja, enferma, o muerta.

Una de las mujeres:

—¡Ni al baño se puede ir tranquila ahora con estos negros ladrando y metiendo la nariz en todas partes!

Antes que la luz primera del sol aquella muchacha, saltando por la tapia. Y en las manos no traía nada.

El ómnibus que viaja para Orán con sus luces abiertas; ya roncaba; y he comprado un boleto.

—No sé subir en esto, y tengo miedo.

—Cuando suban los otros vos subís; y te sentás; te va a gustar. Este dinero es tuyo; te servirá.

Dijo:

—Dáselo a mi padre. Es viejo, está impedido, ya no sabrá dónde encontrar dinero.

—No es hombre que merezca nada.

—Él me cuidó cuando no podía valerme, cuando mi madre me dejó. Cocinó frutas, las aplastó, me las puso en la boca; buscó el gusano gordo; me cantó. No hablo de merecer. No quiero que sufra por el hambre.

Dije:

—Llevá entonces esta parte de dinero y dásela a la mujer de Ayó, porque las mujeres ponen el ojo en cosas distintas que el hombre. Y esta parte será para tu padre.

—¿No me dijiste: dormí conmigo, dejá aquella cama, vámonos? Dejé la cama, y todas las cosas nuevas que tenía allí. ¿Cómo no venís?

—Por qué, lo sabe ya tu corazón.

Salió el sol, señor de los mensajeros. Tocó el ómnibus, y el ómnibus aquel brilló, saludó. Tocó las casas, y la madera de las casas se alegró, cantó. Y el cartel de ese almacén con su botella. El del ómnibus:

—Nos vamos. Hola, Vega. ¿No venís?

—No. Esta que es mi hermana se va para Orán. Cuidala, che.

Subió aquélla, y vi cómo el velo que dije ya cubría sus pasos. Nadie no la iba a conocer, nadie a tocar ni a detener. Subió, con su miedo. Subió, y se sentó. Subió, y me ha mirado. Aquel ómnibus se fue.

Se han reído cerca de mí. La vieja del chahuanco, sentada en el suelo, con un bastón.

Y la he mirado, vieja amiga del diablo, en aquella hora. Vino una risa a mi corazón. Y se levantó esa risa, alta, fuerte, mensajera del Señor, lavó cada cosa. La vieja, asustada, quiso alejarse, caminó. El espíritu que llevo, Agua Que Corre, se desplegó. Cada cosa brilló ante su mirada.

# LAS CORONAS

La primera noticia:

—Quiero hablar con un señor Lisandro Vega.

—Che, Vega, salí y hablale afuera. Es una mujer; quiere entrar; no sabe qué casa es ésta.

Esa mujer:

—Estoy enferma y sin remedio. Vengo a pedirle una palabra para aquel que cura, que hace oír al sordo y caminar al rengo, ese que usted conoce.

—No sé quién es aquél.

Lloró.

—Señora: Conocí a un hombre como ése una vez en el tiempo. No curaba, no hacía caminar, pero si vive podrá hacerlo, porque la fuerza del Señor le sale por la piel y la palabra. Es hombre de los franciscanos. Estaba en el ingenio, cerca de Orán.

—En Tartagal está ahora.

—¿Era en Tartagal aquel terreno que no tenía pozo de agua?

—No sé, no sé...

—Así será. En el tiempo que digo, el rico estaba echándolo del ingenio con toda su gente de los chiriguanos para plantar caña en el lugar de las casas y de la escuela, y yo vi el camino que salía de su corazón. Sin embargo aquel hombre y un jefe amigo, Quirquincho Tragón, habían hecho el desmonte con sus manos en el primer tiempo. Pero el rico, esclavo de su riqueza, no puede elegir.

—Señor Vega, por el amor de Dios le estoy pidiendo una palabra para ese hombre, que no tengo salvación.

—No puedo dar esa palabra. Ese hombre no se acuerda de mí.

—Se acuerda. Por eso vengo.

Y dije:

—No sé qué palabra puedo dar, señora.

Se fue llorando esa mujer, las manos en la cabeza, y pregunté al Señor: «¿Por qué no me fue dado consolar a ninguno?».

Un hombre llegó una noche a la casa de las mujeres, pero no las miró. Dijo:

—¿No trabaja aquí uno que llaman Vega?

Me mandaron buscar. Cuando lo vi lo conocí. Era el más joven de los tres chaqueños que me convidaron asado cuando caminé para Orán, aquel que cantó. Me conoció:

—Paisano... ¿Es usted?

Y no habló más. Salimos a aquel patio. Dijo:

—Mi padre, aquel hombre que usted vio aquella vez, se cayó del caballo. Ha quedado mal. Mi madre está desesperada. Quiere una palabra de usted para aquel hombre que da vista al ciego y que está en Tartagal.

—Amigo, no puedo dar esa palabra. No soy quién.

—Si es o no, no es cosa mía. Sé que usted lo conoce. No le pido más. Nuestro campo queda lejos, viajé la noche entera, pasé el día preguntando. Por fin me han dado el nombre suyo, cómo encontrarlo.

—Han venido una vez con esa pregunta y no sé cómo vienen a mí. Aquel hombre, si está en Tartagal, no necesita de palabra ajena. Miraba, y consolaba. Hablaba, y el Señor salía por su boca. Llévele su padre. Yo no puedo hacer nada.

Las mujeres lo llamaban. Él se fue sin mirar.

A comprar vino me mandó la vieja un día, y aquel chico que me dio el dinero me siguió por la calle. Caminé, y caminé. Le dije:

—¿Me seguís, vos?

—Doña Eulalia, la dueña del hotel, pide que vaya a hablar con ella.

—¿A mí me lo pide?

—Sí, señor.

En el hotel, doña Eulalia:

—Lisandro, hijo, el tiempo pasa y no cambiás. Siempre estás fuerte, hermoso, siempre con tu pescuezo de toro, tu pecho de buey. ¿Por qué caminás de esa manera, entonces? Pobre de mí, vieja, pesada, el tiempo me agobia, pero San José no abandona a sus fieles. Se me nublan los ojos, nadie piensa en mí: no me limpian las jaulas de los pájaros, no les cambian el grano. Las flores se mueren en el jardín, nadie alimenta las gallinas. Ahora te estoy hablando y no te veo. Te conozco por el tamaño, hijo. La lengua se me pega al paladar. Ahora tengo la boca como algodón. No me dejan tomar agua porque me engorda. Catorce pastillas distintas tomo cada día para la salud. Pero no me quiero morir, ya ves. ¿Por qué será que la vida me gusta todavía? Me han dicho que buscaste trabajo en cierta casa, hijo. ¿Eso te enseñaron los protestantes? ¿No hay otros lugares donde trabajar en este pueblo? Habrás pensado: «Yo, con este cuerpo, semejante hombrón, tengo que aprovechar la vida». Los hombres no piensan más que en estas cosas. Tienen la sangre fuerte, no los deja dormir. Ya me imagino que te pagarán bien. Sin embargo hijo es un sitio maligno para la salud. No te hablo del alma solamente sino del cuerpo. Hay enfermedades que te infectan la sangre desde la raíz. Los hombres no piensan en nada cuando les entra ese capricho en la cabeza. Te lo digo, pobre vieja devota de San José castísimo que soy, porque deseo tu bien. El reuma no me deja dormir. Me ahogo. Siete almohadas uso en la cama y no me sostienen para mi descanso. Lloro, y nadie me quiere consolar. Una nuera, ¿de qué vale para una vieja abandonada? Sólo para desear la muerte de quien le ha dado todo. Le ha dado su hijo, le ha dado casa, le da todo. Un hijo, si está casado, escucha más a su mujer que a la madre que le sacrificó la vida. ¿Sirvientas? Ya sabés cómo son. De noche no están. La de turno lo pasa en las piezas de los viajantes. Ya sabés hijo: hay que hacer ojos ciegos, pues la pieza que alquilan es su casa. Hijo, sólo me resta en mi ancianidad recurrir al que siempre se apiada, ese que yo te dije que es nuestro único consuelo, pero vos no me oíste. Mirá, de los muchachos que trabajaron aquí en aquel tiempo en que eras lavacopas, solo Gómez se ha vuelto hombre decente, de provecho. Vos tuviste todo y lo dejaste perder. Y te has ido a esa casa donde ya me imagino cuántos bochinches verás, cuántas vergüenzas, cuántas mujeres perdidas y hombres extraviados. Verdad será lo que dicen, que hay mujeres desnudas en las fiestas y hombres borrachos que hacen lo que quieren con ellas, y que les rompen las blusas y ellas se ríen, que el Señor bendito las perdone. ¿Es verdad? ¿Sí? ¿Lo viste? ¿Eh? Pero San José protege a sus fieles, el castísimo santo del cielo. Hijo, Lisandro, he sabido sobre vos cosas que no he creído, en fin, hasta el diario las publicó. Ahora te digo para qué te he llamado, porque a vos hay que llamarte, agreste como sos, orgulloso, ingrato, que no venís a saludar a los protectores de tu juventud. Sé que conocés a ese hombre maravilloso, ese santo. Los árboles han ardido en Tartagal por su palabra. La gente reunida vio aquello, gritó. Se curaron muchos. Algunos malvados se hicieron buenos. En cambio ya viste el final del pastor noruego. Yo te dije: «No vayas con ellos, son herejes, son extranjeros». Pero ¿quién puede cambiar esa cabeza dura? Hijo, sólo quiero pedirte una cosa. Ese hombre viene al pueblo mañana. Sólo te pido: abrime paso hasta él, vos que lo conocés, vos que sos fuerte, a mí que estoy pesada y ciega. Decile una palabra por mí.

—¿Mañana viene?

—Hijo, lo trae la piedad popular. Una cosa te pido, una sola: vení al hotel; buscame a las nueve de la mañana; acompañame; abrime paso.

Mi salud depende de ese momento, mi vida depende. Me gusta la vida porque no me canso de hacer el bien, vos ya sabés. ¿No te di trabajo desde jovencito? ¿No te aconsejé? ¿No protegí a tu mujer? ¿No te llevabas las sobras de la cocina? Ha llegado el momento de saber agradecer. No me falles. ¿Vas a estar mañana a las nueve acá?

—¿Dónde está aquel tordo cruceño silbador?

—¡Mi Pochito! ¿Te acordás de él? Mi pobrecito Pochito querido. Mirá qué corazón blando tengo, ya me pongo a llorar. Alguien me le hizo daño; se murió. Estas chinas no tienen remedio ni compostura. Dicen que comió demasiado. ¿Qué demasiado va a comer él? Y aquel viajante, cada vez que venía, la misma historia: «Ese pájaro no deja dormir, se lo oye en todas partes desde el amanecer». Y todos a darle razón. ¿Qué le habrán hecho, pobre animalito inocente? ¿Qué habrá comido, ese mimoso, que ponía la cabeza en la reja para que lo rascaran? Qué blando tengo el corazón. Vos sólo te acordás, Lisandro, y yo ¡cuánto he llorado!

—Más vale muerto. No era bicho bueno.

—¿Nada aprendiste entonces de civilización en esta casa? Te espero mañana a las nueve hijo, me abrirás paso, dirás una palabra por mí.

Salí de aquel hotel; vi la viga de quebracho que llevé solo al comedor; vi la cocina donde me habló el Señor.

Esa noche en aquel terreno hablé a los mensajeros y los vi. Saltando, volando en todas partes. Y vi al mensajero de la noche por la primera vez. Se levantó; azul; alto; lo conocí, lo saludé.

Tanta gente empujándose, alborotando cerca del hotel de la viuda flaca. Gritando. Como las olas del río cuando crece, avanzando, atropellando. Con enfermos. Levantando a sus hijos. Como el agua contra el barro de la orilla, como enjambre zumbador en el árbol, esa gente, pisoteando, llorando. Doña Eulalia con su hijo. Yo adelante: «Abran paso, dejen pasar». «¡Hubieran venido antes! ¡Dormirnos en la calle! ¡Esperamos desde anoche!»

Vi que la viuda flaca había volteado la pared de una pieza y allí entraba la gente chillando, se movían banderas, luz de velas, el humo, cantaban: «Bendito Dios bendito», con tanta lágrima y empujón en aquel lugar que no me gustaba, y mi corazón, a cada paso: «¿Pero qué es esto? Retirate de aquí».



En aquel desorden dos mujeres con cintas rojas, con canastas: «La donación, la donación». Monedas, pesos, anillos, un pañuelo recogían, zapallo, huevos, un poco de fideo. «La donación», aquellas mujeres en ese ahogo, empujando, de mal corazón. Y tanta gente afligida, gritando, cansada: «¡El santo! ¡El santo! ¡La palabra!» «La donación», aquellas dos. Tantos que tosían en el humo, se desmayaban. Doña Eulalia:

—Me muero, me siento mal. Hijito mío, no te veo, dónde estás. No me empujen.

Una colcha colgaba en el fondo de aquella pieza. Una mujer, de las de cinta roja:

—¡Silencio! ¡Silencio para recibir la palabra!

En aquella hora han corrido la colcha que colgaba en el fondo. Vi una puerta cerrada.

Un viejo:

—¡Estoy curado! ¡Puedo caminar!

Se levantó, lloró. Esa gente:

—¡Milagro!

Un grito grande solo.

Y una de las mujeres, levantando sus brazos:

—Silencio.

Se callaron. Y callados lloraban, esperaban. Y se abrió la puerta. Y en la puerta, en una cama alta, con barba, el Paqui.

Allá afuera un camión con muchas colchas y cuadros se movía, atropellaba. Con su canto: « ¡Bendito, bendito!», aquella gente empujaba el camión, arrancaba pedazos de trapo, de estampa, de tabla. El camión caminaba. La gente: «¡Por acá! ¡Saldrá por acá! ¡Una palabra!».

—¡Vega! ¡Vega! ¡Mi mamá!

Volteada doña Eulalia, cada uno tropezando, pisándola. Volví para atrás. «¡Salgan! ¡Salgan de acá!» La lengua le colgaba, los anteojos rotos. Tropezaban, se caían sobre ella, la pisaron. Allí largó sangre negra por la boca, allí giró los ojos, la vi morir.

—¡Vega!

La arrastramos afuera. Los zapatos se le quedaron allí. Ya no vivía. El hijo:

—¡Buscame un médico, indio bruto! ¡Un doctor, un doctor! ¡Socorro! ¡Mamá, mamita!

Aquel camión se vino adentro del hotel por la pared volteada. Vi al

Paqui por el aire, en su camilla, que entraba en el camión, y lo ponían en una cama de colcha colorada. La gente alzando sus enfermos, sus criaturas: «¡Una palabra! ¡Una palabra!». El Paqui:

—He luchado con el Malo anoche y he vencido. Queden tranquilos.

Un solo grito grande.

Caminé siguiendo la huella de aquel camión la tarde entera. Y después la seguí siguiendo la voz de mi corazón, porque ya no había luz. Y vi un resplandor abajo de unos árboles. Era el camión, y la luz estaba adentro. Entonces me acerqué y miré. Vi a aquel Paqui en aquella cama, limpio. Las mujeres contaban la limosna de los canastos, y de un lado ponían lo que era alimento, de otro lo que era joya, y de otro el dinero. En aquel camión con estampas y cartones había un calentador. Dieron la comida en la boca al Paqui, le limpiaban la baba. «Maestro», decían. Y él:

—Otra almohada. Más comida. Agua.

Daban, apuradas, calladas.

Y comieron en aquella mesa, sin hablar, sin levantar los ojos.

Pasado el tiempo, dijo:

—Están perdonadas.

Se levantaron, empujaron la mesa, llorando le besaron los pies, las manos.

—Que no suceda más.

Lloraron de nuevo, movieron sus cabezas.

—Desvístanse ahora. Pueden venir.

Vergüenza me dio quedarme allí. En la noche caminé.

Los árboles se rompieron delante del cine con sus ramas llenas de gente, y la tierra de la calle fue una nube grandísima por aquel pataleo y revolverse y andar de tantos; la fila del policía con sus palos se cortaba, se sacudía. Vi a aquel franciscano de pantalón gris sacando fotos, y dijo:

—El obispo de Orán tiene que intervenir.

Hombres apurados con una máquina bajaron de un camión.

En esa hora vi a aquella gente de los míos que se perdió en el monte, dueña del perro que fue mi compañero, la que peleé a la muerte hablando con el Señor. Un blanco los traía.

—Aquí están. Hablen. Es la televisión.



La mujer, asustada:

—Sí. Es verdad. Comiendo con él volvió la leche a mi cuerpo y brotó la flor en el invierno.

El marido:

—Lo vi y es verdad. Comiendo con este que llaman el Maestro.

Hablaban nuestra lengua. Un paisano lo dijo en español.

El blanco, fuerte:

—¿Qué comieron en aquella soledad, en la choza aquélla?

Callados, les dio vergüenza decir mono. Dijeron:

—No nos acordamos.

Llegó el camión colorado del Paqui, la gente a arrancarle pedazos, a chillar. La policía con sus palos, golpeando, empujando. El Paqui, en la camilla, asustado. El camión caminó para atrás entrando en el cine. Y los carteles del cine se cayeron con el peso de tanta muchedumbre.

Entré con mucha fuerza en aquel lugar que no conocía, y de nuevo las banderas, los gritos, el enfermo en mantas, aquel olor, el canto aquél; de nuevo aquellas mujeres: «la donación, la donación». Y cada cual daba lo que podía.

Colgaba una cortina grande. Cada uno la miraba.

Se abrió, y vi la policía en fila allí, el gordo aquel que manejaba el camión. Y trajeron al Paqui en la camilla alta.

Con el ruido del trueno se levantaron todos, saltaron, «¡El santo! ¡El santo! ¡Una palabra!», pero el gordo:

—Si se mueve uno, el Maestro se irá. El Señor está en todas partes. ¡Quietos y silencio!

—Permiso —los hombres con su máquina—, la televisión, permiso.

—¡Una palabra! ¡Una palabra! ¡Bendito! ¡Bendito!

El Paqui, con voz fuerte:

—¡El Señor me habló! ¡Yo le hablé! Es uno, no morirá. Vi el jaguar manso. El Señor me habla, me habló.

Me levanté. Caminé. Aquél me vio. Se ha callado. Pálido quedó. Despacio me acerqué. Subí esos escalones. Me miraba. Le dije:

—Quiero saber una cosa: ¿Por qué tenían que morir el perro y el loro?

—¡Me quiere matar! ¡Me quiere matar!

Con el ruido del trueno aquella gente, otra vez. Una mujer:

—¡Éste lo tiró al agua del zanjón hasta verlo ahogado pero el Señor lo resucitó! ¡Mátenlo! ¡Agárrenlo!

Aquélla vivía con otros en la primera casa, en aquel sitio Lo Que Se Ve, y tenía miedo de que yo volviera a reclamarla. Otro:

—¡Caníbal! ¡Caníbal!

Otros:

—¡Policía! ¡Agárrenlo! Éste lo llevó al monte para matarlo pero el tigre lo protegió, la corzuela le cuidó el maíz.

Allí miré. Vi a los mensajeros del Señor. Como pajas cuando el viento sopla, girando, atropellándose, los vi. Vi al mensajero de la noche, una vez más.

Miré a esa gente. Quedaron callados. Se movían las banderas, pero nadie no habló. Miré a la policía. Ninguno no se movió. Miré al gordo; no respiró.

Miré al Paqui.

El Paqui, la boca abierta, pálido; allí su cabeza colgó.

Despacio, salí. Los mensajeros me rodeaban. Y aquella cortina grande, vieja, se cayó sobre el Paqui, sobre la policía, sobre la gente. Pero yo no la vi.

No la vi. Era de noche, y caminé, viendo los mensajeros, sin hablar. Y me senté en la puerta de un jardín. Venía detrás de mí una mujer de aquéllas de la casa, la que de noche duerme con la hija de gringos, y me habló:

—Vega ¿que sucedió? Yo estaba al fondo. El telón se cayó. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

—No sé. Pero diga a esa señorita, la que duerme con usted, que el balde de agua que le dejé hoy era el último de mi parte. Ya no vuelvo allí a trabajar.

—¿Adónde irás? ¿Qué es lo que sucedió?

—No sé, pero es así.

Se fue aquella mujer. Y pensé en mi compañera, Quiyiye, Lucía Suárez, cuando la vi con carga de bananas y me habló. En este jardín había un banano con su fruta madura. Corté el cacho entero de banana. El perro bravo de esa casa vino. Pero no ladró. Lo miré: «Ya ves. Tiene que ser así». Nada dijo. Me fui, con toda esa banana. Al otro día me hice una casa encima de una barranca, con latas y con palos. Y comí esa banana sin trabajar, esperando, por nueve días, hablando con el Señor.

Una mañana anduvieron bichos del monte por las calles: el chancho, la corzuela, el mono sobre los techos de las casas; la víbora corría sin mirar a los lados, se subió en los bancos de la plaza. La gente:



—¡El río! ¡Entró en el monte! ¡Crece!

Trepaban a las lomas. En autos ponían sus muebles, sus hijos; y a los camioneros del ganado, de la nafta, del palo, a los hombres del ómnibus:

—Amigo, le pago, lléveme mi gente, mis cosas.

Hablaban por las calles, asustados.

—¡Se llevó el puente nuevo y dos autos que lo estaban cruzando! Ese río Bermejo es sin medida.

—¡Entró en el cementerio, ha roto mucho!

El cajón de aquel turco de los ricos, el que murió en la bruta calor volviendo del entierro del dentista, se lo lleva aquel río para abajo, apurado, flotando. Dos mujeres de la casa aquélla, en la mañana:

—Adiós Vega. Andá a mirar. Se ha roto el cajón de doña Eulalia, la vieja del hotel; el pelo le ha crecido, la enterraron con traje de fiesta.

Se reían. La gente se apuraba. El Paqui con su camión andaba lejos, por otros pueblos.

Encontré un paisano viejo en la canilla del agua. Cargó unas latas llenas en una carretilla de palo y no tenía fuerza para hacerla andar. Se la llevé hasta arriba, a la puerta de la misión donde fui capataz por tantos años

—Gracias, che. ¿Viste el río? Tal como está, no viene solo.

—No te comprendo, che padre.

—Algo de otro lo va a acompañar; muy mucha lluvia, muy mucho frío, vaya a saber.

—¿Frío, acá?

—No te descuides.

Pensando: «Los viejos saben cosas, y ha de ser lluvia», arreglé el techo de mi casa, que era la más peor de las casas hechas por mis manos, porque ya no tenía mi hacha, y recogía lo que encontraba y lo ponía allí encima. Y aunque el río no entró en el pueblo, por causa de aquella creciente hubo trabajo para mí, de cargar, de llevar, de traer, de levantar, en el puente y en el cementerio viejo, y en otro que hicieron después en un sitio que no alcanza el río. Me compré un hacha.

Pero fue frío. El más grande que el pensamiento piense, y nadie no recordó uno igual. De los paisanos murieron cantidades, enfermos, débiles como andan, y más que nada chicos, viejos, y de aquellos muchos con el aliento roto en el pecho. Murieron blancos, y cómo no. Se helaron las frutas todas de las quintas de los gringos: frutillas y de toda clase de

frutas, y la verdura que hay tanta por el campo de allí. Los camiones no tenían qué llevar, si no es leña y cuero mal cuereado de animal que murió enfermo. Ni el colla qué recoger. Y murieron helados por el frío muchos animales del chaqueño. Tanto árbol se volvió negro y no renació. El ganado no supo qué comer. La tierra como piedra. La caña se perdió. Y de tanta tristeza solamente el turco andaba alegre, vendiendo abrigo, ropa, estufas. La leña se hizo cara lo mismo que el carbón, y con el hacha no me faltó trabajo.

Vi una bandada en esos días que cruzaba gritando. La miré. Vi que volaba de un modo diferente. La saludé. Y la escuché. Decía: «Vienen, vienen, vienen». «Bueno», dije al Señor.

En esa tarde, aquella muchacha apareció allí.

—Vine, por no dejarte en este frío. Vine, a hacerte el fuego, a dormir con vos. Vine porque no me buscastes en Orán. ¿Tenés salud, tenés comida, estás bien?

—Estoy, ahora que te veo. Y sigo esperando a aquél, como te dije. Por eso no te busqué.

La alegría vino a mi corazón.

—¿Ves éste que traigo?

Vi un chico lindo, fuerte, los dientes recién cambiados.

—Nació mellizo de otro; el padre quiso matarlo; ya sabés, no hay comida en el monte. La mujer de aquel que es maestro dijo: «Dámelo». Le puso un nombre. Tampoco ellos pueden alimentarlo ahora, andan enfermos, les cuesta vivir allí. Los vi en Orán, iban al hospital. Dije: «Dámelo». Aquí lo traigo. Se llama Félix Monte.

—Ves que tengo hacha. He de hacer una casa para ustedes dos, porque no tarda ya aquel que me encargaron. Unos pájaros me han dicho: «Ya vienen». Vinistes vos. Falta él. No has de dormir donde él duerme ni respirar donde él respira.

«Que se haya muerto», era mi pensamiento. «¿No se habrá muerto?» «Que se haya muerto», fueron mi pensamiento y mi deseo en tantos meses.



En aquel frío, en el amanecer, en la puerta de mi casa, el Paqui. Nada hablé. Lo metí adentro. Con los ojos cerrados, no quiso hablar. Puse leña en el fuego. No me miró. Calenté agua, le eché yuyo, lo hice tomar. Tomó. No me miró. Allí me he reído.

—¿Te reís? —enojado.

—Es lo mejor que me enseñastes.

No habló. Flaco, temblando, sucio. Callado, en su rincón.

Aquella muchacha y el chico miraron por la puerta. Se rieron, mirándolo.

—No se rían. Sufre, y hay que dejarlo en paz.

—Quiero decirte a vos: encontré a mi padre; lloraba; le regalé dos papas.

El Paqui:

—¡No quiero oír más ese ladrido asqueroso, ese ruido a vómitos! ¿Aquí tengo que verme otra vez? ¿Aquí, aquí? ¡En esta miseria, otra vez, en esta basura, otra vez!

El sol subía en aquel frío matador de tantos y aquel hielo como polvo sobre el pasto se hacía agua, y en aquella humedad se mojaban los pies del caminante.

—Si no hubieras robado todo al irte, algo verías para tu utilidad. Miseria encontrás, miseria nos dejaste. ¿Y qué podías hacer vos con el hacha, con mis camisas, con la carretilla? ¿Por qué debieron morir el loro y el perro? Pura maldad. Aquí estás, y de lo que tuviste nada te queda, ni, por obra tuya, me queda a mí para hacerte la vida más mejor.

Enojado, sucio, callado, temblando, en su rincón, lloró.

Bajé en la mañana al monte donde el río una vez entró crecido, blando todavía y negro, con barro, con animal muerto, hoja podrida, bajé y caminé por ese lugar y caminé por todo el día y con mis manos hice un sitio santo, pelado, en rueda. Y me paré para visitar al hombre del consejo, Ayó, Vicente Aparicio. Alcé los brazos en esa soledad, buscándolo. En esa niebla y negrura de esa rueda subí, buscando por el aire y el espacio y el tiempo a aquel del consejo. Allí lo vi, tapado con piel de jabalí, mirándome, sentado, en la negrura de mi visita. Y serio me miró, no contento, enojado: «¿Por qué, che, vos, aquí?». «A preguntar, a pedir mi consejo.» «¿Quién sos?» «Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, el del camino largo; yo, Agua Que Corre, inmortal.» «¿Qué querés aquí vos, che?» Sacando su mano por la piel de jabalí, mirando, serio, los ojos quietos, brillando. «A preguntar, padre de mi camino, qué haré. Ya llegó. Y ahora qué haré; cómo será, qué debo hacer, adónde ir, cómo pensar.» Dijo: «Esperate aquí. Esperate aquí».

No me miró. Esperé. Esperé. En la piel de jabalí, él. En aquella niebla, esperé, en lo negro, esperé, lejos, tan alto, sin hablar, con frío, con silencio; callado, con miedo, cansado, esperé, deseoso, mudo, con vergüenza. Y habló, movió la piel, sacó otra mano. Vi sus ojos. Serio, nublado, con niebla, arrugado, el padre de mi camino, Ayó, Vicente Aparicio.

«Volvé a tu casa. No te entretengas. No pierdas tiempo. Cada ángel mensajero ya salió a buscarlos, el de cada uno, los de los dos. Cada cual tendrá su corona, de un color, de un olor, allí; como no sabés y como sí sabés, hijo, allí. Apurate, hijo, Eisejuaz. Apurate, no te entretengas. Hijo feliz.»

Bajé de lo negro y de lo alto. Bajé a la rueda, el barro, la hoja podrida, el animal muerto, y caminé, apurado, para volver.

El grito del leñador, arriba, largo. «¡Eisejuaz!» «He de apurarme. Me apuraré.»

El dorado en el río, asomado, grande. «¡Eisejuaz!» «He de apurarme. Me apuraré.»

El camión blanco, hermoso: «¡Eisejuaz, Lisandro Vega!» «He de apurarme. Me apuraré.»

Caminé. El aire, primer mensajero, haciendo humo en el frío, nublado en la respiración. Caminé. Volví.



—¿Dónde estabas? —aquella muchacha—. ¿Qué hay en tu cara que no conozco? Hablame a mí. Contestame.

Dije:

—Hablame vos.

—Ha venido mi padre. Saludó al enfermo blanco. Miró, se fue. Trajo regalos. Dijo: «Felicidad para tu hombre». Quiero decirte: ¿Vas a comer? Cociné dos batatas, una galleta.

—Dámelas.

Las aplastó, las comí.

Aquel chico, Félix Monte de nombre por voluntad de la mujer que perdió un hijo por mi causa, esposa del maestro que está enfermo en su lucha, aquel chico:

—Una mujer rubia como los hijos de los gringos ha traído esto para vos. Dijo: «Vega me conoce. Es un regalo y le servirá».

Vi una pala.

—Gracias. Es una buena pala. Ponela allí.

En esa hora gritó el Paqui, gritó. Corrí. Vomitó, gritó. Movió los brazos, se paró. Gritó:

—¡Me muero, che!

Caminó. Salió.

—Che amigo, che, sosteneme, che, no veo, che, adiós.

Le dije:

—Paqui. Adiós. Te busca tu ángel, che. Adiós, amigo. Adiós.

Cayó allí. Se revolcó. Murió.

El Paqui allí, hermoso, entre los yuyos. Limpio, allí, quedó.

Aquel chico, Félix Monte, corriendo:

—¿Quién trajo esto? ¿Quién trajo esto acá?

La muchacha:

—Mi padre. Es un regalo. Es comida. Hace trac sobre el fuego como el maíz.

El chico:

—¿No lo sabés? Huevos de sapo. ¿No conocés? Rococo grande; es veneno, y ¿no sabés?

Ella:

—¡Vos lo comiste, hombre fuerte, por mi mano, con la batata, con la galleta! Era un regalo de mi padre. Se lo dio una amiga que tiene, vieja, del chahuanco. Para vos me lo trajo. Me alegré. Te lo dí. Le dí a este blanco,

mal querido de mi corazón, para portarme con él igual que vos. No te mueras, no te mueras, no te mueras, no te mueras, quedate aquí. Era un regalo; no te vas a morir.

Dije:

—No llores, sos una flor del mundo. Hagan un pozo grande con esa pala que nos trajeron. Cuando se canse uno siga el otro, no duerman. Cuando esté listo avísenme.

Sacaron una vela porque era noche ya. No se movió, no había viento, y trabajaron.

Yo caminé. Dije:

—Bueno, Señor. Ya está.

Vi en esa hora tanta cosa allá afuera. Los mensajeros del solo como pájaros, como las arañas en la tela, como el pescado en la red. Dije a mi mujer, Quiyiye, Lucía Suárez, mi compañera:

—Bueno, ya está. A aquel hijo asustado que está en la cárcel Agua Que Corre lo cuidará. Cuidalo vos también, que tiene miedo.

Dije:

—La piedra que fui se ablandó; dejó libre el hueco. Aquel barro que él fue se lavó. Ya cumplimos. Queda el camino limpio. ¿Qué diré ahora? Diré: Bueno. Como la semilla en su ceguera, sin conocer el árbol de mañana.

Allí, la muchacha:

—No te vas a morir. No te vas a morir, vos. Viví; vivirás. Yo creí en un regalo; me alegré; te quise regalar; te maté.

Le dije:

—Mensajera del Señor muchacha, he visto a aquel que será tu marido bueno. Es uno que se parece a Galuzzo el camionero rubio y está cerca. Mañana cuando me hayas enterrado tomá de la mano a ese chico Félix Monte y caminá a la estación del ómnibus. No busques a tu padre, no te enojes con él, no te despidas, no llores. El hombre que esté allí donde dice YPF te va a saludar. Es tu marido. Decile: «No puedo separar de mí a este chico». Dirá: «Bueno». Vayan con él. Es bueno, tu hombre para siempre, guardián de Félix Monte.

—¡Sos vos! ¡No me hables de ese modo! ¿Por qué tomé este chico a mi cuidado? Sin él me mataría con vos, me acabaría con vos, me iría con vos.

Dije:

—Vayan, y corten hoja de banano.

Volví. Puse hojas en el fondo del pozo, y a Paqui en un lado de aquel pozo grande.



Y salió el sol en esa hora cantando un canto que nunca no le oí. Cantó su canto apareciendo tan grande y sonaba para todos dando gloria, conocimiento, grandeza. Cantaba y canté con él, grandemente canté con el señor de los mensajeros del Señor.

He gritado.

Dije a aquélla y al chico:

—Cuando esté muerto pónganme en ese pozo, al lado de ese hombre, y tápenme con hojas como yo lo tapé. Con la pala cúbrannos de tierra hasta arriba, y apreten bien la tierra saltando con sus pies. Este lugar y estas casas se llaman ahora Lo Que Está y Es. No duerman, ya habrá tiempo de dormir. No lleven nada de aquí en sus manos. Caminen a donde les dije y párense al lado del surtidor de nafta. Y sepan que Agua Que Corre es inmortal y los seguirá siempre.

Rompí mi cuchillo. Puse cada parte en un bolsillo de mi pantalón.

Y vino una negrura alta a taparme los ojos. Grité:

—¡Hablame, muchacha!

—Mi hombre, mi marido, mi señor.

Dije:

—Por vos el mundo no se ha roto, y no se romperá.

Agua Que Corre se levantó, y una alegría lo llenó, y lo pintó de un color que no puede decirse, y estuvo libre, y abrió el brazo que tiene y que es verde, color de la lengua que nadie puede ver, y gritó. Y se fue. Eisejuaz, Éste También, quedó para ser barro y pasto. Y cumplió.

## ÍNDICE

Prólogo, por Elena Vinelli . . . . . 5

El encuentro . . . . . 11
Los trabajos . . . . . 23
La peregrinación . . . . . 29
Agua Que Corre . . . . . 63
Paqui . . . . . 69
Las tentaciones . . . . . 81
El desierto . . . . . 93
La vuelta . . . . . 109
Las coronas . . . . . 131